UNED unidad didáctica

Historia Antigua Universal III

Historia de Roma

Fe Bajo Álvarez
Javier Cabrero Piquero
Pilar Fernández Uriel

Historia

Fe Bajo Álvarez
Javier Cabrero Piquero
Pilar Fernández Uriel

HISTORIA ANTIGUA UNIVERSAL III
Historia de Roma

Universidad Nacional de Educación a Distancia

UNIDADES DIDÁCTICAS



UNIDADES DIDÁCTICAS (0144102UD03A01)
HISTORIA ANTIGUA UNIVERSAL III
Historia de Roma

Librería UNED: c/ Bravo Murillo, 38 - 28015 Madrid
Tels.: 91 398 75 60 / 73 73
e-mail: libreria@adm.uned.es

ISBN: 978-84-362-5516-4
Depósito legal: M. 48.132-2009

Primera edición: enero de 2008
Primera reimpresión: noviembre de 2009

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

ÍNDICE DE FIGURAS

CAPÍTULO XVI. LA CRISIS DEL SIGLO III d. C. (230-285)

CAPÍTULO XVII. EL BAJO IMPERIO O DOMINADO. DIOCLECIANO

CAPÍTULO XVIII. CONSTANTINO Y LA UNIDAD DEL IMPERIO

CAPÍTULO XIX. LOS SUCESORES DE CONSTANTINO. LAS DINASTIAS CONSTANTINIANA Y VALENTINIANA

ÍNDICE DE CUADROS

ÍNDICE DE MAPAS

PROLOGO

Enrique Cantera Montenegro
Decano de la Facultad de Geografía e Historia

En el sistema metodológico de la enseñanza universitaria a distancia, y más en concreto de nuestra UNED, las Unidades Didácticas cumplen un cometido didáctico de importancia trascendental en el proceso de enseñanza-aprendizaje. En efecto, como con frecuencia se ha dicho, las Unidades Didácticas desempeñan en los sistemas de enseñanza a distancia una función similar a la de las lecciones magistrales del profesor en la enseñanza «presencial». Con una ventaja indudable de las Unidades Didácticas sobre las explicaciones orales del profesor: que en ellas se ofrece a los estudiantes un material elaborado y escrito que, de este modo, no queda supeditado a los posibles errores derivados de una acelerada «toma de apuntes» en clase. Si además, como sucede en este libro de Historia Antigua Universal que tengo el honor de prologar, los contenidos científicos están expuestos con una cuidada metodología y van acompañados de figuras, mapas y cuadros, la utilidad para los estudiantes se incrementa de forma considerable.

Esta *Historia Antigua Universal III. Historia de Roma* constituye una excelente síntesis acerca de uno de los periodos históricos más apasionantes y que mayor trascendencia han tenido en la historia de la humanidad, escrita por especialistas en la historia de la antigua Roma. Pero además, el rigor científico, exigible en toda publicación universitaria y común a toda la publicística, va acompañado en éste nuevo estudio de una cuidada metodología didáctica, lo que hace de él una utilísima herramienta docentediscente. Y no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta que en los profesores Fe Bajo Álvarez, Javier Cabrero Piquero y Pilar

Fernández Uriel felizmente, entre otras muchas excelencias, una alta preparación científica, una inagotable capacidad de trabajo, un entusiasmo desbordante por el estudio y la investigación y una magnífica cualificación para el siempre difícil ejercicio de la docencia.

Por todo ello, el libro que tiene en sus manos le será de gran ayuda para la adecuada preparación de la asignatura Historia Antigua Universal, del primer curso del plan de estudios de Licenciado en Historia. Pero más allá de este primer y fundamental objetivo del libro, no me cabe tampoco ninguna duda de que esta *Historia Antigua Universal III. Historia de Roma* va a servirle también como obra de referencia a la que acudirá en más de una ocasión a lo largo de sus estudios, una vez superada ya la asignatura concreta para la que ha sido elaborada.

No me queda sino felicitar a los autores y agradecerles esta nueva publicación, en el convencimiento de que contribuirá a la más completa formación universitaria de nuestros estudiantes de la Facultad de Geografía e Historia.

María Jesús Peréx Agorreta
Directora del Departamento de Historia Antigua

Abordar el estudio de la HISTORIA, con mayúsculas, de ROMA, es decir, un milenio en la evolución de lo que podemos entender como cultura occidental, encierra una gran complejidad y puede ser enfocada de muy distintas maneras. Si a ello le añadimos el hecho de encontrarnos ante una obra destinada a la preparación de la asignatura de Historia Antigua Universal de primer curso de la Licenciatura en Historia de la UNED, dicha complejidad se acrecienta dado que tiene responder a la estructura de unas Unidades Didácticas, sistema sobre el que se asienta nuestra metodología a distancia.

No vamos a tratar aquí de la importancia que tiene para nuestros alumnos poder contar con unas buenas Unidades Didácticas, pues es de sobra conocido, y no solo en nuestra Universidad ya que muchas de ellas son de enorme utilidad para los alumnos de las llamadas Universidades presenciales. Así pues, la obra que aquí se presenta cumple la doble misión de incluir unos contenidos con el rigor científico y la finalidad didáctica exigible a toda publicación de esta índole.

Los tres autores, profesores del Departamento de Historia Antigua de la UNED, han articulado la obra de forma que podríamos denominar tradicional, siguiendo una evolución cronológica, por otra parte imprescindible, pero sin olvidar todos los aspectos que caracterizaron la civilización romana. Se trata, por tanto, de un trabajo complejo que, en algunos momentos, podríamos pensar que excede la finalidad de una Unidad Didáctica pero que, sin ninguna duda, ofrece al alumno, y por qué no también al lector interesado en los orígenes de la historia europea, unos con-

tenidos muy completos sobre los que podrá volver una vez concluida su carrera.

Así pues, los profesores Pilar Fernández Uriel, Felicitas Bajo Álvarez y Javier Cabrero Piquero, ponen a disposición de nuestros alumnos una obra completa en la que, además de exponer la evolución política, se analizan todos los aspectos relativos a la sociedad, instituciones, economía, religión, etc. acompañados de figuras, cuadros y mapas que son de indiscutible utilidad a la hora de abordar el estudio de un período histórico tan amplio y complejo como el que nos ocupa.

Por todo ello, me complace de manera muy especial presentar esta obra de tres compañeros del Departamento cuya preparación académica y dedicación universitaria es por todos conocida. Y confío en que los alumnos, principales destinatarios del trabajo realizado, aprendan y disfruten con su contenido.

INTRODUCCIÓN

Con la presentación de estas nuevas Unidades Didácticas, dedicadas a la Historia de Roma, intentamos satisfacer el compromiso contraído con nuestros alumnos de la asignatura de Historia Antigua Universal, compromiso que no es el último, ni el más significativo, pero sí nos parece especialmente importante en nuestra tarea docente universitaria.

Estas nuevas Unidades Didácticas han sido preparadas por tres de los profesores de la asignatura: La Dra. Fe Bajo Álvarez, que se ha encargado de la preparación del tema relativo a los origenes de Roma y la época monárquica; el Dr. Javier Cabrero Piquero, que ha preparado los temas concernientes a la República Romana, y la Dra. Pilar Fernández Uriel, los temas relativos al Imperio Romano.

Consideramos la realización de estas Unidades Didácticas como una de las labores más necesarias gracias a la cual, de alguna forma, podemos ejercer la decisiva tarea de enseñar o, al menos, contribuir, ayudar y facilitar en el aprendizaje y comprensión de la signatura que me ha sido encomendada. Creemos que a través de ellas podemos, en la medida de lo posible, suplir la lección presencial que se imparte en las clases de la Universidad tradicional y a la que no puede acceder el alumno de la UNED.

Ademas de estas Unidades Didácticas, el alumno puede encontrar en el curso virtual de Historia Antigua Universal, al que puede acceder a través de la página web de la UNED, un complemento ideal para el estudios de la asignatura.

Con anterioridad en la UNED ya se habían publicado unas Unidades Didácticas de Historia de Roma. Pero habían sido preparadas para una asignatura optativa dedicada exclusivamente a dicho contenido: la historia y la cultura romana, a través de un programa impartido a lo largo de

todo un curso académico. Por lo tanto, estas primeras unidades atendían a las exigencias de una mayor especialización, con cuestiones más extensas acordes a un programa más amplio y complejo.

Estas nuevas Unidades Didácticas de Historia Antigua Universal, dedicadas en su volumen III a la Historia de Roma, han sido concebidas de forma diferente porque estan dirigidas a un alumnado con unas necesidades también distintas, ajustándose lo más posible al temario de la asignatura. Su conocimiento de la Historia de Roma no es ni tan especializado, ni tan profundo, ni tan amplio, notablemente reducido a doce temas del «segundo cuatrimestre».

Esto significaba elaborar un libro diferente con un planteamiento adecuado a su correspondiente programa. No ha sido tarea fácil, pues la labor de síntesis conlleva siempre una gran dificultad a la hora de explicar y ofrecer la información necesaria de la forma más clara, didáctica y, en la medida de lo posible, amena.

El libro ha sido estructurado con los caracteres propios de las Unidades Didácticas, no podía ser de otra forma. Eso significa que intenta ofrecer la mayor ayuda posible en la comprensión y aprendizaje. Dividido en diecisiete temas, todos se inician con una introducción que inserta al lector en la comprensión del capítulo a través de unas explicaciones generales.

Se han incluido muchos cuadros sipnóticos y esquemas, así como figuras y mapas, todos preparados y elegidos para estas Unidades Didácticas y que son adecuados al tema correspondiente, con el fin de favorecer su estudio, ya que tanto la cartografía como las propias imágenes no sólo son necesarias sino con frecuencia resultan decisivas para el conocimiento de muchas cuestiones históricas.

Se ha mantenido también la selección de textos históricos y una breve bibliografía de consulta, elegida entre la que he considerado actualizada y de fácil acceso y manejo.

No queda sino agradecer al vicerrectorado de Medios Impresos y Audiovisuales, al Decanato de mi Facultad, a nuestra Directora del Departamento de Historia Antigua y a quienes trabajan en dicha sección por su paciencia y su inestimable ayuda.

Fe Bajo Álvarez.
Pilar Fernández Uriel
Javier Cabrero Piquero



MAPA I. El Imperio Romano en su máxima extensión.

1. Baetica (Hispania)
2. Lusitania (Hispania)
3. Tarraconesis (Hispania)
4. Narbonensis (Gallia)
5. Aquitania (Gallia)
6. Lugdunensis (Gallia)
7. Belgica (Gallia)
8. Britannia
9. Germania Inferior
10. Germania Superior
11. Pueblos bárbaros: Langobardi, Cherusci, Sygambri...)
12. Rhaetia / Raetia
13. Italia
14. Sicilia (Italia)
15. Corsica - Sardinia
16. Alpes de Poenninae (Gallia)
17. Alpes Cottiae (Gallia)
18. Alpes Maritimae (Gallia)
19. Noricum
20. Pannonia
21. Dalmatia
22. Dacia
23. Moesia
24. Thracia
25. Macedonia
26. Epirus
27. Achaea
28. Asia
29. Bithynia
30. Galatia
31. Lycaonia
32. Lycia
33. Pisidia
34. Pamphylia
35. Cyprus
36. Cilicia
37. Cappadocia
38. Pontus
39. Armenia Minor
40. Sophene
41. Osroene
42. Commagene
43. Armenia
44. Asiría
45. Mesopotamia
46. Syria
47. Judaea (Palaestina)
48. Arabia
49. Aegyptus
50. Cyrenaica
51. Numidia
52. Africa
53. Mauritania
54. Baleares (Hispania)

LA MONARQUÍA ROMANA

Fe Bajo Álvarez

Capítulo I

LOS ETRUSCOS. LA FUNDACIÓN DE ROMA Y LA MONARQUÍA



Figura 1. Loba Capitolina.

Cuadro 1. LATIUS VETUS		
PRINCIPALES PUNTOS PARA CONOCER SU ORIGEN	Límites	1. Límites geográficos Este: Montes Lepinos, Prenestinos y Corniculanos Oeste: Mar Mediterráneo Norte: Rio Tiber Sur: Montes de Terracina 2. Límites Cronológicos Inicios del I° Milenio Siglo VIII a. C. (Del Bronce III al Hierro I)
	Bases	1. Influencia de la colonización griega (Magna Grecia) 2. Poblaciones primitivas: Laciar — VIllanoviana — Tumbas de fosa
BLOQUES LINGÜISTICOS	Umbro-sabinos Oscos Sículos Etruscos Griegos	
PUEBLOS	Sabinos Hérnicos Volscos Ectos Etruscos	
YACIMIENTOS	Preneste Tibus Gabii Alba Longa	

1. LA ITALIA ANTERIOR A ROMA

1.1. El Lacio Antiguo

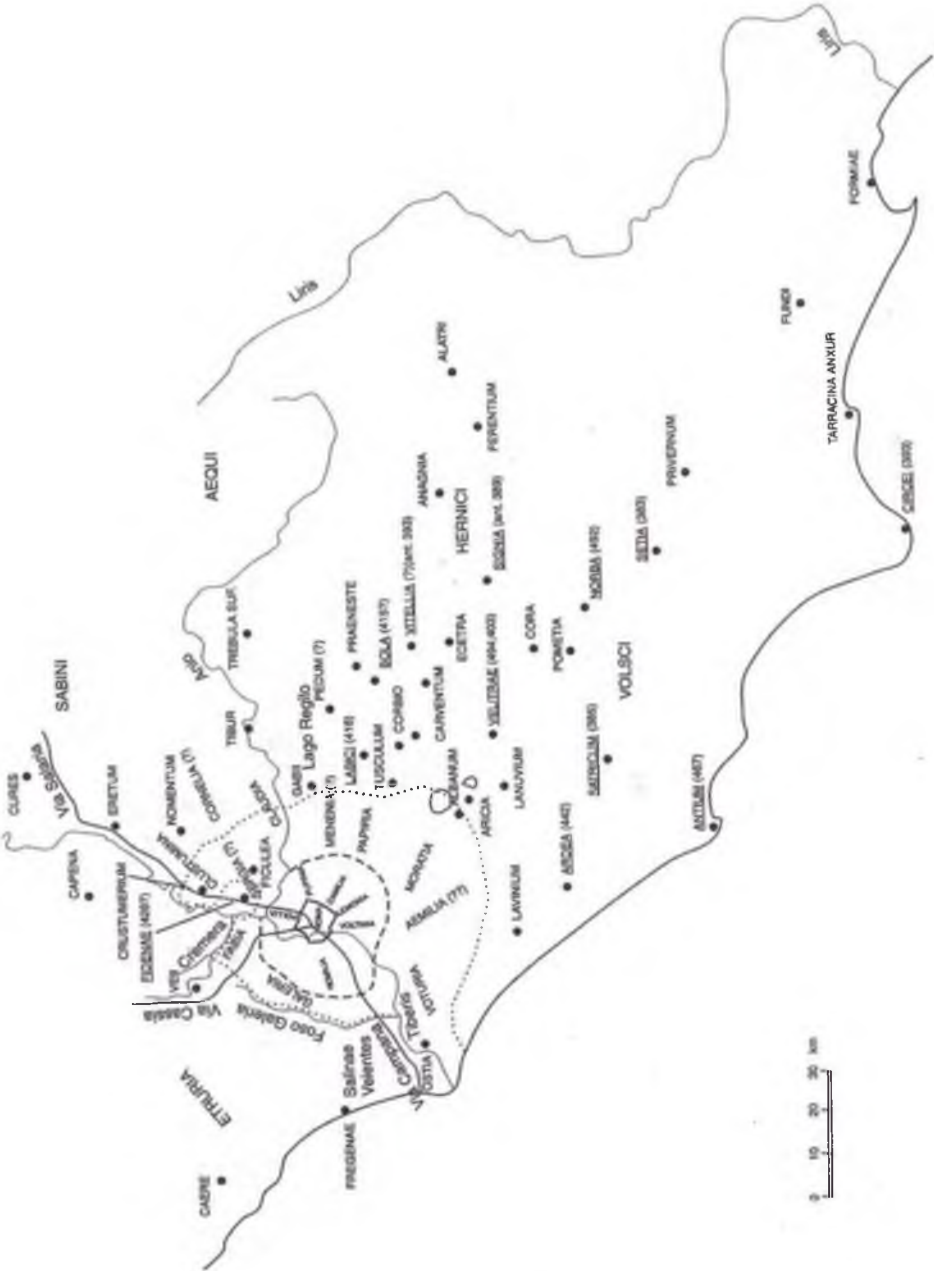
El Lacio antiguo era la región en la que habitaron los antiguos latinos. Así lo definen también los autores antiguos, *Latium vetus*, para distinguirlo tanto del *Latium adjectum* como de las colonias de derecho latino que se fueron implantando en diversos lugares de Italia durante los primeros siglos de la historia de Roma.

Los límites geográficos del Lacio antiguo eran: los montes Lepinos, Prenestinos y Corniculanos, por el Este. Los montes de Terracina por el Sur. El mar por el Oeste y el Tíber por el Norte. En la margen derecha del Tíber estaban asentados los etruscos, la *ripa etrusca*. En Nomentum comenzaba la Sabina. Hacia el Este se encontraba el país de los ecuos, al que pertenecían las ciudades —así consideradas al menos desde el siglo VIII a.C.— de Tibur (Tívoli) y Preneste (Palestrina).

Desde los montes Lepini hasta el mar, se extendían los Volscos y, más lejos, hacia el Sur en la actual Ciociaria, habitaban los hérnicos.

El valle del Lacio era una llanura que ofrecía excelentes condiciones para la explotación agrícola y ganadera, además de estar abierta al mar y ser punto de confluencia de varias vías terrestres, factores que propiciaron un rápido desarrollo económico de la región.

El elemento étnico latino nos hace remontarnos hasta finales del II milenio y comienzos del I, época en la que llegaron a Italia grandes migraciones de pueblos indoeuropeos. En la I Edad del Hierro se produjo en gran parte de Italia del Norte la llamada civilización villanoviana que se extendió por la Umbría y la Etruria hasta el Tíber. La civilización villanoviana es el aspecto que en la Italia del Norte y del centro tomó la civilización llamada Hallstatt o de la primera Edad del Hierro y que desa-



Mapa II. El Lacio

rrolló una poderosa industria metalúrgica cuyos productos fueron exportados hasta Europa Central. Característica también de esta civilización era la incineración. Las urnas cinerarias eran depositadas junto con los objetos personales del muerto: vasijas, armas, objetos de adorno... En el Lacio la práctica de la incineración y la inhumación coexistieron ya desde los comienzos de la Edad del Hierro. Así, por ejemplo, mientras que en la necrópolis de los montes albanos más antiguos se han encontrado urnas en forma de cabañas de arcilla que contenían las cenizas de los difuntos, en la necrópolis que se extendía hasta al pié del Esquilino, en dirección al Capitolio, hay tumbas de inhumación y de incineración.

Devoto demostró que se formó una unidad cultural en torno al Lacio que se manifiesta en el uso de técnicas análogas en la producción de tipos cerámicos y en otros rasgos tales como el de la formulación onomástica básicamente común a los itálicos del Lacio y a la Etruria Central. Mientras que la fórmula indoeuropea es la de nombres compuestos, a veces acompañados por un patronímico, los latinos presentan una formulación, sin duda de origen etrusco, por la que la persona es nombrada con un *praenomen* –indicación personal– más un *nomen* o gentilicio –referencia al nombre del padre–. Esta particularidad en la estructura onomástica es indicativa del valor que pronto asume el grupo gentilicio.

La penetración en Italia de pueblos indoeuropeos no implicó el asentamiento y sedentarización definitiva de todos ellos en poco tiempo. Así, por ejemplo, los sabelio-samnitas, mediante las «primaveras sagradas» o *ver sacrum*, constituyeron grupos migratorios periódicos. Esta práctica consistía en la consagración, cada cierto tiempo, de un número de niños al dios Marte los cuales, cuando alcanzaban la mayoría de edad, emigraban en grupo y se instalaban en otro territorio. La razón última es, sin duda, la relativa superpoblación de la zona original. Este expansionismo complicaba el mapa de los pueblos de Italia y conllevaba el que otros pueblos, a su vez, tuvieran que desplazarse, como es el caso de los volscos que, además de adueñarse de la región pontina en el siglo V a. C., mantuvieron una presión constante sobre el Lacio.

Actualmente, ha quedado demostrado que entre el Bronce final y la Edad de Hierro se producen una movilidad social importante y determinados cambios en el poblamiento de Italia. Así se constata el abandono de determinados núcleos urbanos y la consolidación y ampliación de otros. En el Lacio antiguo estas modificaciones fueron bastante instantáneas durante el Hierro I y siguieron una tendencia similar a la del Sur de Etruria, aunque más moderada. Las ciudades, en el sentido real del término, surgirán en el Lacio mucho más lentamente. Hasta los siglos VIII-VII no puede hablarse sino de aldeas, algunas de las cuales pasaron a constituir-

se posteriormente en ciudades y otras, como Ardea o Ficana, no llegaron a ser ciudades nunca pese a que, en el caso de Ficana, se constata la existencia de un poblamiento ininterrumpido desde el Bronce final hasta época imperial. La causa, sin duda, reside en el hecho de que gran parte de su población fue absorbida por Roma, como sucedió con otras varias aldeas del Lacio.

Al margen de Roma, los poblados más importantes del Lacio fueron Preneste, Tibur, Gabii, tal vez Lavinium –como se va confirmando con las últimas excavaciones– y Alba Longa. Respecto a esta última ciudad, las fuentes dicen que fue destruida en el siglo VII a. C. por el rey romano Tulio Hostilio y que de la ciudad sólo se salvaron los templos.

Durante mucho tiempo se ha buscado inútilmente el emplazamiento de Alba Longa en todas las colinas albanas y la arqueología ha constatado la existencia de pequeñas aldeas a lo largo de todas estas colinas que rodean el lago Albano. Aldeas que, como se comprueba a través de las respectivas necrópolis, apenas tendrían unas decenas de personas y que se dedicarían a formas rudimentarias de agricultura. Hoy día es generalmente admitido que Alba Longa era una federación de aldeas situadas en las colinas, en tomo al lago Albano, que contaban con un culto federal en honor a Júpiter. En tomo a este santuario, se celebraban las «ferias latinas», días durante los que se establecían los pactos y se dirimían los conflictos. Su destrucción por Roma fue sin duda necesaria para el desarrollo de la propia Roma que trasvasó gran parte de su población y le permitió apropiarse de su territorio.

Preneste y Tibur aparecen, sin embargo, ya desde el s. VIII a. C. como auténticas ciudades. Ambas tenían una excelente posición geográfica en el valle de Aniene y en el límite del territorio latino que les permitía conectarse bien con los sabinos y con el interior de Italia. Aunque eran ciudades latinas, incorporaron a su territorio a otros pueblos del interior no latinos.

Hoy se consideran una invención de la historiografia griega los relatos sobre los supuestos fundadores de las ciudades latinas. Tibur, según éstos relatos, habría sido fundada por tres hijos del rey de Argos, uno de los cuales se llamaba Tiburno. Praeneste había sido fundada por Telégono, hijo de Ulises.

Leyendas parecidas explican la fundación de Lavinium y de Roma e incluso el propio Lacio tomaría el nombre de su primer rey, Latino. Pero detrás de estas leyendas inconsistentes, se percibe claramente que el Lacio, ya desde los primero siglos del I milenio, fue un territorio abierto a contactos comerciales y en el que se asentaron grupos de población, no sólo

del interior de la península itálica, sino de otros puntos del Mediterráneo. Las ciudades del Lacio no surgieron en un solo momento como consecuencia de un acto fundador, sino que fueron, al igual que la propia Roma, resultado de un proceso de formación generalmente lento.

1.2. La Magna Grecia

El primer contacto del mundo griego con la península itálica se remonta a los últimos siglos del segundo milenio a. C. Esta «precolonización» micénica, como generalmente es definida, aparece atestiguada por la arqueología con el hallazgo de vasos y objetos micénicos por su relación con la en Guerra de Troya o bien con héroes aqueos y troyanos.

Entre estos primeros contactos de Italia con el mundo micénico y la expansión griega que se produjo a partir del siglo VIII hubo un largo período vacío de contactos regulares.

La más antigua colonia griega, no sólo en Italia, sino en Occidente, fue Pithecusa, en la costa norte de la isla de Ischia, fundada por los jonios de Calcis hacia el 770 a. C. Unos años después se fundó Cumas en la Campania, al norte del lago Avemio. La más antigua inscripción griega de Occidente pertenece a esta época y aparece en un vaso encontrado en Ischia. Los dóricos de Rodas fundaron poco después, Palaépolis y Neápolis, ambas en la bahía de Nápoles.

Más al Sur, Paestum, o Poseidonia, fundada por Síbaris hacia el 600 a. C. cuyos templos, aún impresionantes, atestiguan el culto que se tributaba principalmente a Hera y Atenas.

También en el siglo VIII a. C. parece que fundaron Zancle, en el estrecho de Mesina, y Naxos. Pocos años después tuvo lugar la fundación de Reggio.

Las más antiguas colonias de Sicilia fueron Siracusa Megara, pertenecientes a la segunda mitad del sigloVIII, seguidas por Gala y Agrigento, entre otras. Este proceso colonizador se cierra en tomo al 535 a. C.con la fundación de Velia (Ryele) en el sur de Italia.

Entre las aportaciones concretas que la colonización griega supuso para Italia, podemos señalar la introducción del alfabeto y el cultivo del olivo, inicilamente en la Italia central.

Pero su influencia fue mucho mayor, determinante incluso, para la historia de Roma y de Italia. En palabras de Musti, el estudio de los pueblos de Italia antigua, hace necesario, en primer lugar, un viaje al interior



Mapa III. Etruria

de la consciencia griega. Ciertamente, la existencia en el sur de Italia y Sicilia de verdaderas *poleis,* hace que la historia de Grecia se vincule estrechamente a la de Italia, ya que se trata también de su propia historia.

En cuanto al Lacio, éste no sólo tenía cerca, en Campania, a Ischia y Cumas, sino que sus contactos con los griegos podían llegar de otras colonias y a través de sus relaciones con la vecina Etruria. La existencia de cerámica griega no tiene fuerza suficiente para hacernos pensar en una helenización del Lacio ni de Roma. También se encuentra cerámica griega en múltiples yacimientos del interior de Italia cuyas comunidades siguieron ancladas en sus formas de vida tradicionales sin llegar a transformarse en sociedades urbanas hasta finales del período arcaico como muy pronto. Roma nace como ciudad con una entidad específica pero también se configura como sede de una *koiné* cultural constituida por su propia cultura local, latina, y una serie de aportaciones externas: itálicas, etruscas y griegas.

Los puertos de Pyrgi y de Gravisca, en Etruria, y el propio puerto fluvial del Tíber se convirtieron en vías de difusión de influencias griegas, así como los templos de divinidades griegas de Lavinio, en el Lacio, difundieron sus creencias religiosas.

Esta influencia sin duda aceleró el paso, en el Lacio, de formas pre y protourbanas a la creación de auténticas ciudades. En este proceso —como señala el propio Cicerón— sin duda fue ventajoso el que el Lacio no conociera asentamientos coloniales griegos ya que, si bien los griegos de Italia no se opusieron brutalmente a los indígenas —como demuestra el tratado de alianza entre Síbaris y el desconocido pueblo de los serdeioi— las colonias griegas anularon las posibilidades de desarrollo de las poblaciones locales que quedaron sometidas o satelizadas en beneficio de la fundación colonial. Así, la inexistencia de buenos puertos en el Lacio y la insalubridad de sus costas, así como el hecho de que Roma se fundara próxima al mar pero sobre un puerto fluvial, fueron factores que posibilitaron una evolución más autónoma aunque su propio emplazamiento geográfico, entre Etruria y Campana, les permitió estar relacionados con las corrientes culturales y comerciales de Italia, entre ellas las provenientes de las ciudades griegas.

1.3. Las poblaciones primitivas de Italia

En la Italia primitiva se distinguen, entre la primera y la segunda Edad de Hierro, dos áreas de elevado crecimiento económico: la Etruria centromeridional y el Lacio hasta la Campania y las colonias griegas. Al margen de estas últimas, las zonas más desarrolladas coinciden con las áreas ocu-

padas por la cultura villanoviana y lacial, mientras que las áreas menos evolucionadas son: por un lado, la zona de la cultura de tumbas de fosas y la Apulia y, por otro, el resto de la península, desde el centro de los Apeninos hasta las costas adriáticas; las llamadas culturas itálico-orientales, área de gran pobreza material que se mantuvo en unas posiciones subalternas respecto a la zona tirrénica más evolucionada.

Las investigaciones epigráfico-lingüísticas de los últimos años han permitido conocer mejor la etnografa de Italia antigua. Se pueden distinguir varias zonas lingüísticas que representan grupos étnicos homogéneos: el área latina coincidiendo con el *Latium vetus*, más las montañas ocupadas por los sabinos y algunos grupos sabélicos, donde se hablaba el latín. El área mesápica que coincide con la zona de Salento pero cuyos límites hacia el Norte no son muy precisos. Aquí se hablaba el mesápico, probablemente emparentado con el ilírico. Por último, el área itálica, que, a su vez, se divide en tres bloques lingüísticos afines entre sí: el umbro-sabino, desde Sabina, la Lerubia y el Piceno, el osco en el centro-sur hasta Calabria y el sículo o sicano de Sicilia. Obviamente, a éstos habría que añadir el etrusco en Etruria y el griego en las colonias de la Magna Grecia. Las zonas más desarrolladas económicamente, Etruria y el Lacio, son las que primero se organizaron en ciudades, mientras que en las áreas de menor desarrollo la organización no pasó durante mucho tiempo de esquemas tribales o perqueñas aldeas más o menos conectadas entre sí.

En el área mesápica y zona itálica central no se conoce durante los siglos VIII-V la existencia de ciudades, pero sí se conoce la existencia de santuarios que parecen atestiguar formas de culto colectivas tales como el templo de Zeus de Ugento o el culto a Feronia, en los extremos del territorio sabino cuyo santuario parece que funcionaba como mercado. También en estas zonas se han hallado restos de edificios y tumbas —como la necrópolis de Alfedena, en el Samnio— que atestiguan la existencia de una clase aristocrático-gentilicia o principesca. En el sur de Italia, sin embargo, la colonización griega parece que bloqueó todo el desarrollo local asentando a los indígenas en áreas que constituían verdaderas «reservas».

Los pueblos más próximos al Lacio y con los que Roma mantendrá en primer lugar relaciones, generalmente hostiles, son: los sabinos, los hérnicos, los volscos y los ecnos.

Los sabinos, contiguos al Lacio, tuvieron una estrecha relación con la Roma primitiva. La tradición presenta a tres reyes de Roma como de origen sabino: Tito Tacio, Numa Pompilio y Anco Marcio. Hasta Rieti, aldea situada en el centro del territorio sabino, llegaba la vía Salaria que desde Campania pasaba por Roma. La actividad económica primordial en la

Sabina era la ganadería. Tras la discusión entre la presencia de sabinos en la Roma primitiva hasta los que han borrado toda presencia en Roma hasta la llegada de Atta Clausus a comienzos de la República, hoy día se admite que ya desde el siglo VIII a. C. hubo grupos de sabinos asentados en Roma atraídos por la importancia de Roma como centro comercial y, sobre todo, como centro redistribuidor de la sal que llegaba hasta la Sabina. Debemos tener en cuenta la importancia de la sal en el mundo antiguo tanto para las personas como para el ganado, la conservación de los alimentos y múltiples aplicaciones. Pero la existencia de sabinos en Roma no permite hablar de un origen sabino de ésta.

Los hérnicos, situados al sureste del Lacio, mantuvieron una estrecha relación con los latinos e incluso llegaron a formar parte de la Liga Latina para protegerse frente a los volscos y ecnos, también vecinos suyos. En el 362 a. C. fueron sometidos por Roma y confiscados gran parte de sus territorios.

Entre los hérnicos parece que no se había alcanzado un desarrollo urbano notable. Su ciudad más importante, Anagni, era más que una ciudad, un centro religioso.

Al suroeste del Lacio antiguo, entre los montes Albanos y el mar, se extendía una vasta llanura que, entonces y ahora, es una imporante zona cerealistica y hortícola, ademas de ofrecer buenas condiciones para la pesca y el cultivo de la vid. Es la llanura Pontina. Desde comienzos del siglo V a.C. los volscos consiguieron adueñarse de la mayor parte de esta región que anteriormente había servido de zona de expansión para los latinos. En el tratado romano-cartagines del 509 a. C. se dice que los cartagineses no debían molestar a las ciudades palatinas, aludiendo expresamente a Ardea, Anzio, Laurentum, Circei y Terracina. Sin duda es ilustrativo de los intereses que Roma tenia en esta región, rica y bien comunicada, ya que era salida del Lacio hacia la Campania, la que más tarde se llamaría Via Appia. La apropiación de gran parte de la Pontina por los volscos, que la ocuparon durante más de cien años, fue una de las razones que explican la crisis económica de Roma durante el primer siglo de la República.

Todo el siglo V a. C. de la historia de Roma está salpicado de enfrentamientos con los volscos. Aunque Roma logró varias victorias sobre ellos, como la de Algido en el 431 a. C., el peligro volsco sólo se conjuró definitivamente cuando Roma concluyó un tratado con los samnitas en el 345 a. C. que colocaba a los volscos entre dos fuegos. Por este tratado, ambas partes se comprometían a repartirse el territorio volsco a conquistar. En el 339 a. C. tuvo lugar la derrota decisiva de los volscos, cuyo territorio se repartió entre romanos y samnitas.

Cuadro 2. CULTURA ETRUSCA	
1. ORIGEN	Autoctonista: Dionisio de Halicarnaso. Defendida por Pallotino y Alheim. Orientalista: Heródoto. Defendida por Bloch y Ducatti. Eruropeísta: Originarios del norte europeo, Retia. Actual: conciliación de las tres teorías y los descubrimientos.
2. FUENTES HISTÓRICAS	Textos históricos, Inscripciones y Yacimientos.
3. CRONOLOGÍA	1. Formación: Siglos X-IX a. C. 2. Auge: siglos VIII-VI a. C. 3. Decadencia: siglo V a. C.
4. CIUDADES	Tarquinia, Cerveteri, Orvieto, Veyes, Populonia, Vetulonia. Suma de aldeas: Bolonia, Clusium, Volterra, Arezzo, Capua, Nola.
5. ORGANIZACIÓN	Ciudades autónomas confederadas en DODECAPOLIS. Rey (LUCUMÓN) con poder civil, religioso y militar. Sustiutidos en el siglo V a. C. por MAGISTRADOS. Sociedad dirigida por oligarquías. Importante papel de la mujer.
6. RELIGIÓN	Revelada. Libros Sagrados y de Aquerón. Divinidad principal: Voltumnus. Triada: Tina, Uni y Menrva. Importancia de los enterramientos y vida de ultratumba. Haruspicina-Hepatoscopia. Adivinación.
7. ECONOMÍA	Agrícola: Latifundios. Sistema de riego. Minas de cobre y de hierro. Comercio marítimo.



FIGURA 2. Láminas de Pyrgi.

Los ecuos, cuyo territorio se extendía al este del Lacio, entre los sabinos y los hérnicos, no conocían la organización urbana. Su población se mantenía en aldeas dispersas y fortines en las alturas, a semejanza de los samnitas. Estos fortines, además de servir de refugio a la población, solían encerrar un templo o santuario.

Ya en el s. VII a. C., los ecnos suponían una amenaza constante para la población latina de Preneste. Desde comienzos del s. V a. C. éstos, unidos a los sabinos y a los volscos, constituían un grave peligro para Roma y la población del Lacio, pero la victoria del dictador romano A. Postumio Tuberto, en el 431 a. C., sobre ecnos y volscos logró conjurar definitivamente dicha amenaza.

1.4. Los etruscos

1.4.1. Origen

Durante siglos se ha teorizado sobre el origen de este pueblo que, asentado en el norte del Tíber e inicialmente desplegado por la actual Toscana y parte de Umbría, alcanzó tal nivel de desarrollo y una civilización tan refinada que algunos historiadores no han dudado en calificar como «el milagro etrusco». Ya a los mismos autores antiguos les preocupó esta cuestión y, mientras Dionisio de Halicarnaso consideraba que era un pueblo autóctono, Heródoto mantenía su procedencia oriental, en concreto de Lidia. En tomo a estas dos teorías, más una tercera que los hace descender de la Retia, la meseta suiza del norte del Po, a través del cual habrían descendido, se han elaborado todo tipo de argumentaciones por parte de los historiadores modernos. Ante lo que parece una cuestión insoluble, hoy día se ha abandonado esta discusión, centrando la investigación en el análisis del proceso de formación de las ciudades etruscas y de su posterior expansión.

Al misterio sobre sus orígenes se añade el de su escritura. Las inscripciones etruscas —en torno a diez mil— están escritas en caracteres griegos, lo que permite que puedan ser leídas, pero no descifradas. Pese a los avances de los lingüistas en los últimos años, no se ha conseguido aún traducir, esto es, entender las inscripciones etruscas.

El mundo etrusco alcanzó en el siglo VII a. C. un nivel de esplendor sorprendente en el contexto del Mediterráneo si bien no fue idéntico para todas las ciudades etruscas. El pueblo etrusco nunca constituyó un estado único, sino que sus ciudades gozaban de autonomía y eran gobernadas por reyes (*lucumones*), al menos hasta el siglo V en el que se abrió un

proceso en la mayoría de las ciudades etruscas en virtud del cual los reyes fueron sustituidos por magistrados. Los reyes se sucedían dinásticamente y unían al poder militar y coerción (simbolizado por un hacha en el centro de un haz o fascio que un *lictor* llevaba delante del rey) los secretos de la religión, que transmitían a sus herederos.

La sociedad era de tipo oligárquico, contraponiéndose a esta clase señorial la multitud de sus servidores, tanto en el campo, como en la ciudad, en los talleres o en las minas. Se ha hablado de la existencia de un matriarcado que hoy día no parece aceptado, si bien es cierto que la mujer desempeñaba un importante papel en la sociedad etrusca y gozaba de una amplia libertad en comparación con otras sociedades contemporáneas a ellos. Además la filiación era matrilineal, es decir, que el nombre se transmitía por vía materna.

Su religión era revelada y la fuerza de ésta nos descubre a unos etruscos profundamente religiosos, obsesionados por la vida de ultratumba que los llevó a la creación de impresionantes necrópolis, con cámaras suntuosas, en las que el difundo era rodeado por sus muebles y objetos personales que, sin duda, juzgaban imprescindibles para adornar sus tumbas o para disfrutarlos en el más allá. En un carro de guerra hallado cerca de Espoleto, se representa a la muerte divinizada conduciendo en caballos alados a los muertos hacia el cielo. Por lo mismo, el infierno era representado de forma terrorífica, con dioses infernales con cabeza de lobos o el demonio Tuchulcha arrojando serpientes.

Para escapar a estos terrores existía un meticuloso culto que incluía sacrificios periódicos y que, probablemente, incluyeran sacrificios humanos. Cada hombre era además vigilado durante su vida por su Lasa, una especie de ángel o espíritu que informa de sus actos. Poseían numerosos dioses de los que el más importante era Voltumnus o Voltumna cuyas vestiduras cambiaban conforme transcurrían las cuatro estaciones. Era además el gran dios de la confederación. La tríada formada por Tina, Uni y Menrva podría ser un antecedente de la tríada capitolina romana: Júpiter, Juno y Minerva.

Los libros sagrados enseñaban la haruspicina o arte de la adivinación a través del estudio del hígado de determinados animales sacrificados. También se precisaba la forma en que habían de trazarse los límites de las ciudades. Los llamados libros del Aquerón describían al parecer la topografia de los infiernos.

Los sacerdotes etruscos descifraban la voluntad divina que se expresaba a través del hígado de las víctimas inmoladas, de los truenos, de los relámpagos... Su prestigio en el arte de la adivinación no sólo se mantu-



FIGURA 3. Escena de banquete en una tumba de Tarquinia.

vo bajo el dominio romano sino que, además, gozaban de una extraordinaria credibilidad. Resulta anecdótico y sorprendente que todavía en el siglo V, ante la amenaza de la entrada en Roma de Atila y sus tropas, el Senado de la ciudad hiciera quemar los harúspices etruscos para cerciorarse de la situación o conjurar el peligro.

Las ciudades etruscas, como decimos, eran autónomas y ese individualismo sólo ocasionalmente fue superado por medio de alianzas entre las ciudades, cuyo centro federal religioso se encontraba en el santuario de Voltumna, en las inmediaciones del lago Bolsena.

El Lacio y Roma se relacionaron principalmente con las ciudades del sur de Etruria: Tarquinia, Caere (Cerveteri), Veyes y Vetulonia. Además de éstas, fueron también importantes Orvieto, Clusium (Chiusi), Volterra y Arezzo.

El afán urbanístico etrusco se manifiesta no sólo en el númerio de ciudades, sino en el tamaño de éstas. En la fase de formación de las ciudades etruscas se recurrió a la fusión de aldeas. Así, Tarquinia nace de la suma de los habitantes de 26 aldeas, Cerveteri de 18 y Vetulonia de 16. El resultado fue que el territorio dependiente de cada ciudad era enorme.

Como dato comparativo diremos que frente a territorios de núcleos protovillanovianos calculados entre 20 y 60 kilómetros cuadrados, el de Cerveteri tenía 900 y el de Veyes 1500. Al quedar el campo despoblado en esta fase inicial y teniendo en cuenta la extensión, la forma de vida de la población agrícola se vio sometida a grandes dificultades. O bien largos desplazamientos cotidianos o bien largas ausencias de sus casas para atender las tareas agrícolas. Posteriormente, en el territorio de cada ciudad se fueron creando aldeas dependientes de éstas.

En el siglo VI los etruscos dominaron la Campania, donde se les atribuye la fundación de Capua y de Nola. El cementerio de Ponte Fratte, cerca de Salerno, parece señalar el límite de su influencia.

Hacia el Norte, cruzaron los Apeninos conquistando Bolonia y colonizaron la llanura del Po hasta el Adriático. Estas ciudades se vincularon entre sí mediante una confederación similar a la que ya vinculaba a las originarias ciudades etruscas. Además de elevar la producción agrícola mediante sistemas de drenaje que hacen suponer la existencia de un régimen de latifundio, los etruscos poseían también las ricas minas de cobre y de hierro de la isla de Elba. La cerámica, muy influida por la griega, se encuentra prácticamente en toda la cuenca occidental del Mediterráneo además de en la región renana, lo que demuestra su actividad comercial. Esta actividad fue cusa de no pocas tensiones con los focenses, establecidos primero en Marsella y, luego, en Córcega. Aliados con los cartagineses, lograron en la batalla naval de Aleria (Alalía) 535 a. C., acabar con la talasocracia focense. Sin embargo, a partir de este momento entra Etruria en una irreversible fase de recesión. Siracusa alcanzó sobre los Etruscos y sus aliados cartagineses la victoria naval de Cumas. Desde finales del s. VI, samnitas y sabinos ocupan la Campania y, a finales del s. V, los celtas desmiembran la confederación etrusca del valle del Po, si bien Bolonia resiste hasta el año 350 a. C. aproximadamente.

Durante bastante tiempo la mayoría de los historiadores han considerado a Roma una ciudad etrusca, fundada por los propios etruscos o dominada políticamente durante la última fase monárquica, la coincidente con le tres reyes etruscos.

Hoy en día, la posibilidad de que Roma fuera fundada por los etruscos cuenta con pocos seguidores. Entre otras razones, que iremos exponiendo, porque Roma fue el resultado de un proceso de unificación de los habitantes de las colonias y no de una fundación predeterminada y llevada a cabo en un plazo concreto. Pero, además, la latinidad lingüística de los romanos parece decisiva a la hora de probar la existencia de una ciudad independiente étnica y políticamente.

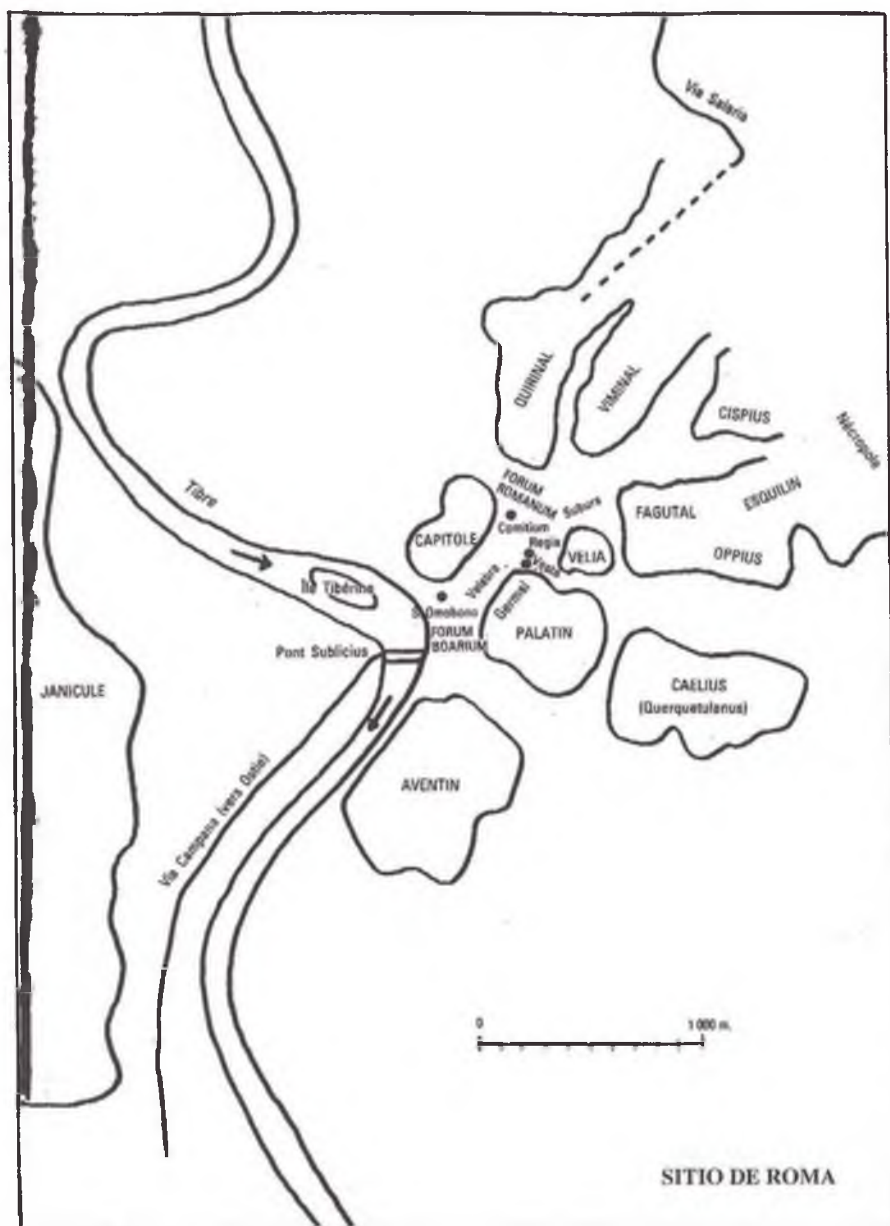
Es cierto que los etruscos ejercieron una enorme influencia en la Roma arcaica: ofrecieron modelos organizativos —al igual que los griegos— más avanzados, proporcionaron grupos de artesanos y comerciantes que se asentaron en Roma formando un barrio etrusco y algunas ricas familias etruscas —como la de los Tarquinios— emigraron y se instalaron en Roma. Tales influjos fueron importantes para la Roma arcaica pero, ciertamente, Etruria no fue un agente decisivo en la creación de la ciudad de Roma.

2. EL NACIMIENTO DE ROMA

2.1. Introducción

El estudio sobre los orígenes de Roma ofrece al historiador una serie de dificultades importantes que se asientan principalmente sobre las propias informaciones de autores antiguos y sobre el considerable número de hallazgos arqueológicos en Roma y en el Lacio, sobre todo en durante los últimos veinte años, que obligan a una constante sistematización de los planteamientos y a una dificil tarea de compulsa con las fuentes antiguas.

Esta complejidad explica que, durante mucho tiempo, esta etapa inicial de la historia de Roma se haya venido situando más en el terreno de la leyenda que en el de la historia. Sólo a partir del siglo XVIII, se inició la revisión crítica de la fuentes con un prejuicio hipercrítico de partida que se basaba en el hecho de que la parcial destrucción de Roma, en la primera década del s. IV a. C., a consecuencia de la invasión gala, había supuesto la pérdida de los archivos y documentos relativos a los primeros siglos de la ciudad. Como los primeros analistas romanos (Nevio, Ennio) habían iniciado su actividad historiográfica sólo en las últimas décadas del siglo III a. C., se derivó a unas posiciones que llegaban a poner en duda la propia realidad histórica del período monárquico. Ha sido muy reciente, en nuestro siglo, cuando gracias a las aportaciones de las ciencias auxiliares (arqueología, etnología comparada, lingüística, topografía, etc.) se ha logrado revalorizar —al menos en sus términos esenciales— la tradición, despojándola de muchos elementos legendarios, de deformaciones interesadas en pro de determinadas familias y de anacronismos e interpretaciones sospechosas. Todos estos elementos aparecen en mayor o menor medida en las fuentes antiguas, comenzando por el de la propia fundación de la ciudad, que la leyenda presenta como una ciudad «griega», puesto que los fundadores descendían de estirpe troyana. Esta interpretación que encontramos en algunos historiadores griegos mencionados por Plutarco —Helánico de Mitilene, Eráclides Póntico— y



Mapa IV. Sitio de Roma

otros —Timeo, Dionisio de Halicarnaso— se propagó no sólo en el ámbito griego sino que, a partir de los siglos IV-III a. C., también se afirmó en el mundo itálico frente a otras tradiciones diversas que le suponían un origen arcadio o aqueo, relacionadas con el mito de Evandro, la primera, y con el de Odiseo o Ulises, la segunda.

Esta leyenda, que fue recogida en el siglo III a. C. por los primeros historiadores romanos Nevio y Fabio Pictor, presenta a Eneas como antepasado directo de Rómulo y Remo el cual, tras casarse con la hija del rey Latino, se convirtió a su vez en rey.

Para los griegos el concepto de origen de los pueblos se identificaba generalmente con acontecimientos precisos y personalizados. Imaginaban emigraciones marítimas a Italia de los pueblos procedentes de Oriente, como los arcadios, pelasgos, lidios, troyanos, cretenses y héroes civilizadores como Enotro, Hércules, Minos, Eneas y Ulises, entre otros. Así, la mitología griega concedió un origen divino y griego a la fundación de Roma que ésta, a su vez, posteriormente asumió. Tales migraciones se situaban generalmente en torno a la época de la guerra de Troya. El esquema se repite en varios mitos griegos: el héroe extranjero que primero lucha con los indígenas y después —generalmente a través del matrimonio— hereda el dominio o funda una nueva ciudad. En este segundo caso, el origen de la ciudad era presentado como un acto de fundación voluntaria y precisa, consecuencia de la imagen que los griegos tenían de la fundación de colonias.

Ciertamente, es inadmisible la tradición de un origen troyano de Roma cuando se compara la fecha tradicional de la destrucción de Troya (1200 a. C.) con la realidad arqueológica del poblamiento del Lacio y el Septimontium, semejante a otros muchos poblados del Bronce final y muy lejos de ser considerado ni siquiera un poblamiento importante cuanto menos una ciudad.

A pesar de que los autores antiguos presentan a veces relatos distintos y de muy desigual valor de la historia de la Roma arcaica, hay algunas constantes que permiten suponer la validez de determinados elementos o vicisitudes de la Roma de esta época. Una de ellas es la de que la primera forma de organización política romana era de tipo monárquico. Este testimonio es confirmado por la arqueología y por la tradición. Así, por ejemplo, la aparición de un vaso de bucchero procedente de las excavaciones en la *Regia* (casa donde habitaba el rey) del Foro romano fechado a mediados del s. VII, en el que aparece la palabra *Rex*. También la palabra *regei* aparece inscrita en el cippo del *Lapis Niger*, que contiene una ley sagrada. La antigüedad de esta institución podría también deducirse de

Cuadro 3. LOS ORIGENES DE ROMA

FUENTES	Literarias: Tito Livio, Nevio Ennio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Helánico, Timeo. Leyenda y tradición: Eneas, Rómulo y Remo. Registro arqueológico: pavimento y restos del Foro Romano, epigrafía (Lapis Niger). Nucleo originario: Palatino. Posible origen del nombre de Roma: Rumon (antigua denominación del Tiber). Cronología: Según Varrón, 74 a. C. Según Timeo, 814 a. C.

Cuadro 4. MONARQUIA ROMANA

ORIGEN	Siglo VIII-VII a. C.: Rómulo (Rex Palatino).	
PRIMERA MONARQUÍA	Dualidad Latino-Sabina: Rómulo-Tito Tacio. Sucesores: Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcia.	
SEGUNDA MONARQUÍA ETRUSCA	Tarquinio Prisco, Servio Tulio, Tarquinio el Soberbio.	
CARACTERES DE LA ROMA MONARQUICA	1. Núcleo	Pomerium (Pst-murum). Puertas Migonia y Romanula (de Rumom, antiguo nombre de Tiber). Pons Sublicius.
	2. Sociedad primitiva	Tres tribus: Ramnes, Tities y Luceres.
	3. Religión	Triadas divinas: Júpiter-Marte-Quirino Júpiter-Juno-Minerva
	4. Primeras instituciones	Rex e Interrex Senado Curia Hostilia Colegios sacerdotales y profesionales (Collegia) Deditio

otras intituciones del Lacio, como la del *rex nemorensis* (rey del bosque) que en el siglo VI a. C. era el sacerdote encargado de los bosques consagrados a Diana junto al lago de Nemi. Así también la continuidad en la Roma republicana de la figura del *rex sacrorum*, el sacerdote-rey, que no es sino la pervivencia de la antigua institución de la realeza, reducida únicamente a las funciones religiosas. Es una peculiaridad romana la de no abolir definitivamente nada y mantener cualquier institución inútil o superada, bien sacralizándola o bien limitando sus funciones.

La lista canónica de los siete reyes de Roma —u ocho, de incluir a Tito Tacio, que durante algún tiempo habría constituido con Rómulo una especie de diarquía— es la siguiente: Rómulo, Numa Pompilio, Tulio Hostilio, Anco Marcio, Lucio Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio. La existencia de los tres últimos es aceptada por todos los historiadores modernos, en gran parte porque la documentación arqueológica es más abundante y aporta bastantes confirmaciones a los textos de los autores antiguos y también porque las características de estos tres monarcas —cuya soberanía es similar a la de los tiranos griegos— han resistido cualquier análisis crítico de las fuentes antiguas. Pero incluso sobre los primeros reyes no hay suficientes argumentos que nos lleven a creer en su falsedad. Muchos historiadores mantienen que la lista de los reyes ya había sido establecida cuando los primeros historiadores romanos del s. III a. C. escribieron sobre los orígenes de Roma, lo que confirmaría que éstos existieron realmente.

Como la fecha de la fundación de Roma propuesta por Varrón y aceptada por la analística romana se sitúa en el 754 a. C., cada reinado tendría una media de treinta y cinco años que alargar o reducir en caso de admitirse la fecha del 814 a. C. propuesta por el historiador griego Timeo en el siglo III a. C., o del 729 según Ciclo Alimento, también del siglo III a. C. Sin embargo, la fecha del 754 a. C. es la más aceptada, con un valor orientativo, esto es, se acepta que la primitiva Roma pudo ya existir en las últimas décadas del siglo VIII a. C., cualquiera que fuese entonces su nombre y su organización en ciudad o más bien, inicialmente, bajo la forma de federación de aldeas.

2.2. Los primeros reyes

La tradición señala que el primer rey fue Rómulo, hijo de Marte y rey, en cierto modo, mítico al que había correspondido crear el primer ordenamiento político de la ciudad. Es además el rey epónimo, pues su nombre significa «Romano».

De él nos dicen las fuentes que, después de fundar la ciudad, habría buscado incrementar el número de súbditos por dos procedimientos: abriendo un asilo o refugio sobre la colina del Capitolio, donde se establecen gentes marginadas y comerciantes extranjeros, y raptando mujeres sabinas. Este último episodio se sitúa durante la celebración de las fiestas en honor del dios Conso a las que habían acudido muchos sabinos y gentes de otros pueblos vecinos. Los hombres de Rómulo se apoderaron de sus mujeres. Tito Tacio, rey del pueblo sabino de Curi, asaltó Roma y tomó el Capitolio. Posteriormente, ambas aldeas se fusionaron y llegaron a constituirse en una sola ciudad con dos reyes hasta la muerte de Tito Tacio.

A través de este relato apreciamos el carácter abierto de la ciudad de Roma desde sus incios. Individuos de distintos lugares y condiciones se acogieron al derecho de asilo que la tradición atribuye a Rómulo. Así, el sucesor de éste, Numa Pompilio, era un sabino, como también lo fueron Tulio Hostilio y Anco Marcio. Esto viene a probar la presencia de un importante número de sabinos en la Roma de los comienzos y, probablemente, la fusión inicial de dos comunidades distintas: la del Palatino, núcleo original de la ciudad, y tal vez del Quirinal, ya que existen justificadas teorías sobre la existencia en esta colina de un poblado de sabinos emigrados del interior apenínico. Algunos ritos, cultos y costumbres sabinas pasaron a formar parte del patrimonio cultural romano desde épocas muy arcaicas. Por ejemplo, el culto al dios sahino Quirino, identificado por los romanos a veces con Marte y, a veces, con el divinizado Rómulo.

Esta dualidad parece corresponderse con la existencia muy temprana de colegios sacerdotales dobles como los *Luperci Quincticiales y los Fabiani.*

La existencia de las tres tribus primitivas *Ramnes, Tities y Luceres* y de tríadas divinas, como Júpiter, Marte y Quirino, que es la más antigua, podría relacionarse con la anexión de una tercera colina, tal vez el Aventino, a la que, según la leyenda, se retiraría Remo, el hermano rival de Rómulo. El Aventino fue también el centro de los cultos de la plebe romana durante las luchas patricio-plebeyas de los primeros tiempos de la República. Posteriormente, el número pasará a cuatro, con la anexión tal vez del Celio y así hasta culminar el proceso de unificación de las aldeas de las siete colinas. Aunque el proceso ordenado de la unificación de las aldeas de las colinas no puede establecerse con seguridad, sí sabemos con certeza que se fue produciendo un fenómeno de sinecismo entre las comunidades asentadas en las distintas colinas y que el núcleo primitivo de la ciudad fue el Palatino, tal como confirma la tradición y los hallazgos arqueológicos. Por esta razón, algunos historiadores dan a Rómulo el sorprendente pero preciso título de rey del Palatino por ser esta colina el



FIGURA 4. Sarcófago de Laris Pulena.

núcleo embrionario de la ciudad y porque ésta aún no se llamaba, casi con seguridad, Roma. El historiador Aulo Gelio dice expresamente que «el más antiguo pomerio, que fue creado por Rómulo terminaba en la parte baja del monte Palatino». El pomerio (igual a *post murum*) era el límite de la inicial ciudad palatina y, si atendemos a la tradición, este debía estar señalado por algún tipo de muro o fortificación, ya que ésta ha conservado el recuerdo de dos puertas de la ciudad: la *Mugonia* y la *Romanula*, hacia el Oeste, o sea hacia el *Rumon*, que era la antigua denominación del Tíber y el auténtico origen del nombre de la ciudad.

La tradición atribuye funciones concretas y específicas a cada uno de los primeros cuatro reyes. Así, Rómulo aparece como el fundador de la ciudad y el que instauró no sólo la institución monárquica, sino también los primeros órganos de gobierno: el Senado y las Curias, que luego veremos. Numa Pompilio habría sido el artífice de las instituciones sociales y religiosas de la ciudad. Se le atribuye la creación de Colegios Sacerdotales, además de la reforma del calendario. Tulio Hostilio y Anco Marcio son presentados con funciones principalmente guerreras. Al primero se le atribuye la destrucción de Alba Longa y la creación de una Curia destinada a la actividad jurídica, que fue llamada Curia Hostilia. Anco Marcio habría eliminado las aldeas situadas inmediatamente al sur de Roma (Politoro, Ficana...). Se le atribuye también la creación de unas salinas en Ostia y la la construcción del primer puente de madera sobre el vado del río Tíber, el *Pons Sublicius*. Si tales actividades fueran ciertas, éstas habrían obede-

cido sin duda al incremento y la seguridad del tráfico así como al control de las salinas situadas en la desembocadura del Tíber.

2.3. Las primeras instituciones y la sociedad durante la monarquía primitiva

De las primeras instituciones se sabe con seguridad muy poco. Antes de las reformas de Servio Tulio, Roma estaba dividida en tres tribus: Ramnes, Tities y Luceres. El contenido y las funciones de estas tribus es muy oscuro, comenzando por los nombres, que nos han llegado a través de una trascripción etrusca. Tanto podrían haberse establecido en base a una división étnica o tener un sentido territorial. Lo que sí sabemos es que éstas constituyeron la base del reclutamiento en esta época. Cada tribu aportaba diez curias, esto es, treinta curias en total de cien hombres cada una, lo que suponía un total de tres mil infantes, además de trescientos caballeros en tres centurias. Al frente de la infantería había tres *tribuni militum* y al frente de la caballería tres *tribuni celerum*. Estas curias constituían los Comicios Curiados, que eran la asamblea constituida por las treinta curias reunidas.

La función más importante de las Curias (cuyo nombre deriva de *co viri*, es decir, reunión de hombres) era la de ratificar la designación de un nuevo rey, pero no la elección del mismo, función ésta que correspondía al *interrex* (senador que hacía las funciones de rey hasta el momento de la elección del nuevo rey) y al Senado.

El Senado o consejo de ancianos —sin duda creado bajo la influencia griega— era el órgano consultivo del rey, integrado por los *patres* o jefes de las *gentes*, cuyos descendientes fueron nombrados patricios. El poder del Senado radicaba fundamentalmente en la importancia personal de sus miembros como jefes de *gentes* poderosas. Entre ellos se elegía al *interrex* y también el sacerdocio más importante, el de los *flamines*, era monopolio delos *patres*. Es probable que el número inicial de senadores fuera de cien. Hacia el final de la monarquía el número de senadores había alcanzado, según la tradición, los trescientos.

Respecto a la composición social podemos constatar que, desde el s. VIII a. C. había ya en la primitiva Roma una diferenciación social —como se desprende de la propia existencia de un senado de *patres*— y económica. La Roma de esta época era una concentración de *gentes*. Estas *gentes* estaban constituidas por individuos que formaban un grupo familiar extenso y cuyos miembros descendían —o pretendían descender— de un antepasado común, fundador de la *gens* y generalmente epónimo, ya que

habían heredado su nombre, el *nomen gentilicum*, que era común a todos los miembros de la *gens*.



FIGURA 5. Collar de oro con prótomos de sátiros.

La ampliación del territorio de la ciudad, como consecuencia de las obras de desecación de las zonas pantanosas o bien por la toma de territorio de otras comunidades, ofreció la posibilidad de que algunas *gentes* ampliaran sus dominios inmuebles. A su vez, algunas de las primitivas *gentes* se habrían ido desintegrando en beneficio de otras más poderosas. La mortalidad por epidemias, guerras... había ido debilitando o diezmando a algunas *gentes* cuyos individuos pasaron a la protección de otras *gentes* más poderosas. Dicho de otro modo, pasaron a ser sus clientes. Entre estos «clientes» estaban también los prisioneros de guerra y los extranjeros. La importancia que llegó a tener esta diferenciación entre miembros de las *gentes*, el sector privilegiado y los clientes o dependientes de las *gentes* queda de manifiesto en dos casos de época posterior. Una *gens* sabina muy poderosa, la *gens Claudia*, se asentó en Roma en el 504 a. C. El jefe de la *gens, Attus Claussus*, fue admitido a la ciudadanía romana y obtuvo tierras en la margen derecha del río Anio. Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso nos dicen que, contando a sus clientes, el número de miembros de la *gens Claudia* ascendía a 5.000. la *gens Fabia* pudo librar una batalla contra Veyes con un ejército formado sólo por sus clientes, tras la caída de la monarquía. Otro sabino, Appio Erdonio, en el 460 a. C., era el *pater* de una gens que alcanzaba las 4.000 personas, contando lógicamente a los clientes. Desde ell siglo X al V a. C., los grupos de inmigrantes a Roma llegan a menudo apiñados en *gentes* a las que su cohesión debía permitir vencer la tendencia a la disgregación, inevitablemente a partir de la tercera o cuarta generación.

Esta primera fase de la monarquía viene marcada por el proceso de unificación de los habitantes de las colinas romanas en un único organismo ciudadano. Pero este proceso de creación de la ciudad con lo que implica de existencia de un espacio ciudadano, de una oligarquía y de unas instituciones comunes, no puede entenderse al margen de los vín-

Cuadro 5. CONSTITUCION DE LA SOCIEDAD ROMANA PRIMITIVA (base del ejercito)

TRES TRIBUS		
Ramnes	Tities	Luceres
1 centuria ecuestre	1 centuria ecuestre	1 centuria ecuestre
300 ecuestres bajo el mando de los Tribuni Militum		
10 curias	10 curias	10 curias
3000 infantes bajo el mando de los Tribuni Celeri		
COMICIOS CENTURIADOS		

Cuadro 6. COMPOSICION DE LA SOCIEDAD

REX	Patres Gentium: Jefe del clan (Gens).
GENS	Descienden y se unen por un antepasado común del que toman el Nomen (Gentilicio): **Gentes Maiores** **Clientela** (clientes) = Gentes Minores + Extranjeros **Siervos**



FIGURA 6. Terracota policromada del frontón de Talamonte.

culos e influencia de otros pueblos, particularmente de los etruscos y de los griegos. Roma fue desde sus orígenes una ciudad abierta a todo tipo de influencias, de objetos, de personas particulares y de grupos. La presencia y asentamiento de extranjeros en la ciudad, desde sus comienzos, queda patente si consideramos que el único de los reyes de Roma que podríamos considerar romano –y aún así sería albano, según la tradición– es Rómulo. Todos los demás son de origen sabino o etrusco.

2.4. Roma durante la monarquía de origen etrusco

La mayoría de los historiadores actuales comparten la idea de una Roma de progreso que alcanzó en las últimas décadas del siglo VII a. C. y sobre todo en el s. VI a. C. un auge comparable al de las grandes ciudades etruscas. La ciudad-estado romana estaba ya plenamente formada en esta época, con una imagen externa monumental, con templos importantes, un foro pavimentado y unos ordenamientos constitucionales que fueron actualizados durante el s. VI a. C.

Las características de los tres últimos reyes (los tres etruscos, dos de ellos pertenecientes a la *gens* Tarquina y el otro oriundo de la ciudad etrusca de Vulci y de origen servil) se adaptaron mal al carácter tradicional de la monarquía romana. En primer lugar, el que fuera electiva plantea dudas a cerca de la elección de una serie de reyes etruscos. También resulta sorprendente la interrupción de la dinastía Tarquinia con la inserción entre Tarquinio Prisco y Tarquinio el Soberbio de un hombre nuevo, Servio Tulio. También resulta excesivo el número de años que abarca el período de estos tres reyes. Según la cronología de Dionisio de Halicarnaso, éstos reinaron del 616 al 510 a. C., lo que supone un período de 106 años sobre los 244 que se atribuye a la época monárquica.

Del conjunto de estas objeciones podemos suponer que durante estos ciento seis años hubo más de tres reyes, probablemente más de dos tarquinios, siendo Servio Tulio el único ajeno a la dinastía.

Como ya antes dijimos, el advenimiento de Tarquini Prisco es visto por algunos historiadores como una consecuencia de la dominación etrusca sobre Roma. Se apoyan, además, en el hallazgo en los niveles inferiores del que debió ser el templo de Fortuna, de un fragmento de inscripción en etrusco, más otras dos inscripciones, fechadas en el s. VI a. C., sobre vasos de bucchero, descubiertos a los pies del Capitolio. Estos hallazgos demuestran la existencia en Roma de elementos etruscos, incluso de un barrio etrusco –*Vicus Tuscus*– entre el Palatino y el Velabro.

También la pavimentación del Foro, que implicaba la construcción de canales que desecaran las aguas estancadas y la construcción de la Cloaca Máxima, son consideradas exponentes de esta dominación. Los etruscos conocían estas técnicas hidráulicas. Así mismo el Foro, la plaza pública, es característica de las ciudades etruscas.

Por la misma razón, durante mucho tiempo se ha considerado que el silencio de Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso sobre tal dominación obedecía bien al desconocimiento de este hecho, bien a una actitud de ocultamiento a fin de no ensombrecer el pasado de Roma, siendo esta última hipótesis la más probable.

Actualmente se tiende a aceptar cada vez más las informaciones de los historiadores romanos sobre la época arcaica de Roma. Como en muchos otros aspectos sobre los que hoy se ha rehabilitado su autoridad, también el de la dominación etrusca ha sido reavivado y ha cobrado fuerza la idea de que Roma, durante esta segunda fase monárquica, siguió siendo una ciudad latina, independiente políticamente, aunque muy vinculada al mundo etrusco.

Se acepta la presencia de elementos etruscos en la ciudad, principalmente artesanos y comerciantes, su influencia en las constumbres y en la religión, pero no el sometimiento político. Estas influencias se justifican plenamente si consideramos que el Lacio se encontraba entre dos zonas etruscas: los etruscos del Norte y los etruscos de la Campania. Las relaciones comerciales entre las dos áreas etruscas se efectuaban, con mucha frecuencia, atravesando el Tíber por la isla Tiberina. La aparición de cerámica etrusca no es válida como argumento ya que, en los mismos depósitos, se han encontrado grandes cantidades de cerámica griega.

Por otra parte, el advenimiento del primero de estos tres reyes, Tarquinio Prisco, no parece que se efectuara con ningún acto de violencia ni se impusiera por las armas, como cabría suponer si se tratara de una conquista de la ciudad.

Otros argumento a favor de la autonomía de Roma es que el único documento oficial romano de época arcaica (S.VI a. C.), la inscripción del *Lapis Níger*, que contiene una reglamentación sagrada, está escrita en latín, como también estaba escrito en latín el tratado de Tarquino con los habitantes de Gabi y la *lex* del templo de Diana en el Aventino, de época de Servio Tulio. Obviamente, latín escrito en el alfabeto griego, como corresponde a las inscripciones de esta época.

Una dominación habría supuesto, además, el pago de determinados tributos que habrían estrangulado o dificultado el sorprendente progre-

so social y económico de la Roma de esta época, que se convirtió en la ciudad hegemónica del Lacio. Así pues, lo más probable es que la Roma de este período continuara siendo una ciudad latina, no dominada políticamente, al menos de forma permanente, por una o varias ciudades etruscas, aunque si fue una Roma etrusquizada en los aspectos culturales y religiosos.

Pero también fue decisiva en este período la influencia griega. Se buscan paralelos en algunos aspectos de la Roma de esta época con la tiranía popular de Mileto, la Atenas de Solón y Pisístrato, pero los modelos pueden también encontrarse en las colonias griegas de la propia Italia. Así, el carácter de la monarquía romana durante la época de los Tarquinos es similar al de los tiranos griegos. Al igual que éstos, los monarcas etruscos de Roma estaban dotados de un gran poder personal y su legitimidad es bastante sospechosa. Los reyes anteriores eran designados por los *patres* de las *gentes* que integraban el senado y el pueblo, en los comicios curiados, aprobaba el nombramiento. Los reyes etruscos de Roma se vinculaban directamente con Júpiter, mediante la toma de auspicios y la investidura sagrada, fuentes del *imperium* personal y el pueblo no podía sino aclamarlo, dado que era una designación de origen divino. Los símbolos de la monarquía de los Tarquinios son de clara importación etrusca: la silla curul, el manto púrpura, el cetro coronado con el águila, la corona de oro y el séquito del rey, con los doce lictores que llevaban los *fasti* como símbolo del poder real de castigar incluso con la muerte.

2.4.1. *Tarquinio Prisco*

Lucio Tarquinio Prisco es presentado por las fuentes antiguas como oriundo de Tarquina, la más importante ciudad etrusca de esta época, junto con Caere (Cerveteri). Su padre era un griego de Corinto, llamado Demarato, que había huido de su ciudad y se había instalado en Tarquina, donde se casó con una mujer etrusca. No sabemos cómo Lucio Tarquinio y su *gens* se asentaron en Roma. En todo caso, constituyeron una verdadera dinastía gentilicia, atestiguada también por las fuentes etruscas que conocen a un Cneo Tarquinio Rumach (de Roma), en lucha con otros personajes etruscos, tal como se ve en los frescos de la tumba François de Vulci.

Al nuevo rey se le atribuye tradicionalmente la construcción de la Cloaca Máxima, que permitió desecar y sanear las zonas bajas de las colinas, que hasta entonces habían sido un foco constante de paludismo. También se le atribuye la construcción del Circo Máximo, de evi-

dente influencia griega, y el comienzo de las obras del templo de Júpiter sobre el Capitolio, que era la colina donde inicialmente él se asentó y a la que la tradición da el nombre de Mons Tarquinius.

También, según las fuentes antiguas, incrementó el territorio romano. Uno de sus frentes militares fue la guerra mantenida con los sabinos. Según Tito Livio, todo el territorio entre la Colacia y Roma pasó al poder de ésta. A los colativos, Tarquinio les impuso una fórmula de rendición llamada *deditio*. El texto de Livio dice: «El rey preguntó : ¿Sois vosotros los legados y portavoces enviados por el pueblo colatino para hacer vuestra propia entrega y la del pueblo colatino? Lo somos. ¿Está el pueblo colatino bajo su propia potestad? Lo está. ¿Os someteis vosotros y el pueblo colatino, su ciudad, su campo, agua, fronteras, templos, utensilios y todos los objetos divinos y humanos a mi potestad y a la del pueblo romano? Nos entregamos. Yo, por mi parte, os recibo».

Este tipo de pactos de *deditio*, de sometimiento o entrega, tendrá gran importancia en el futuro y fue muy utlilizado por Roma, en las fases de expansión romana.

La política de conquista de Tarquino se completó con el sometimiento a Roma de varias comunidades asentadas en el Lacio Antiguo. Así, se adueñó por las armas de Cornículo, Ficulea la Antigua, Cameria, Crustumerio, Nomento, Ameriola y Medulia. Este paso fue muy importante ya que les permitió ampliar el número de ciudadanos romanos, incorporar nuevas tierras a la ciudad y, en definitiva, hacer de Roma el centro político administrativo de un amplio territorio, en virtud de lo cual Roma se situaba a nivel semejante al de otras grandes ciudades etruscas.

Dos medidas de carácter social, de gran importancia, son también atribuidas a Tarquino Prisco: el aumento del número de senadores y, consecuentemente, el aumento de las clases superiores, con la creación de las *gentes minores*, por oposición a las más antiguas gentes de los inicios de Roma, las *gentes maiores*.

La creación de estas nuevas *gentes* es bastante confusa y los historiadores antiguos lo explican de forma diferente puesto que, en la época en que escriben, tal distinción entre unas y otras *gentes* se había borrado. No obstante, lo que sí parece seguro es que las *gentes minores* eran de menor antigüedad e incluidas en el patriciado, así pues, insertas en la clase dominante junto a las *gentes maiores*. Puesto que eran así elevadas como consecuencia de la voluntad del rey (primero Tarquino Prisco y después Servio Tulio), es lógico suponer que estas *gentes minores* estuvieran en cierto modo ligadas a su propia persona.

2.4.2. *La época de Servio Tulio*

El período comprendido entre el 580 y el 540 a. C. se caracteriza por la dinámica social y el desarrollo económico que se aprecia no sólo en la Roma primitiva, sino en la Italia central. En el aspecto agrícola, gracias al saneamiento y drenaje de las zonas pantanosas y a la introducción de determinados cultivos, como el olivo, se produce el paso a una agricultura especializada.

También se constata un incremento en las actividades comerciales, lo que decidirá la formación de un pequeño sector mercantil de la economía. La formación de una clase media urbana, organizada en la armada política y el conjunto de las reformas de Servio Tulio, que comportaron la reestructuración de la clase dirigente, ha sido calificada por muchos historiadores como una auténtica revolución.

La figura de Servio Tulio es de por sí oscura y sugestiva. Para algunos se trataría de un antiguo cliente de los Tarquinos, usurpador del poder. Para otros, sería un aventurero sostenido por bandas etruscas. Y, para otros, un *tyrannos*, excitador en cierto modo del demos o populus en formación y de la tiranocracia contra la aristocracia. La tradición nos dice que era hijo de un etrusco, tal vez de Vulci y de una sierva llamada Ocresia.

De ahí su *praenomen*, Servius = hijo de una sierva. Su llegada al poder está rodeada por una serie de hechos violentos de los que nos informa la tradición etrusca, aunque en la interpretación de estos hechos persisten aún muchas dudas. En los frescos de la tumba François, a la que antes nos referimos, de la ciudad etrusca de Vulci, se representa a un personaje con el nombre de Mastarna junto con otros dos, los hermanos Aulo y Celio Vibenna, enfrentados éstos con otro grupo de personajes designados por el nombre personal y/o por el étnico. Entre éstos está Cneo Tarquinio *Rumach*, o Romano, tal vez el propio Tarquino Prisco. La interpretación más probable es que se tratará de una coalición contra Vulci integrada por la propia Roma y otras ciudades tiberianas ya que uno de los personajes que aparecen en este segundo grupo es falisco y el otro de Volsinia. Servio Tulio fue identificado por el emperador Claudio (etrustólogo que habría emprendido la elaboración de una «Historia Etrusca») con el Mastarna que aparece en la tumba de Vulci. Este –dice–, expulsado de su ciudad, junto con los hermanos Vibenna, llegó a ser rey de Roma. El término Mastarna es la etrusquización de *magister*, lo que presupondría, más bien, que Servio Tulio habría sido sobre todo, un *condottiero* o un tirano, más que un rey, pero hay que suponer que la diferencia entre rey y tirano no debía ser muy clara en esta época.

Cuadro 7. REFORMA DE SERVIO TULIO

1. Posible influencia de la Reforma Soloniana de Atenas.

2. Obetivo principal: Elaboración de un censo.

3. Consecuencias inmediatas: Nuevo ordenamiento político.
Conocimiento de la renta de los ciudadanos.
Control económico militar y poblacional.
Aparición del Aes Rude.
Registro público de los Collegia profesionales

A. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN

- 16 tribus rústicas (ager Romanus)
- 4 tribus urbanas (Palatina, Esquilina, Collina y Suburbana)

B. ORDENAMIENTO SOCIAL

- **Cinco clases censadas** según su renta económica (valorada den Ases)

1ª. Poseían + 100.000 Ases (equipo militar de bronce) = 80 centurias
2ª. Poseían + 75.000 Ases (escudo rectangular/grebas) = 20 centurias
3ª. Poseían + 50.000 Ases (yelmo y escudo rectangular) = 20 centurias
4ª. Poseían + 25.000 Ases (jabalina y lanza) = 20 centurias
5ª. Poseían + 11.000 Ases (hondas y piedras) = 30 centurias

Se ordenan y reúnen en comicios por centurias: Comicios Centuriados
Se añaden 18 centurias de ecuestres y 5 de proletarios.

En Total: 193 centurias

- **La asamblea centuriada o comicio centuriado**
  - El organismo político y militar que reunía a todos los ciudadanos
  - Organizado en centurias
  - Se vota NO a título personal, sino por centurias (cada centuria un voto)
  - Las primeras clases y las de los ecuestres tenían siempre la mayoría

Las reformas de Servio Tulio

La serie de reformas de Servio Tulio son un complejo coherente en el que una se constituye como base de la siguiente y así sucesivamente. Siguiendo este proceso concatenado, la primera de estas reformas sería la nueva organización del territorio. Todos los ciudadanos romanos fueron inscritos en una de las dieciséis tribus rústicas en que se dividió el *ager romanus*, si eran propietarios de tierras o en una de las cuatro tribus o circunscripciones urbanas si no eran propietarios de tierras. Las cuatro tribus urbanas eran: la Palatina, la Collina, la Esquilina y la Suburbana. Sus integrantes serían principalmente artesanos, comerciantes y proletarios. Esta división fue la base de la elaboración del censo, ya que permitía una valoración de los ciudadanos en función de sus rentas. Para lograr esta valoración fue preciso también crear una amonedación rudimentaria o, si se prefiere, un sistema premonetario: el *aes rude*. Se trata de una especie de panes de bronce en los que aparece inciso un dibujo que podría ser bien una rama seca o una espina de pescado. Su peso era de 330 gr.

Basándose en el censo, Servio Tulio introdujo un nuevo ordenamiento a la vez político y militar: los Comicios Centuriados. La descripción que de este proceso nos dan Tito Livio y Dionsio de Halicarnaso es la siguiente: Servio Tulio repartió a la población romana en cinco clases, según el censo, valorado en ases. En la primera clase, se inscribió a los que poseían más de 100.000 ases. Estos debían costearse su equipo militar que consistía en un yelmo, escudo redondo, coraza, lanza, espada... todo de bronce. En la segunda clase, los que tenían más de 75.000 ases, debían costearse el escudo rectangular y las grebas. En la tercera se incluía a los de 50.000 ases, que llevaban yelmo y escudo rectangular. En la cuarta, los que tenían 25.000 ases, con jabalina y lanza y, en la quinta, con 11.000 ases, sólo tenían que proveerse de una honda y piedras.

La primera clase comprendía 80 centurias (40 de jóvenes y 40 de ancianos). La segunda, la tercera y la cuarta, 20 centurias (cada una de 10 jóvenes y 10 ancianos) y la quinta clase, 30 centurias (15 de jóvenes y 15 de ancianos). A éstas habría que sumar otras 18 centurias de caballeros y 5 de proletarios, es decir, los que estaban censados no por sus bienes –que no tenían– sino sólo por su persona o fuerza de trabajo. En total, 193 centurias. En la Asamblea Centuriada o Comicios Centuriados, esto es, el organismo político y militar que reunía a todos los ciudadanos, organizados en centurias, se votaba no a título personal sino por centurias, siendo cada una de ellas una unidad de voto y, como se desprende claramente, las de la primera clase más la 18 de caballeros (la élite del nuevo ejército) tenían siempre la mayoría.

Ciertamente en este relato hay una serie de anacronismos y discordancias evidentes. En primer lugar, la valoración del censo en ases no era posible en el s. VI a. C. El número de centurias presupone una población demasiado elevada para la extensión de la Roma de esta época; incluso la precisa correspondencia entre centurias de jóvenes y ancianos resulta extremadamente improbable. Tampoco es creíble que la primera clase tuviera tantos inscritos como todas las demás juntas. A estas objeciones se añade también la que se refiere al armamento. Se sabe que el ejército de esta época era un ejército político. Los hoplitas llevaban un escudo redondo y nada permite suponer que los rectangulares existieran en esta época.

Estas objeciones, entre otras, llevaron hasta hace poco a que muchos historiadores rechazaran o dudaran de la existencia de la reforma seviana. En la actualidad se acepta sustancialmente la realidad de la reforma, obviamente no de forma literal y se han avanzado explicaciones más sencillas y adaptadas a las condiciones del s. VI a. C.

La explicación más aceptada es la que presupone la existencia de un ejército hoplítico constituido por las centurias de jóvenes de las tres primeras clases (40+10+10). Esta explicación concuerda con la estructura de la legión romana más antigua, compuesta por 60 centurias (6.000 soldados). Cuando en la República el mando pasó a dos cónsules, se crearon dos legiones de 3.000 hoplitas cada una. Las centurias de las clases inferiores estarían excluidas del ejército permanente; serían las tropas de reserva, escasa y ligeramente armadas.

Al igual que en casi todas las ciudades antiguas, los soldados eran propietarios de tierras. La reforma serviana que, insistimos, se asentó sobre la propiedad, contemplaba un ejército hoplítico constituido por los propietarios de tierras, los cuales gozaban, por otra parte de mayor influencia política. En los Comicios Centuriados, que reunían a todo el pueblo y era el más importante órgano de la ciudad-estado, prevaleció el principio de que la mayor riqueza implicaba mayores gastos en la milicia pero, en contrapartida, confería una mayor influencia política.

Se creó así una timocracia en función de la propiedad de bienes y no, como anteriormente, de base exclusivamente patricia. En esta situación se ha basado tradicionalmente la explicación de la caída de la monarquía romana: los *patres gentium* o jefes de la *gentes* se habrían opuesto a la reforma serviana y a una sociedad en la que ya no detentaban el monopolio de la importancia económica y social. Aunque, sin duda, hay algo de verdad en ella, esta explicación es excesivamente simplificadora. Es lógico suponer que, puesto que los patricios eran los principales propietarios de tierra, la reforma serviana no mermara sensiblemente sus pri-

vilegios. En todo caso, se produjo un aumento de la clase privilegiada –las *gentes minores*– y una superación del exclusivismo gentilicio al incluir en el ejército algunos elementos que no eran patricios.

La tradición atribuye a Servio Tulio la inscripción de la plebe en registros públicos, organizándolos en colegios profesionales. Esta lista de colegios nos da algunos indicios sugerentes sobre la situación profesional –y económica– de esta época. En ella figuran, entre otros, flautistas, tintoreros, zapateros, joyeros, carpinteros, curtidores, alfareros, etc.

Las reformas de Servio Tulio corresponden, como señala Pallotino, a un período de crisis de las estructuras sociales y políticas y a intentos de cambios institucionales. Los impulsos para el desarrollo, no sólo social y político, sino también cultural y religioso, procedían en gran parte de Etruria, pero también, incluso en mayor medida, se constatan influencias, en todas las esferas, del mundo griego. La constitución de Servio Tulio pudo inspirarse en las reformas de Solón que, pocos años antes, había modificado la constitución ateniense introduciendo una división en cuatro clases.

La religión en época de Servio Tulio

La nueva organización política de la ciudad fue acompañada por una serie de progresos en la estructura material de la misma. En primer lugar, la construcción de una muralla que, según algunos historiadores, se cree que rodeaba las 285 ha, que era la extensión aproximada de Roma y, según otros, coincidiría ésta con el *pomerium* o límite religioso de la ciudad.

Servio Tulio intervino también de modo decisivo en la reorganización del Foro Boario y en el establecimiento de cultos relacionados con las funciones comerciales de este Foro, así como con la propia ciudad de Roma.

La tradición habla de un doble edificio de culto consagrado a Fortuna y a *Mater Matuta*, situado en el Foro Boario. Algunas divinidades –como es posiblemente el caso de *Mater Matuta*– se incorporaron al panteón romano mediante el procedimiento de la *evocatio*. Equivalía ésta a una invitación ritual a una divinidad ajena o extranjera para que se mostrara propicia con los romanos. A cambio, se comprometían a erigirle en Roma un culto y, por consiguiente, reconocerla como divinidad pública. Las advocaciones de *Mater Matuta* o Matutina (diosa de la luz, Aurora, diosa astral, diosa relacionada con Tanus, dios de la entrada, y con los viajeros) y de Fortuna (protectora en la guerra, en el amor, diosa del globo y de timón, es decir, de la fortuna) eran complementarias y cuadraban bien con el emplazamiento de su culto en un centro de actividades comerciales. La tradición presenta a Servio Tulio como un rey protegido por la diosa Fortuna.

También se le debe a Servio Tulio el templo del monte Aventino, erigido en honor a Diana. Los propios autores antiguos señalan las influencias griegas del templo y lo relacionan con la Artemisa efesia. Estrabón dice que la estatua de la Diana del Aventino era del mismo tipo que la Artemisa que se veneraba en el templo de Marsella que, a su vez, se inspiraba en la de Efeso. Dionisio de Halicarnaso dice que todavía en tiempos del emperador Augusto se podía leer en el templo la dedicatoria de Servio Tulio sobre una estela de bronce, con el nombre de las comunidades latinas asociadas a este culto. Este templo tenía el carácter de santuario federal de los latinos sometidos a Roma. El Aventino estaba fuera del *pomerium* de la ciudad y estaba habitado fundamentalmente por artesanos, latinos deportados, extranjeros y otros elementos marginados de la sociedad romana. El templo de Diana aventiniense ejercía el derecho de asilo para los comerciantes extranjeros, los refugiados, los exiliados, etc. En la construcción de este templo se ha visto un indicio más de la política antiaristocrática de Servio Tulio porque esta actividad estaba estrechamente vinculada con los estratos inferiores de la sociedad romana.

El valor de la obra de Servio Tulio reside principalmente en el reforzamiento de la estructura de Roma como ciudad-estado, lo que necesariamente implicaba limitar el poder político-militar de las *gentes*. Sin duda la mayor resistencia a la política serviana radicaba en los grupos gentilicios poderosos y la consecuencia de la organización centuriada será contribuir, a comienzos del siglo V a.C., al enfrentamiento entre la oligarquía, reivindicadora de sus privilegios, y los plebeyos. Enfrentamiento alimentado por la grave crisis social y económica que sucede a la floreciente época de los últimos reyes de Roma.

2.4.3. *Tarquinio el Soberbio*

Ha sido tratado por los historiadores antiguos con unos tintes sombríos que le muestran como el prototipo del mal tirano. Su advenimiento al poder se produjo después de haber asesinado a su predecesor y suegro, puesto que estaba casado con Tulla, hija de Servio Tulio. Esta serie de sucesiones violentas ha hecho suponer a muchos que estos tres reyes actuaron a modo de jefes de bandas personales, que se fueron imponiendo por la fuerza probablemente con la connivencia de grupos familiares romanos y etruscos asentados en Roma.

La política de este último rey parece haberse dirigido a conquistar una posición hegemónica de Roma en el Lacio. Para ello recurrió, en varias ocasiones, a establecer pactos con algunas comunidades vecinas. Es el caso del pacto con los habitantes de Gabii que, según Dionisio de Hali-

carnaso, todavía existía en época de Augusto en un escudo de piel y madera en el templo de Sanco. La implantación de emporio comerciales en ciudades como Ardea, Terracina, Anzio y Circei mediante acuerdos con comunidades locales, reforzó su preeminencia en la costa del Lacio.

Este mismo objetivo de lograr una posición preponderante de Roma en el Lacio debió presidir su empeño por impulsar el culto a Júpiter, probablemente muy debilitado después de la desaparición de Alba Longa. Organizó el culto y terminó la construcción del Templo Capitolino. A este culto se asociaron los treinta pueblos de las colinas albanas más otros pueblos latinos hasta un total de 47 participantes que se reunían anualmente para cumplir el rito de sacrificar en común. El templo se construyó con la intención de ser el más grande. No sólo del Lacio, sino del mundo itálico. Para la decoración se hizo venir de Etruria a los mejores artesanos y artistas, entre ellos Vulca, que fue autor de la estatua de Júpiter.

La preponderancia de Roma en el Lacio aparece implícita en el primer tratado romano-cartaginés. El texto del tratado desvela la esfera de la influencia de Roma ya que, según Polibio, los cartagineses se comprometían a no promover ningún trabajo de fortificación en el Lacio así como a no causar ningún daño a los pueblos de Ardea, Anzio, Laurento, Circeo y Terracina ni a ninguna otra ciudad latina bajo el dominio de Roma.

La década que siguió al 509, fecha en que se produce la conspiración que derroca al último rey de Roma, es un período oscuro del que se conocen hechos aislados, algunos seguros y otros sólo probables y que ha planteado a los historiadores no pocas incertidumbres.

El derrocamiento de Tarquinio el Soberbio aconteció cuando estaba fuera de Roma, sitiando la ciudad de Ardea. Las razones de su caída son bastante confusas. Lo único que se sabe con toda seguridad es que no fue debido a causas excesivamente internas, ni se trató de un asunto de mujeres, como lo presenta la tradición, con la leyenda de la violación de Lucrecia por el hijo del rey.

La reconstrucción de los hechos permite suponer que se produjo una conjura palaciega contra el rey, debida sin duda a múltiples causas de carácter interno y externo. Entre la primeras, tal vez el gradual desgaste de los poderes del rey que se habían ido traspasando a los múltiples colaboradores de los que se había rodeado para el gobierno de la boyante ciudad-estado. También las *gentes* debieron tomar parte en el derrocamiento de un gobierno que no valoraba suficientemente su preeminencia tradicional. Incluso los elementos no patricios que, a lo largo de estos años de expansión económica se habían enriquecido, pudieron respaldar

el rechazo a una política incesante de conquistas que sometía a duras pruebas las reservas militares, punto éste en el que insiste la tradición.

Entre las razones externas, la más decisiva fue la invasión de Roma por Porsenna, rey de la ciudad etrusca de Clusium (Chiusi) que, en cierto modo, representa el último de los conquistadores etruscos y cuyo objertivo era adueñarse del Lacio. Porsenna se apoderó de Roma y la utilizó como base de sus campañas contra la Liga Latina. Tito Livio dice que la invasión de Porsenna se produjo porque los Tarquinios le pidieron su intervención con el propósito de restablecer al monarca. Pero si esta llamada se produjo, lo cierto es que Porsenna no restableció en el trono a Tarquinio, el cual permaneció exiliado, primeramente en *Tusculum* y luego en Cumas.

Cuado las tropas de Porsenna emprenden la conquista de Aricia, los latinos coaligados cuentan con el apoyo decisivo de Aristodemo de Cumas amigo de Tarquinio. La victoria fue para los latinos y supuso la liberación de Roma y la huida de Porsenna. Sin embargo, el exilio en Cumas de Tarquinio continuó hasta su muerte, acaecida en el 495 a. C. En Roma ya se había producido el cambio de régimen, en cierto modo de forma constitucional, pues la tradición nos dice que los dos primeros cónsules fueron elegidos por los Comicios Centuriados, tal como Servio Tulio había prescrito.

Pero ante estas razones externas, además de la invasión de Roma por Porsenna, que obviamente fue decisiva, hay que tener en cuenta el clima exterior antimonárquico característico de ésta época. Más o menos contemporáneas a la creación de la República romana, se atestigua la existencia de magistraturas republicanas en diversas ciudades etruscas: Orvieto, Vulci, Tarquinia y, posteriormente, Chiusi. El estatuto de Cerveteri, en torno al 500, era a medias republicano y monárquico, como se desprende de la inscripción de las tablas de oro de Pyrgi, donde el representante de la ciudad, *Thefarie Valianas*, no es calificado como rey (*Iucumon*), sino más bien como un magistrado, aunque no anual, pues se desprende que llevaba tres años ejerciendo sus funciones. La última ciudad etrusca que mantuvo la monarquía fue Veyes, según Tito Livio. Afirma éste que las ciudades etruscas, que ya no estaban gobernadas por reyes, negaron su apoyo a Veyes en su guerra con Roma «porque tenía un rey y por odio a la monarquía».

Así pues, como señala Mazzarino, se produjo «una experiencia vivida solidaria y simultáneamente en Roma, en Cerveteri, en Tarquinia, en Capua... según la cual cada ciudad se esforzaba en un trabajo común, en paz o en guerra, para encontrar soluciones al problema que había planteado la desaparición de la monarquía».

En Roma se dio la paradójica situación de que la República se instauró bajo el dominio o protectorado que sobre la ciudad ejercía Porsenna. En estas circunstancias tan dificiles (guerras entre Porsenna y los Tarquinios, entre el primero y la Liga latina junto con Aristodemo de Cumas...) Roma inició una forma de gobierno que llenaría el repentino vacío político sin ser, por otra parte, dueña absoluta de su política. En medio de esta incierta situación se fueron dibujando las nuevas instituciones.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

MONARQUÍA Y REPÚBLICA

Dadas las limitaciones de espacio por motivos editoriales y el carácter de la obra, no pretendemos ser exhaustivos en el apartado referente a la bibliografía. Como intrumento bibliografico que completa este apartado es indispensable *L'Année Philologique. Bibliographie Critique et analytique de l'Antiquíté Gréco-Romaine*. París desde 1924.

Instrumentos

Fuentes clásicas

Recoger aquí uno por uno los autores clásicos y sus ediciones principales, creemos que sería desmesurado y que se sale de los propósitos iniciales de la presente bibliografía, por ello vamos a limitarnos a indicar algunas de las principales colecciones de autores clásicos griegos y latinos que el lector puede encontrar:

Biblioteca Clásica Gredos, Editorial Gredos, Madrid.

BUR Classici Greci e Latini. Rizzoli Libri S.p.A. Milán.

Cátedra Letras Universales, Ediciones Cátedra S.A., Madrid.

Classici Greci e Latini. Oscar Mondadori S.p.A. Milán.

Classiques Garnier. Librairie Garnier Frères. París.

Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Collecció Catalana dels Clàssics Grecs i Llatins. Fundació Bernat Metge. Barcelona.

Collection des Universités de France. Societe d'Édition «Les Belles Lettres». París

Loeb Classical Library. Cambridge-Londres; Oxford Classical Library. Oxford.

Sepan Cuantos... Editorial Porrua S.A. México D.F.

Diccionarios

Los diccionarios son un instrumento fundamental, los más importantes son, sobre todo:

Realenzyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft, de A. PAYLY Y G. WISSOWA, desde 1893.

Diccionario del mundo clásico, de P. I. ERRANDONEA: Barcelona, 1952.

Diccionario del Mundo Clásico, de S. HORNBLOWER Y T. SPAWFORTH (EDS), Barcelona, 2002.

Dicionario de Mitología griega y romana, de P. GRIMAL, Barcelona, 1981.

Diccionario Espasa de Mitología Universal, de J. ALVAR (ed.), Madrid, 2000.

Dictionaire des antiquités grecques et romaines, de CH. DAREMBERG - E. SAGLIO - E POTTIER, París, 1887-1919.

The Oxford Classical Dictionary de M. CARY, Oxford, 1949. N. G. L. HAMMOND Y H. H. SCULLARD, Oxford, 1970 (segunda edición).

Atlas

Los atlas son un instrumentos indispensable a la hora de hacer frente a los estudios de Historia. Son numerosas las obras a las quye pdemos recurrir:

AZCÁRATE, B, AZCÁRATE, Mª V. Y SÁNCHEZ, J. (EDS), *Atlas histórico y geográfico universitario*, UNED, Madrid, 2006.

BENGTSON, H., *Grosser historischer Weltatlas, I: Vorgeschichte und Altertum*, Munich, 4ª. 1963.

BELTRÁN, F. MARCO, F., *Atlas de Historia Antigua*. Zaragoza, 1988.

GRANT, M., *Ancient History Atlas*, Londres, 1971.

HEYDEN, A. VAN DER-SCULLARD, H.H., *Atlas of the Classical World*. Reimp. Londres, 1967.

KINDER, H. - HILGEMANN, W., *Atlas histórico mundial, I: De los orígenes a la Revolución francesa*, Madrid, 7ª. 1977.

Recursos electrónicos

En una obra actual sobre no puede estar ausente la referencia bibliográfica a los recursos informáticos. Para los recursos generales sobre la Antigüedad Clásica: Agora Clas, también la página Classics at Oxford y la no menos importante Rassegna Strumenti informatici per l'Antichità Classica con centenares de enlaces cuyos enlaces son:

http://agoraclass.fltr.ucl.ac.be/

http://units.ox.ac.uk/departments/classics/resources.html

http://www.economia.unibo.it/dipartim/stoant/rassegna1/intro.html.

Obras generales

Por lo que se refiere a obras generales sobre la Historia de Roma vamos a limitarnos a las principales obras de referencia en castellano y a las más destacadas del último decenio en lengua extranjera. Entre las colecciones en castellano cabe destacar los vols. 5-9 de la *Historia Universal Siglo XXI*, vols 5-9, Madrid, 1972 y ss; los vols 7-11 de la *Nueva Clio, la historia y sus problemas*, de la editorial Labor. En otras lenguas son destacables: Los volumenes dedicados a la Roma antigua de la *Storia di Roma* del Istituto di Studi Romani publicada por Licinio Cappelli en Bolonia; los Vols. VII-XII, de *The Ancient Cambridge History* Cambridge, con varias ediciones y reediciones; antigua pero excelente estudio de las fuentes en Pareti L., *Storia di Roma e del mondo romano*. VI Vols. Bolonia, 1952-1961.

Entre las principales obras de referencia en castellano son de destacar:

Aries, F.; Duby, G.: *Historia de la vida privada I: Imperio Romano y antigüedad Tardía*. Madrid, 1991.

Blanco, A.: *La República de Roma*. Madrid, 1989.

Boardman, J.; Griffin, J.: *Historia Oxford del Mundo Clásico 2*. Roma. Madrid, 1988.

Cabrero, J.: *Aportaciones a la fugura de Lucio Cornelio Sila. Estudio de las inscripciones latinas de Lucio Cornelio Sila como fuente de documentación*. Madrid, 1992.

Cabrero, J.: *Escipión el Africano. La forja de un Imperio Universal*. Madrid 2000.

Cabrero, J.: *Julio César, El hombre y su época*, Madrid, 2004.

Cabrero, J.: *Vida y costumbres de la Antigüedad: los Romanos*, Madrid, 2007.

Cabrero, J.: *Vida y costumbres de la Antigüedad: los Etruscos*, Madrid, 2007.

Canfora, L.: *Julio César. Un dictador democrtático*, Barcelona, 2000.

Coarelli, F.; Nervi, P.A.: *Roma*. Valencia, 1983.

Crawford, M.: *La República Romana*. Madrid, 1982.

Christol, M.; Nony, D.: *De los orígenes de Roma hasta las invasiones bárbaras*, Madrid 1987.

Fernández Uriel, P.: *Historia de Roma*. Volumen II, Madrid 2001.

García Moreno, L. A.: *La Antigüedad Clásica. II. El Imperio Romano*, Pamplona 1984.

García Moreno, L. A.: *Historia Universal II,2: La Antigüedad Clásica. El Imperio Romano*. Pamplona, 1984.

Garnsey, P.; Saller, R.: *El Imperio Romano. Economía, Sociedad y Cultura*, Barcelona 1991.

Giardina, A.(ED): *El hombre romano*. Madrid, 1991.

GRIMAL, P.: *El helenismo y el auge de Roma*. Madrid, 3ª, 1972.

GRIMAL, P.: *La formación del Imperio Romano*. Madrid, 3ª, 1975.

GRIMAL, P.: *Las ciudades romanas*. Barcelona, 1991.

HACQUARD, G.: *Guía de la Roma Antigua*, Madrid 1995.

HARRIS, W. V.: *Guerra e Imperialismo en la Roma Republicana. 327-70 a. C.* Madrid, 1989.

HEURGON, J.: *Roma y el Mediterraneo Occidental hasta las guerras púbicas*. Barcelona, 2ª, 1976.

HUSS, W.: *Los cartagineses*. Madrid, 1993.

KOVALIOV, S. I.: *Historia de Roma*. Madrid, 3ª, 1979.

LARA PEINADO, F.: *Los Etruscos. Pórtico de la Historia de Roma*. Madrid, 2007.

LE GLAY, M.: *Grandeza y decadencia de la República Romana*. Madrid, 2001.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P.; LOMAS, F. J.: *Historia de Roma*, Madrid, 2004.

MANGAS, J.: Historia Universal. Edad Antigua. Roma. Barcelona, 1999.

MANGAS, J.: *La gloria del Imperio*. Madrid, 1989.

MANGAS, J. Y BAJO, F.: *Los orígenes de Roma*. Col. Historia 16 Biblioteca, n.º 21. Madrid, 1989.

MANN, G.; HEUSS, A. ET ALII: *El mundo Romano*. 2 vols. Madrid, 1985.

MARTÍNEZ-PINNA, J.: *Los orígenes de Roma*. Madrid, 1999.

MILLAR, F. ET ALII: *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes. El mundo Mediterraneo en la Edad Antigua*. Madrid, 1970.

MIRA GUARDIOLA, M. A.: *Cartago Contra Roma*, Madrid 1999.

MOMMSEN, TH.: *Historia de Roma*. Red. Madrid, 1983.

MONTERO, S.; BRAVO, G.; MARTÍNEZ PINNA, J.: *El Imperio Romano: evolución institucional e ideológica*. Madrid, 1990.

NICOLET, C.: *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 264-27 a. de J. C.* 2 vols. Barcelona, 1982.

OGILVIE, R. M.: *Roma Antigua y los Etruscos*. Madrid, 1981.

PALLOTINO, M.: *Etruscología*. Buenos Aires, 1965.

PINA POLO, F.: *La crisis de la República (133-44 a. C.)*, Madrid 1999.

ROLDÁN, J. M.: *Historia de Roma*, Salamanca 1995.

ROLDÁN, J. M.: *La Republica Romana*. Madrid. 1981.

ROLDÁN, J. M. ET ALII: *El Imperio Romano*. Madrid, 1989.

WELLS, C.: *El Imperio Romano*. Madrid, 1986.

SYME, R.: *La revolución romana*, Madrid, 1989.

En otros idiomas:

BOARDMAN, J.; GRIFFIN, J.: *Historia Oxford del Mundo Clásico 2. Roma*. Madrid, 1988.

BROUGHTON, T. R. S.: *The magistrates of the Roman Republic*, New York, 1952-1960.

CHRIST K.: *Geschichte der römischen Kaiserzeit. Von Augustus bis zu Konstantin*, 2e ed., Munich, 1992.

CHRISTOL M.: *L'Empire romain du IIIe siècle. Histoire politique (de 192, mort de Commode, à 325, concile de Nicée)*, París, 1997.

DAVID J. M.: *La république romaine*, París, 2000.

DAVID J. M.: *La romanisation de l'Italie*, París, 1994.

DE CAZANOVE, O.; MOATTI CL.: *L'Italie Romaine d'Hannibal à César*, París, 1994.

DE MARTINO, FR.: *Storia della costituzione romana*, 6 vols. Nápoles, 1958-1972.

DE SANCTIS, G.: *Storia dei Romani*. 4. vols. Florencia 1956-1969.

GABBA, E. (ED): *Introduzione a la Storia di Roma*, Milán 1999.

GIARDINA, A.; SCHIAVONE, A. (EDS): *Storia di Roma*, Roma, 1999.

JACQUES FR., SCHEID J.: *Rome et l'intégration de l'Empire (44 av. J. C. - 260 ap. J.-C. Tome I: Les structures de l'empire romain*, París, 1990.

JONES A. H. M.: *The Later Roman Empire 284-602. A Social, Economic, and Administrative Survey*, 3 vol., Oxford, 1964.

KÓNIG I.: *Der römische Staat. I. Die Republik, II. Die Kaiserzeit*, Stuttgart, 2 vol., 1992-1997.

LE BOHEC Y.: *Histoire romaine. Textes et documents*, París, 1997.

LE ROUX, P.: *Le Haut-Empire romain en Occident, d'Auguste aux Sévères*, París, 1998.

MOMIGLIANO A.; SCHIAVONE A. (ED.): *Storia di Roma*. 4 vols. Turín 1988-1993.

PERRIN Y., BAUZOU TH.: *De la cité à l'Empire: histoire de Rome*, París, 1997.

SETTIS, S.: *Civiltà dei romani: la città, il territorio, il impero*. Madrid, 1991.

VALLAT J. P.: *L'Italie et Rome, 218-31 av. J. C.*, París, 1995.

WHITTAKER CH. R.: *Frontiers of the Roman Empire. A Social and Economic Study*, Baltimore, Londres, 1994.

ZOSSO FR.; ZINGG CHR.: *Les empereurs romains 27 av. J. C. - 476 ap. J. C.*, París, 1994.

AAVV.: *Principi etruschi. Tra Mediterraneo ed Europa*. Bolonia, 2000.

En lo referente a temas institucionales:

ABBOT, F. F.: *A History and description of Roman political institutions*. New York, 3ª, 1963.

ARANGIO-RUIZ, V.: *Historia del Derecho Romano*. Reus, 4ª, 1980.

CATALANO, P.: *Populus Romanus Quirites*. Turín, 1974.

DE MARTINO, F.: *Storia della costituzione romana*. 6 vols. Nápoles, 1958-1972.

DOSI, A.: *Istituzione. Tra Monarchia e Repubblica*, Roma, 1999.

ELLUL, J.: *Historia de las instituciones de la Antigüedad*. Madrd, 1970.

GAUDEMET, J.: *Institutions de l'Antiquité*. París, 1967.

HOMO, L.: *Las instituciones politicas romanas. De la ciudad al estado*. México, 1958.

NICOLET, C.: *Le métier de citoyen dans la Rome républicaine*. París, 1976.

NICOLET, C.: *L'ordre équestre à lépoque républicaine (312-43 av. J. C.)*. 2 vols. París, 1966-1974.

ROULAND, N.: *Clientela: Essai sur l'influence des rapports de clientèle sur la vie politique romaine*. Aix-en Provence, 1977.

SERRAO, F.: *Classi, partiti e legge nella repubblica romana*. Pisa, 1974.

Administración y organización de los territorios:

BADIAN, E.: *Foering Clientelae (264-70 B.C.)*. Oxford, 1958.

BOULVERT, G.: *Domestiques et fonctionnaires sous le Haut-Empire romain*. París, 1974.

BOULVERT, G.: *Les esclaves et les affranchis imperiaux sour le Haut-Empire romain. Rôle politique et administratif*. Nápoles, 1970.

BRUNT, P. A.: *Italian Manpower, 225 B.C.-A.D.* 14. Oxford, 1971.

BURN, A. R.: *The Government of the Roman Empire from Augustus to the Antonines*. Londres, 1952.

GARCÍA FERNÁNDEZ, E.: *El municipio latino. Oriegen y desarrollo cosntitucional*. Madrid, 2002.

HUMBERT, M.: *Municipium e Civitas sine suffragio à l'époque républicaine*. París, 1977.

ILARI, V.: *Gli Italici nelle strutture militare romane*. Milán, 1974.

JONES, A. M. H.: *Studies in Government and Law*. Oxford, 1968.

MANNI, E.: *Per la storia dei municipii fino alla guerra sociale*. Roma, 1947.

PFLAUM, H. G.: *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire Romain*. París, 1960.

Para la sociedad romana puede consultarse

AA. VV.: *La Mujer en el Mundo Antiguo* (Actas de las Quintas Jornadas de Investigación interdisciplinaria-Universidad Autonoma de Madrid). Madrid, 1986.

AA. VV.: *Minorías y sectasen el mundo romano* (Actas del III coloquio de la AIER, SIGNIFER). Madrid, 2006.

ALFOELDY, G.: *Römische Sozialgeschichte*. Wiesbaden, 2ª, 1980.

ALFOELDY, G.: *Historia social de Roma*. Madrid, 1987; BRADLEY, K., Slaves and Masters in the Roman Empire. A Study in social control. Oxford, 1987.

ETIENNE, R.: *La vida cotidiana en Pompeya*, Madrid, 1992.

FRIEDLÄNDER, L.: *La sociedad romana*, México, 1967.

GUILLEN, J.: *Urbs Roma*. 4 vols. Salamanca, desde 1988.

LEVI, M. A.: *Plebei e Patrizi nella Roma Arcaica*, Como 1992.

SHERWIN-WHITE, A. N.: *The Roman Citizenship*. Oxford, 2ª, 1973.

YAVETZ, Z.: *Slaves and Slavery in ancient Rome*. Leiden, 1988.

Sobre la economía:

BADIAN, E.: *Publicans and Sinners*. Cornell Univ. Press. 1972.

BALBI DE CARO, S.: *La banca a Roma*. Roma, 1989.

BOVE, L.: *Ricerche sugli agri vectigales*. Nápoles, 1960.

CAPOGROSSI, L.: *La struttura della propietà e la formazione dei iura praediorum nell'èta repubblicana*. Milán, 1969.

CLERICI, L.: *Economia e finanza dei romani* I. Bolonia, 1943.

CRAWFORD, M.: *Roman Republican Coinage*. 2 vols. Cambridge, 1974.

DILKE, O. A.: *The Roman Land Surveyors*. David-Charles, 1971.

DOHR, H.: *Die italischen Gutshöfe nach den Schriften Catos und Varros*. Colonia, 1965.

FINLEY, M. I.: *The ancient economy*. Londres, 1973 (trad. esp. Madrid, 1975.

FRANK, T.: *An Economic history of Rome to the end of the Republic*. Baltimore, 2ª, 1927.

FRANK, T.: *Economic Survey of Ancient Rome I: Rome and Italy of the Republic*. Baltimore, 1933.

HEICHELHEIM, F. M.: *Storia economicha del mondo anticho*. Bari, 1972.

LEVY, J.PH.: *L'économie antique*. París, 1964.

LOANE, H. J.: *Industry and comerce on the city of Rome*. Baltimore, 1938.

PEKARY, TH.: *Die Wirtschaft der griechisch-römische Antike*. Wiesbaden, 1976.

SIRAGO, V.: *L'agricoltora italiana nell II secolo a. C.* Nápoles, 1971.

SYDENHAM, E.A.: *The coinage of the Roman Republic*. Londres, 1952.

WATZOU, A.: *The law of property in the late Roman Republic*. Oxford, 1968.

WHIDE, K.D.: *A Bibliographie of Roman Agriculture*. Univ. of Reading, 1970.

WHIE, K.D.: *Roman farming*. Londres, 1970.

WILSON, A. J. N.: *Emigration fron Italy in the Republican Age of Rome*. Manchester, 1966.

ZEHNACKER, H.: *Moneta. Recherches sur l'organisation et l'art des émisions monetéires de la République romaine (289-31 avant J. C.)*.París, 1974.

ZUCHOLD, B.: *Die römische kleinen Bauernwirtschaften 200 bis 133 v. u. Z.* Jena, 1972.

Para el arte, la ciencia y la literatura:

ANDRÉ J.: *Être médecin à Rome*. París, 1987.

BARDON, H.: *La littérature latine inconnue*. 2 vols., París, 1952 1956.

BARTON T.S.: *Power and Knowledge. Astrology, Physiognomics, and Medicine under the Roman Empire*. Ann Arbor, 1995.

BAYET, J.: *Littérature latine*. París, 1965.

BIANCHI BANDINELL,I R.: *Roma. El centro del poder*. Madrid, 1970.

BIANCHI BANDINELL,I R.: *Roma. El final del arte antiguo*. Madrid, 1971.

BLANCO FREIJEIRO, A.: *Roma Imperial*. Madrid, 1989.

BLÁZQUEZ, J. M.: *Corpus de mosaicos de España*. Madrid, desde 1978.

CASTAGNOLI, F.; CECCHELLI, C. [e.a.]: *Topografia e urbanistica di Roma*. Bolonia, 1958.

CASTIGLIONI, A.: *Storia della medicina*. 2 vols., Verona 1948.

CHEVALLIER, R.: *Sciences et techniques à Rome*. París, 1994.

CONTE,G. B.: *Letteratura latina. Manuale storico dalle origini alla fine dell'impero romano*. Florencia, 1989.

CRAMER, FR. H.: *Astrology in Roman Law and Politics*. Filadelfia, 1954.

CUOMO, S.: *Pappus of Alexandria and the Mathematics of Late Antiquity*. Cambridge U.P., 2000.

D'AMATO CL.: *La medicina*. Roma, 1993.

DARREL A. W.: *Medicine, Society, and Faith in the Ancient and Medieval Worlds*. Baltimore, 1996.

DEDRON, P.; ITARD, J.: *Mathématiques et mathémeticiens*. París, 1959.

DILKE O. A. W.: *Gli agrimensori di Roma antica: divisione e organizzazione del territorio nel monde antico*. Bolnia, 1988.

DOMENICUCCI, P.: *Astra Caesarum. Astronomia, astrologi e catasterismo da Cesare a Domiziano*. Pise, 1996.

DUFF, J. W.: *Literary History of Rome*. 2 vols., London. 1909 1953.

ELVIRA, M. A.; BLANCO FREIJEIRO, A.: *Etruria y Roma Republicana*. Madrid, 1989.

FLEMMING, R.: *Medicine and the Making of Roman Women. Gender, Nature, and Authority from Celsus to Galen*. Oxford, 2000.

FLEMMING, R.: *Medicine and the Making of Roman Women. Gender, Nature and Authority from Celsus to Galen*. New York, 2000.

FROVA, A.: *L'arte di Roma e del mondo romano*. Turín, 1961.

GARCÍA Y BELLIDO, A.: *Arte Romano*. Madrid, 1979.

GENTILI, B.; L. STUPAZZINI,; SIMONETTI, M.: *Storia della letteratura latina*. Bari, 1987.

GROS, P.; TORELLI, M.: *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*. 2e éd., Roma, 1992.

HALLEUX, R.: *Le problème des métaux dans la science antique*. París, 1974.

HEALY, J. F.: *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*. Londres, 1977.

KLEINER D. E. E.: *Roman Sculpture*. New Haven, Londres, 1991.

KRETZSCHMER, FR.: *La technique romaine. Documents graphiques réunis et commentés*. Bruselas, 1966.

LING, R.: *Roman Painting*. Cambridge, 1991.

MARTA, R.: *Architettura romana. Tecniche costruttive e forme architettoniche del mondo romano*. Roma, 1985.

MARTA, R.: *Tecnica costruttiva romana*. Roma, 1986.

MONACO, G.; BERNARDIS, G.; DE SORCI, A.: *L'attivita letteraria nell'antica Roma*. Palermo 1982.

RAMAGE N. H. & A.: *The Cambridge Illustrated History of Roman Art*. Cambridge, 1991.

ROSTAGNI, A.: *Storia della letteratura latina*. 3 vols., Turín, 1964.

SCHEFOLD, K.: *La peinture pompéienne. Essai sur l'évolution de la signification*, Bruselas, 1972.

STAHL W. H.: *Roman Science. Origins, Development and Influence to the Later Middle Ages*. Madison, 1962.

TATON, R.: *Historia general de las ciencias. 1 La ciencia antigua y medieval (de los orígenes a 1450)*. Barcelona, 1988.

TURCAN, R.: *L'art romain dans l'histoire: six siècles d'expressions de la romanité*. París, 1995.

WHEELER, M.: *L'art romain*. París, 1992.

ALTO IMPERIO (PRINCIPADO)

BRAVO, G.: *Poder político y desarrollo social en la Roma Antigua,* Madrid, 1989.

GARZETTI, A.: *From Tiberius to Antonines,* Londres, 1974.

HOMO, L.: *Le siecle d'or de l'Empire Romain,* París, 1947-1969.

LE GALL, J.; LE GLAY, M.: *El Imperio Romano,* Madrid, 1995.

LEVI, M. A.: *L'Impero romano,* Turín, 1963.

MAZZARINO, S.: *L'Impero romano,* Bari, 1973.

PETIT, P.: *Histoire géneral de l'Empire romain* (t. I y II), París, 1974.

DE MARTINO, F.: *Storia della constituzione romana* (IV), Nápoles, 1974.

MICHEL, A.: *La Philosophie politique a Rome, d'Auguste a Marc Aurele,* París, 1969.

MONTERO, S.; BRAVO, G.; MARTÍNEZ PINNA, G.: *El Imperio Romano,* Madrid, 1992.

PARSI, B.: *Désignation et investiture de l'empereur romain, I et IIe siecles,* París, 1963.

PETIT, P.: *La paz romana,* N. Clio, 1969.

ROLDÁN HERVÁS, J. M.: *Historia de Roma,* Salamanca, 1995.

ROLDÁN, J. M.; BLÁZQUEZ, J. M.; CASTILLO, A. DE: *El Imperio Romano,* Madrid, 1989.

ROSTOVTZEFF, M.: *Historia social y económica del Imperio Romano,* T. I, Madrid, 1962.

FRANK, T.: *An Economic Survey of Ancient Rome* (5 vols.), Baltimore, 1940.

GAGÉ, J.: *Les classes sociales dans l'Empire romain,* París, 1964.

MACMULLEN R.: *Enemies of the Roman order. Treason, unrest and alineation in the Empire,* Cambridge, 1966.

SYDENHAM, E. A. y SUTHERLAND, H.: *The Roman Imperial Conaige,* Londres, 1944. *The Cambridge Ancient History,* t. X y XI.

Aspectos sociales y económicos

LIVERSIDGE, J.: *Every day life in the Roman Empire,* Londres, 1976.

BOULVERT, G.: *Esclaves et affranchis imperiaux sous le Haut Empire romain,* Nápoles, 1970.

HOPKINS, K.: *Conquistadores y esclavos,* Barcelona, 1981.

GAGÉ, J.: *Les classes sociales...* (ya citado).

MACMULLEN, R.: *Roman social relations 50 b.C to a. D.* 284?, New Haven-Londres, 1974.

SALMON, P.: *Population et dépopulation dans l'empire romain,* Bruselas, 1974.

ROSTOVTZEFF, M.: *Historia Social y económica del Imperio romano,* t. I (ya citado).

DUNCAN-JONES R.: *The Economy ofthe Roman Empire*, Cambridge, 1974.

DE MARTINO, E.: *Storia economica de Roma antica*, Florencia, 1979.

CONTARDI, L. J.: *Propaganda imperial e protezionismo comerziale nelle inscripzione de «collegia» profesionali de Roma e di Ostia de Augusto ad Aureliano*, Turin, 1980.

GARNSEY, P.: *Social status and legal privilege in the Roman Empire*, Oxford, 1970.

LAET, S. J. DE: Portorium: *Étude sur l'organisation douaniere chez les romains*, Brujas, 1971.

SERWIN-WITE, A. N.: *The roman citizenship*, Oxford, 1973.

WALTZING, J. P.: *Étude historique sur les corporations professionales chez les romains*, Lovaine 1895-1900 (4 vols.).

Religión

BEAUJEU J.: *La religion romaine, a l'apogée de l'Empire*, París, 1955.

LIRNRDVHURZ, J. H.: *Continuity and change, in Roman Religion*, Oxford, 1979.

SCHEID, J.: *La religión en Roma*, Madrid, 1991.

Cultura

BIANCHI BANDINELLI, R.: *Roma, el centro del poder*, Madrid, 1982.

BICKEL, E.: *Historia de la literatura romana*, Madrid, 1958.

GARCÍA y BELLIDO, A.: *Arte romano*, Madrid, 1971.

Crisis del siglo III

FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*. Madrid, 1982.

PETIT, P.: *Histoire générale de l'Empire romain*, t. II (ya citado).

REMODON, R.: *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Ananstasio*. Barcelona, 1984.

WALBANK, F. W.: *La pavorosa revolución . La decadencia del Imperio Romano de Occidente*. Madrid, 1978.

BAJO IMPERIO (DOMINADO)

BROWN, P.: *The world of Late antiquity*, Londres, 1971.

LOT, E.: *La fin du monde antique et le debut du Moyen age*, París, 1927.

MAZZARINO, S.: *El fin del mundo antiguo*, México, 1963.

MÜLLER, R.: *Kulturgeschichte der Antike*, Berlín, 1978.

PETIT, P.: *Histoire générale de l'Empire romain*, t. III (ya citado).

PIGANIOL, A.: *L'Empire chrétien*, París, 1972.

Aspectos sociales y económicos

CRACCO, L.: *Ruggini Economie e societá nell'Italia annonaria,* Rapporti fra agricultura e comercio del IV al VI secolo, Milán, 1961.

GAGÉ, J.: *Les classes sociales dans l'Empire Romain,* París, 1974 (ya citado).

GILIBERTI, G.: *Servus quasi colonus. Forme non tradizionali de organizzazione nel lavoro nella societa romana,* Napoles, 1981.

HARMAND, C.: *Libanius: Discours sur les patronages,* París, 1955.

JONES, A. H. M.: *The Roman Economy. Studies in ancient Economic and administrati ve History,* Oxford, 1974, pp. 228 y ss.

MACMULLEN, R.: *Soldier and civilian in late Roman Empire,* Cambridge, 1963.

MORRIS, J.: *The prosopography of the Later Roman Empire a. D. 260-393,* Cambridge, 1971.

PATLAGEAN, E.: *Pauvreté économique et pauvreté sociale a Byzance IV- VIle. siecle,* París La Haya, 1977.

RÉMONDON, R.: *La crisis del Imperio Romano* (ya citado).

Aspectos culturales

Literatura pagana

ROSTAGNI, A.: *Storia della litteratura latina,* Turín, 1964.

Literatura cristiana

FONTAINE, J.: *La littérature latine chrétienne,* París, 1973.

LALAN, L.: *La storiografia del Basso Impero,* Turín, 1963.

SIMMONETTI, A.: *Litteratura cristiana antica greca e latina,* Florencia, 1969.

Artes plásticas

BIANCHI-BANDINELLI: *Roma. El fin del arte antiguo,* Madrid, R. 1971.

WEITZMANN, R.: *Age of spirituality. Late antique and Early christian art,* N. York, 1978.

TEXTOS

Javier Cabrero Piquero
Pilar Fernández Uriel

SELECCIÓN DE TEXTOS

Capítulo II. LA FORMACIÓN DE LA REPÚBLICA ROMANA Y EL CONFLICTO PATRICIO-PLEBEYO

Los galos entran en Roma según Tito Livio (V,41-42)

En Roma, entretanto, dispuesto ya todo, a tenor de la situación, para la defensa de la ciudadela, la multitud de ancianos, vueltos a sus casas, estaban a la espera de la llegada del enemigo en actitud resuelta a morir. Los que habían desempeñado magistraturas curules, con el objeto de morir con los distintivos de su antigua grandeza, de sus cargos y sus méritos, vestidos con la indumentaria más solemne, la de los que conducen el carro sagrado o de los que triunfan, se sentaron en medio de sus casas en sus sillas de marfil. Hay quien sostiene que, repitiendo la fórmula que iba pronunciando delante el pontífice máximo Marco Folio, se ofrecieron a morir por la patria y los ciudadanos de Roma. Los galos, debido a que con una noche de por medio sus ánimos habían remitido en su ardor por pelear y debido a que nunca se habían batido en un combate incierto, y además tomaban la ciudad sin tener que asaltarla a la fuerza, entraron en la ciudad al día siguiente sin ira, sin enardecimiento, por la puerta Colina, abierta, llegando hasta el foro, volviendo sus miradas en torno hacia los templos de los dioses y hacia la ciudadela, que era la única que presentaba aspecto bélico. A continuación, dejando un pequeño destacamento, no fuese a ser que desde la ciudadela o el Capitolio se produjese algún ataque una vez dispersados, se pierden en busca de botín por las calles vacías de gente; unos corren en tropel hacia los edificios más próximos; otros se dirigen a los alejados, considerándolos por esa razón intactos y repletos de botín; asustados, luego, por la misma soledad, de

nuevo, temiendo que una trampa enemiga los cazase dispersos, volvían agrupados hacia el foro y las zonas cercanas al mismo. Al encontrar allí atrancadas las casas de los plebeyos y abiertos de par en par los atrios de los nobles, sentían casi mayor recelo en internarse en lascasas abiertas que en las cerradas: hasta ese extremo sólo con respeto miraban a los hombres sentados en los vestíbulos de sus casas, muy parecidos a los dioses no sólo por su vestimenta y su porte de una majestuosidad más que humana, sino también por la dignidad que emanaba de su rostro y de la serenidad de su semblante. Al quedarse parados ante ellos como si fueran estatuas, dicen que Marco Papirio, uno de ellos, golpeó en la cabeza con su bastón de marfil a un galo que le acariciaba la barba, larga como entonces la llevaba todo el mundo, y provocó su cólera, dando comienzo por él la matanza; los demás fueron pasados a cuchillo sobre sus asientos; después de la muerte de los notables ya no se perdona a ningún ser viviente, las casas son objeto de pillaje y, una vez vaciadas, se les prende fuego.

Ahora bien, o no todos los galos tenían deseos de des¬truir la ciudad, o sus jefes habían decidido, por una parte, que se hiciesen bien visibles algunos incendios con el fin de asustar por si se podía empujar a los sitiados a rendirse por cariño hacia sus hogares, y por otra, que no se quemasen todas las casas, para mantener lo que quedase en pie de la ciudad como prenda para doblegar la actitud del enemigo: durante el primer día no se extendió el fuego por todas partes y ampliamente como cuando es tomada una ciudad. Los romanos, que desde la ciudadela veían la ciudad llena de enemigos corriendo sin rumbo por todas las calles, como primero en un sitio y luego en otro se originaba algún nuevo desastre, no eran capaces de razonar debidamente, es más, ni siquiera podían controlar lo suficiente sus oídos y sus ojos. Hacia cualquier punto a donde los gritos del enemigo, los llantos de las mujeres y los niños, el crepitar de las llamas y el estruendo de los.edificios al derrumbarse atraían su atención, volvían sus espíritus llenos de pavor, su rostro, sus ojos, como si la Fortuna los hubiese puesto de espectadores de la ruina de su patria y no quedasen para defender ninguno de sus bienes, a excepción de sus cuerpos; eran más dignos de lástima que cualesquiera otros que hayan sido nunca sitiados, porque sufrían el asedio aislados de su patria, viendo todo lo suyo en poder del enemigo. La noche que sucedió a aquel día transcurrido en 1 medio de tanto horror no fue más tranquila; tras ella vino luego un amanecer agitado, y no había instante en que no se produjese el espectáculo de algún desastre, distinto cada vez. Sin embargo, abrumados bajo el peso de tantos males, no se doblegó ni un ápice su resuelta actitud, y aun viéndolo todo arrasado por las llamas y los derrumbamientos, a pesar de lo desasistida que estaba y lo reducida que era la colina que ocupaban, la defendieron con valentía como reducto de su libertad. Y al irse repitiendo día tras día los mismos hechos, como si se habituaran a la desgracia sus ánimos, se fueron insensibilizando al sentimiento por sus bienes, y ponían sus miras únicamente en las armas y el hierro que empuñaban como único reducto de su esperanza.

(Traducción de J. A. Villar)

Organización del ejército manipular según Polibio (VI.19-26)

Primero, designan a los cónsules y, después, nombran a los tribunos militares, catorce, extraídos de los hombres que han cumplido un mínimo de cinco años de servicio militar, y diez más, de los que han cumplido diez años en él. Este último es el tiempo que debe servir un soldado de caballería; el de infantería dieciséis años; en ambos casos, forzosamente antes de cumplir los cuarenta y seis de edad, con la excepción de los que tienen un censo inferior a cuatrocientas dracmas; éstos se alistan todos en la marina. En casos de emergencia, los soldados de infantería han de servir veinte años. Nadie puede ser investido de cualquier magistratura, si no ha cumplido diez años íntegros de servicio.

Cuando los magistrados que ostentan el poder consular se aprestan a realizar una leva de soldados, anuncian al pueblo reunido en asamblea el día en que deberán presentarse todos los romanos en edad militar. Esto se hace anualmente. Llegado el día prescrito, todos aquellos que legalmente el ejército puede alistar se dirigen a Roma y se concentran en el Capitolio. Los tribunos militares más jóvenes se reparten, según el orden en que han sido elegidos por el pueblo o por los cónsules, en cuatro grupos, porque entre los romanos la división primera y principal de sus efectivos militares es en cuatro legiones.

Los cuatro tribunos más antiguos vienen asignados a la legión llamada la primera, los tres siguientes a la segunda, los cuatro siguientes a la tercera y los tres últimos a la cuarta. De los tribunos más antiguos, los dos primeros son asignados a la primera legión, los tres siguientes se sitúan en la segunda, los dos siguientes en la tercera y los tres últimos en la cuarta.

Concluida la elección y la asignación de tribunos, de manera que cada legión tenga el mismo número de oficiales, éstos se reúnen en seguida, separadamente y agrupados según las legiones, para echar suertes sobre las tribus y las llaman según el orden que ha arrojado el sorteo. De cada tribu escogen cuatro jóvenes soldados que tengan, más o menos, físico y edad similares. Les mandan aproximarse y, primero, escogen los oficiales de la primera legión, después, los de la segunda, a continuación, los de la tercera y, finalmente, los de la cuarta. Presentados cuatro jóvenes más, ahora son los oficiales de la segunda legión los primeros en seleccionar, y así sucesivamente; los últimos en elegir son los oficiales de la primera legión. Se adelantan otros cuatro soldados, y ahora eligen, los primeros, los oficiales de la tercera legión y, en último lugar, los de la segunda.

Hecho de esta forma cíclica el encuadramiento de los soldados, cada legión recibe un conjunto de hombres muy similar. Cuando se llega al número decretado (que es casi siempre cuatro mil doscientos soldados de infantería por legión, pero alguna vez cinco mil, esto si el riesgo que se corre es excepcional), antiguamente se seleccionaba la caballería después de la elección de los cuatro mil doscientos soldados, pero ahora se empieza por aquí: la elección la hace el censor según las fortunas personales; a cada legión le vienen asignados trescientos jinetes.

Después del alistamiento, realizado tal como se ha descrito, los tribunos correspondientes reúnen a los elegidos para cada legión, escogen al hombre más capaz y le toman el juramento de que obedecerá a los oficiales y cumplirá sus órdenes en la medida de lo posible. Entonces, todos los restantes se van adelantando y juran, uno por uno, declarando que harán exactamente lo mismo que el primero.

Simultáneamente, los magistrados que ostentan la potestad consular pasan aviso a las autoridades de las ciudades confederadas de Italia cuya participación en la campaña se ha determinado: se les señala el número, el día y el lugar al que han de acudir los seleccionados. Las ciudades realizan un alistamiento no muy distinto al que se ha descrito, se toma el juramento, se nombra un general y un cuestor y se envía la tropa.

En Roma, mientras tanto, después del juramento, los tribunos militares indican a cada legión la fecha y el lugar en que deberán presentarse los hombres sin armas; inmediatamente les mandan a sus casas.

Los hombres se presentan en el día fijado y los tribunos eligen de entre ellos los más jóvenes y los más pobres para formar los velites, los siguientes para los llamados *hastati*, los hombres más vigorosos forman el cuerpo de los principes; los de más edad el de los *triarii*. Entre los romanos, éstos son los nombres de las cuatro clases de tropa de cada legión, distintos en edad y en equipo.

Su distribución es como sigue: los de más edad, los llamados triarii, son seiscientos, los principes mil doscientos, y también mil doscientos los *hastati*; los restantes, que son los más jóvenes, son los velites. Si la legión supera los cuatro mil hombres se hace una distribución proporcional, a excepción de los *triarii* cuyo número es siempre invariable.

A los más jóvenes les ordenan armarse de espada, jabalinas y de un escudo ligero, de construcción muy sólida y de tamaño suficiente para una defensa eficaz; es de forma abombada y tiene un diámetro de tres pies. Los velites usan un casco sin penacho, pero recubierto por una piel de lobo o de una bestia semejante, tanto para su defensa como para servir de distintivo: así cada jefe de línea puede comprobar claramente los que se arriesgan con valor y los que no. La parte de madera de la jabalina tiene, aproximadamente, una longitud de dos codos, un dedo de espesor y su punta mide un palmo; esta punta es tan afilada y aguzada, que al primer choque se tuerce y el enemigo no puede dispararla; sin esto, la jabalina serviría a los dos ejércitos.

A los que siguen en edad, los llamados *hastati*, se les ordena llevar un equipo completo. El romano consta, en primer lugar de un escudo de superficie convexa, de dos pies y medio de longitud y de cuatro de anchura. El espesor de su borde es, más o menos, de un palmo. Está construido por dos planchas circulares encoladas con pez de buey; la superficie exterior está recubierta por una capa de lino y, por debajo de ésta, por otra de cuero de ternera. En los bordes superior e inferior, este escudo tiene una orla de hierro que defiende contra golpes de espada y

protege el arma misma para que no se deteriore cuando se deposita sobre el suelo. Tiene ajustada una concha metálica (*umbo*) que lo salvaguarda contra piedras, lanzas y, en general, contra choques violentos de proyectiles.

A este escudo le acompaña la espada, que llevan colgada sobre la cadera derecha y que se llama «española». Tiene una punta potente y hiere con eficacia por ambos filos, ya que su hoja es sólida y fuerte. Hay que añadir dos venablos (*pila*), un casco de bronce y unas tobilleras (*ocreae*).

Hay dos clases de venablos, los delgados y los gruesos. De los pesados, unos son redondos y tienen un diámetro de un palmo; otros tienen una sección cuadrangular de un palmo de lado. Los delgados, que se llevan además de los otros, son como espadas de caza, de una longitud media. Todos estos venablos tienen un asta que mide aproximadamente tres codos; a cada uno se le ajusta un hierro en forma de anzuelo, de la misma longitud del asta. Su inserción y su uso vienen tan asegurado por el hecho de ir atado hasta media asta y fijado por una tal cantidad de clavos, que, en el combate, antes de que ceda la juntura se rompe el hierro, aunque éste, en su base, por donde se implanta en la madera, tiene un grosor de un dedo y medio; tal es el cuidado que ponen los romanos en esta inserción. Además, los *hastati* se adornan con una corona de plumas, con tres plumas rojas o negras, de un codo cada una. Cuando se la ponen en la cabeza y empuñan las armas, dan la impresión de ser el doble de altos, su figura es arrogante e infunde pánico al enemigo. La mayoría de estos soldados completan su armamento con una plancha rectangular de bronce, de un palmo de lado, que se colocan a la altura del corazón; esta pieza se llama pectoral, con la cual completan su equipamiento. Pero los que tienen un censo superior a las diez mil dracmas no añaden este pectoral al resto de sus armas, sinó que se revisten de una coraza fijada por cadenas. Y un armamento igual a éste es el de los *principes* y de los *triarii*, sólo que éstos últimos utilizan lanzas en vez de venablos.

De cada una de las clases ya citadas de soldados se escogen diez taxiarcos en orden a sus méritos. Después se lleva a cabo una segunda elección, de diez más. Taxiarco, efectivamente, es el título que se les da; el que ha sido elegido en primer lugar tiene el derecho de asistir a los consejos. Los taxiarcos se adjudican, a continuación, un número igual de oficiales de retaguardia (*optiones*). Seguidamente cada categoría de soldados viene dividida en diez secciones correspondientes a los diez taxiarcos primeros. De esta división se exceptúan los velites. A cada sección se le asignan dos taxiarcos y dos oficiales de retaguardia. En cuanto a los velites, son distribuidos a partes iguales entre todos los grupos, habiéndose efectuado previamente su división. Estos grupos son llamados compañías (*ordines*), manípulos (*manipuli*) o bien estandartes (*vexilla*), y sus comandantes centuriones. Estos últimos, en cada sección, escogen los dos hombres más vigorosos y los nombran portaestandartes (*vexillarii*). Es muy lógico que sean dos los comandantes nombrados, porque lo que va a hacer un comandante o lo que le va a suceder es imprevisible; las operaciones bélicas no admiten excusas y no se quiere, absolutamente nunca, que una sección se

quede sin el jefe correspondiente. Cuando los dos centuriones están en su lugar, el elegido en primer término manda el ala derecha de la sección; corresponde al segundo el mando de los hombres del ala izquierda. Cuando falta uno, el restante toma el mando de la unidad íntegra. Es deseable que los centuriones, más que osados y temerarios, sean buenos conocedores del arte de mandar, que tengan presencia de ánimo y que sean firmes no sólo para atacar con sus tropas aún intactas, o bien al principio del combate, sinó también para resistir cuando están en inferioridad de condiciones o en un aprieto y para morir sin abandonar su puesto.

De manera semejante se habían distribuido los jinetes en diez escuadrones (*turmae*); tres hombres de cada uno son elegidos decuriones, que se escogen, ellos personalmente, tres subalternos. El decurión elegido en primer lugar manda toda la unidad; los otros dos ejercen las funciones de jefe de decena; sin embargo, a los tres se les llama decuriones. Si falta el primero, el segundo le releva en sus funciones de jefe de la unidad.

El armamento de los jinetes romanos es ahora muy semejante al de los griegos. Pero aquéllos, antes, no usaban coraza y entraban en combate simplemente con sus vestidos. Esto les facilitaba descabalgar con rapidez y destreza y volver a montar, pero en los choques en formación cerrada se veían en inferioridad de condiciones por el hecho de combatir a pecho descubierto. Además, sus lanzas eran ineficaces por dos motivos: primero, porque las fabricaban muy delgadas y, frágiles como eran, nunca alcanzaban el blanco propuesto; antes de clavar su punta en lo que fuera, los movimientos bruscos del caballo bastaban las más de las veces para romperlas. Además, los romanos no aguzaban las puntas de estas lanzas, por lo que servían sólo para la primera arremetida, después de la cual, rotas, se les convertían en inútiles y vanas. Los jinetes romanos usaban también antes unos escudos confeccionados con piel de toro, muy semejantes a las tortas en forma de ombligo que se ofrecen en los sacrificios. Pero estos escudos eran casi inservibles en caso de ataque, porque no tenían ninguna solidez; cuando las lluvias han enmohecido la piel y ésta se destroza, pierden la poca utilidad que antes tenían. Por eso, porque la experiencia no les recomendó aquellas armas, los jinetes romanos adoptaron muy pronto el equipo griego, en el cual la primera herida de la punta de las lanzas resulta recta y eficaz, debido a su factura; la lanza es estable y resistente; además, el hierro de su base permite invertir el arma y usarla con firmeza y con fuerza. Lo mismo cabe decir de los escudos griegos: resisten bien los golpes que vienen de lejos y los asestados de cerca; son escudos con los que se puede contar. Los romanos lo comprobaron y lo imitaron al punto. Ellos, más que cualquier otro pueblo, cambian fácilmente sus costumbres e imitan lo que es mejor que lo suyo.

Lista esta distribución e impartidas las órdenes referentes a las armas, los tribunos despiden a los soldados para que se dirijan a sus casas. Llegado el día en que juraron congregarse todos en el lugar designado por los cónsules (cada cónsul ordena un lugar distinto a sus legiones; a cada uno de ellos le corresponden

dos, y una parte de los aliados), todos los alistados se presentan sin excusa que valga; la única causa eximente es un mal agüero o una imposibilidad física. Cuando ya se han reunido todos, romanos y aliados, los toman a su cargo y los organizan unos oficiales nombrados por los cónsules, los llamados praefecti sociorum, doce en total. Estos prefectos empiezan por elegir para los cónsules, de entre todos los aliados presentes, los jinetes y los soldados de infantería más aptos para el servicio activo; se les llama *extraordinarii*, término que en nuestra lengua significa «escogidos». El número de aliados, en total, resulta casi idéntico al de los romanos, en la infantería, pero en la caballería éstos acostumbran a ser triplicados por aquellos. De todo este conjunto se escoge como *extraordinarii*, de los jinetes, aproximadamente la tercera parte, y de los soldados de infantería, la quinta. Todo el conjunto viene distribuido en dos grupos, llamados, uno, ala derecha y, el otro, ala izquierda.

Cuando ha concluido todo debidamente, los tribunos toman a los romanos y a los aliados y empiezan a instalar el campamento...

Capítulo III. EL IMPERIALISMO ROMANO: LA CONQUISTA DEL MEDITERRÁNEO. LAS GUERRAS PÚNICAS

Fundación de Cartago por Elissa

Los tirios, pues, fundados de este modo con los auspicios de Alejandro, rápidamente se fortalecieron por su austeridad y por sus esfuerzos para las ganancias. Antes de la matanza de sus amos, como tenían una población abundante y rica, enviaron a África a los jóvenes y fundaron Útica. Entretanto murió en Tiro el rey Mutón, dejando como herederos a su hijo Pigmalión y a su hija Elisa, doncella de extraordinaria belleza. Pero el pueblo confió el reino a Pigmalión cuando todavía era un niño. Y Elisa se casó con su tío materno Aquerbas, sacerdote de Hércules, que era el segundo cargo después del rey. Éste tenía grandes riquezas, pero escondidas, y por miedo al rey había guardado su oro no en su casa, sino en tierra; aunque nadie sabía esto con certeza, sin embargo circulaban rumores. Pigmalión, excitado por ello, olvidándose de todo derecho humano, hizo matar a su tío y además cuñado sin consideración a los deberes del afecto. Elisa durante mucho tiempo odió a su hermano por el crimen y finalmente, disimulando su odio y apaciguando entretanto su rostro, prepara en secreto su huida, acompañándose de algunos hombres principales, que, pensaba, tenían igual odio al rey y el mismo deseo de huir. Entonces maquina un engaño contra su hermano y finge que quiere ir a vivir con él, para que la casa del marido no renovara más en ella, deseosa de olvidar, la imagen terrible del duelo y para que no viniera más a sus ojos tan amargo recuerdo. No sin agrado oyó Pigmalión las palabras de su hermana, pensando que con ella vendría a su casa el oro de Aquerbas. Pero Elisa, al anochecer, hace embarcar todas sus riquezas y a los servidores enviados por el rey para la mudanza y, después de navegar a alta mar,

les ordena arrojar al mar unos sacos llenos de arena en lugar del dinero. Entonces, llorando ella misma y con voz de duelo, llama a Aquerbas, le pide que reciba de buen grado las riquezas que le había dejado y que acepte como ofrenda lo que había sido la causa de su muerte. Después, se dirige a los mismos servidores y les dice que sobre ella sin duda pendía la muerte hacía tiempo deseada, pero sobre ellos pendían duros tormentos y crueles suplicios, pues sustrajeron a la codicia del tirano las riquezas de Aquerbas, en espera de las cuales el rey había cometido el parricidio. Después de meterles miedo con esto, acogió a todos ellos como compañeros de su huida. Se une también un Bruno de senadores que se había preparado para aquella noche y así, después de renovar los sacrificios a Hércules, del que Aquerbas había sido sacerdote, buscan otra patria en el exilio.

La primera tierra en la que desembarcaron fue la isla de Chipre, donde el sacerdote de Júpiter con su mujer y sus hijos, por indicación de los dioses, se ofreció a Elisa como compañero y aliado, después de acordar para él y para sus descendientes la dignidad del sacerdocio para siempre. La condición fue aceptada como un manifiesto presagio. Era costumbre de los chipriotas enviar a las doncellas, unos días determinados antes de la boda, a la orilla del mar a traficar con su cuerpo para ganar el dinero de la dote y ofrecer a Venus sus primicias por el pudor del resto de su vida. Así pues Elisa ordena raptar unas ochenta doncellas de éstas y embarcarlas, para que los jóvenes pudieran casarse y la ciudad tener descendencia. Mientras esto sucede, Pigmalión, enterado de la huida de su hermana, se dispone a perseguirla en su huida con una guerra impía, pero desistió a su pesar, vencido por los ruegos de su madre y las amenazas de los dioses; puesto que los adivinos, inspirados, le vaticinaron que no quedaría sin castigo, si impedía el engrandecimiento de la ciudad nacida con los más favorables auspicios de todo el mundo, de este modo se dio a los fugitivos un momento de respiro. Así pues Elisa, llevada a un golfo de África, atrae a la amistad a los habitantes de aquel lugar, que se alegraban por la llegada de los extranjeros y por el recíproco comercio. Luego, comprado el terreno que podía cubrirse con la piel de un buey, en el que pudiera hacer que sus compañeros, cansados del largo viaje por mar, se repusieran hasta que partieran, ordena que la piel sea cortada en tiras muy finas y así ocupa un espacio mayor del que había pedido, por lo que aquel lugar recibió después el nombre de Birsa. Después io acudieron los habitantes de los lugares vecinos, quienes llevaban muchas mercancías a los forasteros con la esperanza de ganancias, y se establecieron allí, formándose por la concurrencia de gentes una especie de ciudad. También unos embajadores uticenses les llevaron presentes como a sus consanguíneos y les exhortaron a fundar una ciudad allí donde por el azar se habían asentado. Y también los africanos fueron presa del deseo de retener a los extranjeros. Así pues, estando todos de acuerdo, se funda Cartago, después de fijarse un canon anual por el suelo que ocupaba la ciudad. Al empezar los cimientos, se encontró una cabeza de vaca, lo que era auspicio de una ciudad ciertamente fecunda, pero trabajada y siempre esclava. Por esto se traslada la ciudad a otro lugar y también allí se encontró una cabeza de caballo, presagiando un pueblo belicoso y poderoso; esto dio a la ciudad un emplaza-

miento de favorables auspicios. Entonces acudieron las gentes a la fama de la nueva ciudad y en poco tiempo la población y el estado se hicieron grandes.

JUSTINO, *Epitome de las historias filipicas de Trogo Pompeyo*, XVIII, 4.5

Primer Tratado Romano Cartaginés (509 A. C.)

Que haya paz entre los romanos y sus aliados y los cartagineses y sus aliados bajo las condiciones siguientes: que ni los romanos ni los aliados de los romanos naveguen más allá del cabo Hermoso si no les obliga una tempestad, o bien los enemigos. Si alguien es llevado allá por la fuerza, que no le sea permitido comprar ni tomar nada, excepción hecha de aprovisionamientos para el navío o para los sacrificios (y que se vayan a los cinco días). Los que lleguen allí con fines comerciales no podrán concluir negocios si no es bajo la presencia de un heraldo o de un escribano. Lo que se venda en presencia de éstos, sea garantizado al vendedor por fianza pública, tanto si se vende en África como en Cerdeña. Si algún romano se presenta en Sicilia, en un paraje sometido al dominio cartaginés, gozará de los mismos derechos. Que los cartagineses no cometan injusticias contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de Antio, ni contra el de Laurento, ni contra el de Circes, ni contra el de Terracina, ni contra ningún otro pueblo latino sujeto a los romanos. Que los cartagineses no ataquen a las ciudades que no les están sometidas, y si las conquistan, que las entreguen intactas a los romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el Lacio. Si penetran en él hostilmente, que no lleguen a pernoctar allí.

POLIBIO III.22

Semejanzas entre Roma y Cartago

En mi concepto, la República de Cartago en sus principios fue muy bien establecida, por lo que se refiere a los puntos principales. Porque había reyes o sufetes, existía un senado con una autoridad aristocrática, y el pueblo era dueño acerca de ciertas cosas de su inspección. En una palabra, el enlace de todas estas potestades se asemejaba al de Roma y Lacedemonia. Pero en tiempo de la guerra de Aníbal era inferior la cartaginesa, y superior la romana. Esta es una ley de naturaleza, que todo cuerpo, todo gobierno y toda acción tengan sus progresos, su apogeo y su ruina; y que de todos el segundo sea el más poderoso. En este estado es cuando se ha de ver lo que va de gobierno a gobierno. Todo cuanto tuvo de anterior el estado de perfección y vigor de la República de Cartago respecto de la de Roma, otro tanto tuvo de anticipada su decadencia; en vez de que la de Roma se hallaba entonces en su mayor auge. Ya el pueblo se había arrogado en Cartago la principal autoridad en las deliberaciones, cuando en Roma estaba aún en su vigor la del senado. Allí era el pueblo quien resolvía, cuando aquí eran los principales quienes deliberaban sobre los asuntos públicos. Y he aquí por qué a pesar de la entera derrota de Cannas, las sabias medidas del senado vencieron finalmente a los cartagineses. Sin embargo, si reflexionamos sobre ciertos puntos par-

ticulares, por ejemplo, sobre el arte militar, encontraremos que los cartagineses tenían más disposición e inteligencia de la guerra de mar que no los romanos, ya porque desde la antigüedad habían heredado esta ciencia de sus mayores, ya porque la habían ejercitado más que otro pueblo. Mas sobre la guerra de tierra eran muchísimas las ventajas que los romanos llevaban a los cartagineses; puesto que Roma ponía sobre este ramo el mayor esmero, mientras que Cartago lo tenía del todo abandonado, aunque cuidase algún tanto de su caballería. La causa de esto es porque esta República se sirve de tropas extranjeras y mercenarias, y aquella, por el contrario, saca las suyas del país y de la misma Roma. Cuanto a esta parte, es más plausible el gobierno romano que no el cartaginés. Porque el uno tiene puesta siempre su libertad en manos de tropas venales, y el otro en su propio valor y en el auxilio de sus aliados. Por eso, bien que tal vez reciba un golpe mortal el estado, los romanos en la hora recobran sus fuerzas, pero los cartagineses se levantan con trabajo... Además de que, como los romanos pelean por su patria y por sus hijos, jamás se enfría en ellos aquel primer ardor, por el contrario, permanecen resueltos hasta triunfar del contrario. He aquí por qué, no obstante ser muy inferiores en habilidad sus tropas de mar, como manifestábamos antes, con todo han salido vencedores por el valor de sus soldados. Pues aunque la ciencia náutica contribuye muchísimo para los combates navales, sin embargo, el esfuerzo de la marinería hace un gran contrapeso para la victoria. A más de que la naturaleza ha diferenciado a los italianos de los cartagineses y africanos tanto en la fuerza corporal como en el ardor y espíritu, tienen asimismo ciertos institutos que excitan infinito el valor en la juventud. Un solo ejemplo bastará para dar una idea del cuidado que tiene el ministerio en formar hombres que arrostren todo peligro por lograr aplauso en su patria.

Cuando muere en Roma algún personaje de consideración, además de otros honores que se le tributan en el entierro, se le lleva a la tribuna de las arengas, donde se le expone al público comúnmente en pie, y rara vez echado. En medio de una innumerable concurrencia sube a la tribuna su hijo, si ha dejado alguno de edad competente y se halla en Roma, o cuando no un pariente, y hace el panegírico de las virtudes del difunto y demás acciones y exponer a la vista de la multitud los hechos del muerto; de que proviene que no sólo los partícipes en sus acciones, sino aun los extraños toman parte en el sentimiento, que más parece luto general del pueblo que particular de su familia. Después de enterrado el cadáver y hechos los sufragios, se hace un busto que representa a lo vivo el rostro con sus facciones y colores, y se coloca en el lugar más visible de la casa, dentro de una urna de madera. Regularmente en las funciones públicas se descubren estos bustos y se adornan con esmero. Cuando fallece otro personaje de la misma familia los llevan al entierro, y para que iguale en la estatura al que representa, se les pone un tronco de madera. Todos estos simulacros están con sus vestidos. Si el muerto ha sido cónsul o pretor, con la pretexta; si ha sido censor, con una ropa de púrpura; si ha logrado el triunfo o algún otro honor parecido, con una tela de oro. Se les lleva sobre sus carros, precedidos de las fasces, hachas y demás insignias propias de la dignidad que obtuvo en la República en el transcurso de su vida. Así que se ha llegado a la tribuna, se sientan todos en sus sillas de mar-

fil, lo cual representa el espectáculo más agradable a un joven amante de la gloria y de la virtud. Efectivamente, ¿habrá alguno que a la vista de tantas imágenes de hombres recomendables por la virtud, vivas, digámoslo así, y animadas, no se sienta inflamado del deseo de imitarlas? ¿Se puede representar espectáculo más patético? Después, que el orador ha finalizado el panegírico del que ha de ser enterrado, pasa a hacer el elogio de las gloriosas acciones de los otros, empezando por la estatua más antigua de las que tiene delante. Con esto se renueva la fama de los ciudadanos virtuosos; con esto se inmortaliza la gloria de los que se han distinguido; con esto se divulga el nombre delos beneméritos de la patria y pasa a la posteridad; y lo más importante de todo, con esto se incita a la juventud a pasar por todo, si media el bien público, por conseguir la gloria que se concede a la virtud. Sirva de prueba para todo lo que he manifestado, a ver a muchos romanos que voluntariamente han salido a un combate particular por la decisión de los asuntos del Estado; no pocos que han apetecido una muerte inevitable; unos en la guerra por la salud de sus compañeros, otros en la paz por la defensa de la República. Aun ha habido algunos que, teniendo en sus manos el poder, han sacrificado sus hijos contra toda ley y costumbre, pudiendo más en ellos el bien de la patria que los vínculos de la naturaleza y de la sangre. Muchos casos se pudieran referir de esto entre los romanos; pero por ahora bastará uno, que sirva de ejemplo y comprobación de lo que digo.

Cuentan que Horacio llamado el Tuerto, estando peleando con dos enemigos (506 años antes de J. C.) a la entrada del puente que se halla junto a Roma sobre el Tíber, luego que advirtió que venían más en su socorro, temiendo que, forzado el paso, no penetrasen en la ciudad, se volvió a los que tenía a la espalda, y a grandes voces les dijo que se retirasen y cortasen el puente. Obedecida la orden, mientras que éstos lo desbarataban, él, a pesar de las muchas heridas que había recibido, sostuvo el choque, y contuvo el ímpetu de los enemigos, que quedaron admirados no tanto de sus fuerzas, cuanto de su constancia y atrevimiento.

Arrancado el puente, y frustrado el empeño del contrario, Horacio se lanza con sus armas en el río, prefiriendo una muerte voluntaria por la salud de la patria, y la gloria que después le redundaría, a la vida presente y los años que le quedaban. Tanto es el ardor y emulación que inspiran en la juventud las costumbres de los romanos para las bellas acciones.

Polibio, VI.16

Batalla de Mylae (260 a. C.)

Los romanos después, acercándose a las costas de Sicilia y enterados de la desgracia ocurrida a Cneo, dan aviso al instante a C. Duilio, que mandaba las tropas de tierra, y esperan su llegada. Al mismo tiempo, oyendo que no estaba distante la escuadra enemiga, se aprestan para el combate. Sin duda al ver sus navíos de una construcción tosca y de lentos movimientos, les sugirió alguno el invento para la batalla, que después se llamó cuervo; cuyo sistema era de esta manera: se ponía sobre la proa del navío una viga redonda, cuatro varas de larga

y tres palmos de diámetro de ancha; en el extremo superior tenía una polea, y alrededor estaba clavada una escalera de tablas atravesadas, cuatro pies de ancha y seis varas de larga. El agujero del entablado era oblongo y rodeaba la viga desde las dos primeras varas de la escalera. A lo largo de los dos costados tenía una baranda que llegaba hasta las rodillas, y en su extremo una especie de pilón de hierro que remataba en punta, de donde pendía una argolla; de suerte que toda ella se asemejaba a las máquinas con que se muele la harina. De esta argolla pendía una maroma, con la cual, levantando los cuervos por medio de la polea que estaba en la viga, los dejaban caer en los embestimientos de los navíos sobre la cubierta de la nave contraria, unas veces sobre la proa, otras haciendo un círculo sobre los costados, según los diferentes encuentros. Cuando los cuervos, clavados en las tablas de las cubiertas, cogían algún navío, si los costados se llegaban a unir uno con otro, le abordaban por todas partes; pero si lo aferraban por la proa, saltaban en él de dos en dos por la misma máquina. Los primeros de éstos se defendían con sus escudos de los golpes que venían directos, y los segundos, poniendo sus rodelas sobre la baranda, prevenían los costados de los oblicuos. De este modo dispuestos, no esperaban más que la ocasión de combatir.

Al punto que supo C. Duilio el descalabro del jefe de la escuadra, entregando el mando de las tropas de tierra a los tribunos, dirigiose a la armada, e informado de que los enemigos talaban los campos de Mila, salió del puerto con toda ella. Los cartagineses, a su vista, ponen a la vela con gozo y diligencia ciento treinta navíos, y despreciando la impericia de los romanos no se dignan poner en orden de batalla, antes bien, como que iban a un despojo seguro, navegan todos vuelta las proas a sus contrarios. Mandábalos Aníbal, el mismo que había sacado de noche sus tropas de Agrigento. Mandaba una galera de siete órdenes de remos, que había sido del rey Pirro. Al principio los cartagineses se sorprendieron de ver, al tiempo que se iban acercando los cuervos levantados sobre las proas de cada navío, extrañando la estructura de semejantes máquinas. Sin embargo, llenos de un sumo desprecio por sus contrarios, acometieron con valor a los que iban en la vanguardia. Pero al ver que todos los buques que se acercaban quedaban atenazados por las máquinas, que estas mismas servían de conducto para pasar las tropas y que se llegaba a las manos sobre los puentes, parte de los cartagineses fueron muertos, parte asombrados con lo sucedido se rindieron. Fue esta acción semejante a un combate de tierra. Perdieron los treinta navíos que primero entraron en combate, con sus tripulaciones. Entre ellos fue también tomado el que mandaba Aníbal; pero él escapó con arrojo en un bote como por milagro. El resto de la armada vigilaba con el fin de atacar al enemigo, pero advirtiéndoles la proximidad el estrago de su primera línea, se apartó y estudió los choques de las máquinas. No obstante fiados en la agilidad de sus buques, contaban poder acometer sin peligro al enemigo, rodeándole unos por los costados y otros por la popa. Mas viendo que por todas partes se les oponían y amenazaban estas máquinas y que inevitablemente habían de ser asidos los que se acercasen, atónitos con la novedad de lo ocurrido, toman al fin la huida, después de perder en la acción cincuenta naves.

Polibio I.6

Tratado de Paz entre Roma y Cartago al final de la Primera Guerra Púnica

Habrá amistad entre cartagineses y romanos, si lo aprueba el pueblo romano bajo estas condiciones. Evacuarán los cartagineses toda la Sicilia; no moverán guerra a Hierón; no tomarán las armas contra los siracusanos ni contra sus aliados; restituirán sin rescate a los romanos todos sus prisioneros; pagarán a los romanos en veinte años dos mil y doscientos talentos eubeos de plata.

POLIBIO I.17

Embajada del Senado de Roma a la reina Teuta de Iliria (231 a. C.)

No era de ahora el que los ilirios insultasen de continuo a los que navegaban de Italia, pero actualmente durante su estancia en Fenice, destacándose muchos de la escuadra, robaban a unos, degollaban a otros, y conducían prisioneros a no pocos comerciantes italianos. Los romanos, que hasta entonces desestimaron las quejas contra los ilirios, llegando éstas a ser ahora más frecuentes en el Senado, nombraron a Cayo y Lucio Coruncanio por embajadores a la Iliria, para que se informasen con detalle de estos hechos. Teuta, al regreso de sus buques de Epiro, admirada del número y riqueza de despojos que transportaban (era entonces Fenice la ciudad más opulenta del Epiro), cobró doblado valor para insultar a los griegos. Las conmociones intestinas la disuadieron por entonces; pero sosegados que fueron los vasallos que se habían rebelado, al punto puso sitio a Issa, la única ciudad que había rehusado obedecerla. Entonces llegaron los embajadores romanos, quienes admitidos a audiencia, expusieron los agravios que habían recibido. Durante todo el discurso, la reina los escuchó, afectando un aire altivo y demasiado altanero; pero después que concluyeron, les manifestó: «que procuraría poner remedio para que Roma no tuviese motivo de resentimiento de parte de su reino en general; pero que en particular, no se acostumbraba por parte de los reyes de Iliria el prohibir a sus vasallos el corso por utilidad propia». Ofendido de esta respuesta el mas joven de los embajadores, con libertad conveniente sí, pero importuna, la dijo: «Señora, el más apreciable carácter de los romanos es vengar en común los agravios contra sus particulares, y socorrer a sus miembros ofendidos: en este supuesto, intentaremos con la voluntad de Dios obligaros a la fuerza y prontamente a que reforméis las costumbres de los reyes de Iliria». La reina tomo este desenfado con una ira inconsiderada y propia de su sexo, y la irritó tanto el dicho, que sin respeto a derecho de gentes, envío en seguimiento de los embajadores que habían partido, para que diesen muerte al autor de semejante falta de respeto: acción que lo mismo fue saberse en Roma, que enfurecidos con el insulto de esta mujer, hacer aparatos de guerra, matricular tropas y equipar una armada. Llegada la primavera, Teuta dispuso mayor número de buques que el anterior, y los volvió a enviar contra la Grecia. De éstos, unos pasaron a Corcira, otros abordaron al puerto de Epidamno, con ánimo en apariencia de hacer agua y tomar víveres, pero en realidad con el designio de sorprender y dar un golpe de mano a la ciudad. Los epidamnios recibieron incautamente y sin pre-

caución estas gentes, que introducidas en la ciudad con vestidos propios para tomar agua y una espada oculta en cada vasija, degollaron la guardia de la puerta y se apoderaron rápidamente de la entrada. Entonces acudió un eficaz socorro de los navíos, según estaba dispuesto, con cuya ayuda se ampararon a poca costa de la mayor parte de los muros. Mas los vecinos aunque desprevenidos por lo inopinado del caso, se defendieron y pelearon con tanto vigor, que al cabo los ilirios, tras de una prolongada resistencia, fueron desalojados de la ciudad. En esta ocasión, el descuido de los epidamnios los puso cerca de perder su patria; pero su valor los salvó y les dio una lección para el futuro. Los jefes ilirios se hicieron a la vela con precipitación, se incorporaron con los que iban delante y fondearon en Corcira, donde hecho un pronto desembarco, emprendieron el poner sitio a la plaza. Los corcirenses, consternados con este accidente, y sin esperanza de ningún remedio, enviaron legados a los aqueos y etolios. Al mismo tiempo que éstos, llegaron también los apoloniatas y epidamnios, rogando les enviasen un pronto socorro y no contemplasen con indiferencia que los ilirios les arrojasen de su patria. Estas embajadas fueron escuchadas favorablemente por los aqueos, quienes dotaron de tripulación de mancomún a diez navíos de guerra, y equipados en breve tiempo, se dirigieron hacia Corcira, con la esperanza de librarla del asedio.

POLIBIO II.3

Los cartagineses en la Península Ibérica

Una vez que acabó la guerra [de los númidas] y se hizo regresar a Annón a Cartago para responder de ciertos cargos, Amílcar que se hallaba él solo al frente del ejército y tenía a su cuñado Asdrúbal como asociado suyo, se dirigió hacia Gades y, tras cruzar el estrecho hasta Iberia, se dedicó a devastar el territorio de los iberos , que no le habían causado daño alguno (...). Finalmente, los reyes iberos y todos los otros hombres poderosos, que fueron coaligándose gradualmente, lo mataron de la siguiente forma: llevaron carros cargados de troncos a los que uncieron bueyes y los siguieron provistos de armas. Los africanos al verlos se echaron a reír, al no comprender la estratagema, pero cuando estaban muy próximos, los iberos prendieron fuego a los carros tirados aún por los bueyes y los arrearon contra el enemigo. El fuego, expandido por todas partes al diseminarse los bueyes, provocó el desconcierto de los africanos. Y al romperse la formación, los iberos, cargando a la carrera contra ellos, dieron muerte a Amílcar en persona y a un gran número de los que estaban defendiéndolo. Sin embargo, los cartagineses, satisfechos con el botín obtenido ya en Iberia, enviaron allí otro ejército y designaron como general en jefe de todas las tropas a Asdrúbal, el cuñado de Almícar, que estaba en Iberia. Éste llevaba consigo a Aníbal, famoso por sus hechos de armas no mucho después, hijo de Almícar y hermano de su propia esposa, hombre joven y belicoso que gozaba del favor del ejército. A él lo designó como lugarteniente. Asdrúbal se ganó la mayor parte de Iberia por medio de la persuasión, pues era hombre persuasivo en su trato, y en los hechos que requerían de la fuerza se servía del muchacho. Avanzó desde el océano occidental hacia el interior, hasta el río Ebro, que divide a Iberia poco más o menos por su mitad

y desemboca en el océano boreal a una distancia de unos cinco días de viaje de los Pirineos.

APIANO. *Iberia*, 5-6

Paso de los Alpes por Aníbal

Aníbal, sentados allí los reales, hizo alto todo un día, y volvió a emprender la marcha. En los días siguientes marchó el ejército sin riesgo particular. Pero al cuarto volvió a incurrir en un gran peligro. Los pueblos próximos al camino fraguan una conspiración, y le salen al paso con ramos de oliva y con coronas. Ésta es una señal de paz casi general entre los bárbaros, así como lo es el caduceo entre los griegos. Aníbal, que ya vivía con recelo de la fe de estos hombres, examinó con cuidado su intención y todos sus propósitos. Ellos le expusieron que les constaba la toma de la ciudad y ruina de los que le habían atacado; le manifestaron que el motivo de su venida era con el deseo de no hacer daño ni de que se les hiciese, para lo cual le prometían dar rehenes. Aníbal dudó durante mucho tiempo y desconfió de sus palabras; pero reflexionando que si admitía sus ofertas haría acaso a estos pueblos más contenidos y tratables, y que si las desechaba los tendría por enemigos declarados, consintió en su demanda y fingió contraer con ellos alianza. Como los bárbaros entregaron al instante los rehenes, proveyeron abundantemente de carnes el ejército y se entregaron del todo y sin reserva en mano de los cartagineses, Aníbal empezó a tener alguna confianza, tanto que se sirvió de sus personas para guías de los desfiladeros que faltaban. Pero a los dos días que iban de batidores, se reúnen todos, y al pasar Aníbal un valle fragoso y escarpado, le acometen por la espalda.

Ésta era la ocasión en que hubieran perecido todos sin remedio, si Aníbal, a quien duraba aún alguna desconfianza, pronosticando lo que había de ocurrir, no hubiera situado delante el bagaje y la caballería y detrás los pesadamente armados. Este auxilio hizo menor la pérdida, porque reprimió el ímpetu de los bárbaros. Bien que, aun con esta precaución, murieron gran número de hombres, bestias y caballos. Porque, como los contrarios caminaban por lo alto a medida que los cartagineses por lo bajo de las montañas, ya echando a rodar peñascos, ya tirando piedras con la mano, pusieron las tropas en tal consternación y peligro, que Aníbal se vio en la precisión de pasar una noche con la mitad del ejército sobre una áspera y rasa roca, separado de la caballería y bestias de carga para vigilar en su defensa, y aun apenas bastó toda la noche para desembarazarse de aquel mal paso. Al día siguiente, retirados los enemigos, se reunió con la caballería y acémilas, y prosiguió su marcha a lo más encumbrado de los Alpes. De allí adelante ya no le embistieron los bárbaros con el total de sus fuerzas. Solamente le atacaban por partidas, y presentándose oportunamente, ya por la retaguardia, ya por la vanguardia, le robaban algún bagaje. De mucho le sirvieron en esta ocasión los elefantes, pues por la parte que ellos iban jamás se atrevieron acercarse los contrarios, asombrados con la novedad del espectáculo. Al noveno día llegó a la cima de estos montes, donde acampó y se detuvo dos días para dar descanso a

los que se habían salvado y esperar a los que se habían rezagado. Durante este tiempo muchos de los caballos espantados y bestias de las que habían arrojado las cargas, descubriendo maravillosamente por las huellas el ejército, volvieron y llegaron al campamento.

Era entonces el final del otoño, y se hallaban ya cubiertas de nieve las cimas de estos montes, cuando advirtiendo Aníbal que los infortunios pasados y los que esperaban aún habían abatido el valor de sus tropas, las convoca a junta y procura animarlas, valiéndose para esto del único medio de enseñarles la Italia. Está, pues, esta región de, tal modo situada al pie de los Alpes, que de cualquier parte que se mire, parece que la sirven de baluarte estas montañas. De esta forma, poniéndoles a la vista las campiñas que riega el Po, recordándoles la buena voluntad de sus moradores, y señalándoles al mismo tiempo la situación de la misma Roma, recobró de algún modo el espíritu de sus soldados. Al día siguiente levantó el campo y emprendió el descenso. En él no se le presentaron enemigos, fuera de algunos que rateramente le molestaron. Pero la desigualdad del terreno y la nieve le hicieron perder poca menos gente que había perecido en la subida. Efectivamente, como la bajada era angosta y pendiente, y la nieve ocultaba el paso al soldado, cualquier traspié o desvío del camino era un precipicio en un despeñadero. Bien que la tropa, acostumbrada ya a este género de males, sufría con paciencia este trabajo. Pero luego que llegó a cierto paso cuya estrechez imposibilitaba el paso a los elefantes y bestias (era un despeñadero que, a más de que ya anteriormente tenía casi estadio y medio de camino, a la sazón estaba aún más escarpado con el desmoronamiento de la tierra), allí comenzó de nuevo a desalentarse y acobardarse la tropa. El primer pensamiento de Aníbal fue evitar el precipicio por un rodeo; pero como la nieve le imposibilitaba el camino, desistió del empeño.

Era cosa particular y extraña lo que allí acaecía. Sobre la nieve que antes había y permanecía del invierno anterior, había caído otra nueva en este año. En ésta fácilmente se hacía impresión, como que estaba blanda por haber caído recientemente y ser poca su altura; pero, cuando pisoteada la nueva se llegaba a la que estaba debajo congelada lejos de poderse asegurar el soldado parecía que nadaba, y faltándole los pies, caía en tierra, a la manera que acontece a los que andan por un terreno resbaladizo. A esto se añadía otro mayor trabajo. Como el soldado no podía imprimir la huella en la nieve que había debajo, si caído quería tal vez valerse de las rodillas o manos para levantarse, tanto con mayor lástima él y todo lo que le había servido de asidero iba rodando por aquellos lugares generalmente pendientes. Las acémilas, cuando caían, rompían el hielo forcejeando por levantarse: una vez éste quebrado, quedaban atascadas con la pesadez de la carga y como congeladas con la opresión de la nieve anterior. A la vista de esto, fue preciso desistir de este arbitrio y acampar en el principio del desfiladero, quitándole antes la nieve que contenía. Después, con el auxilio de la tropa, se abrió un camino en la misma peña, aunque con mucho trabajo. En un solo día se hizo el bastante para que transitasen las bestias y caballería. Luego que éstas hubieron pasado, se mudó el real a un sitio que no tenía nieve y se las soltó a pastar.

Aníbal mientras, distribuidos en partidas los númidas, prosiguió la conclusión del camino, y apenas después de tres días de trabajo pudo hacer pasar los elefantes, que se hallaban ya muy extenuados del hambre. Pues las cumbres de los Alpes y sus inmediaciones, como en invierno y verano las cubre la nieve de continuo, están del todo rasas y desnudas de árboles; pero las faldas de uno y otro lado producen bosques y arboledas, y generalmente son susceptibles de cultivo.

Finalmente, incorporado todo el ejército, prosiguió Aníbal el descenso, y tres días después de haber atravesado los mencionados despeñaderos, alcanzó el llano con mucha pérdida de gente, que los enemigos, los ríos y la longitud del camino habían causado; y mucha más, no tanto de hombres cuanto de caballos y acémilas, que los precipicios y malos pasos de los Alpes se habían tragado. Había tardado cinco meses en todo el camino desde Cartagena, contando los quince días que le había costado el superar los Alpes hasta que penetró con el mismo espíritu en las llanuras del Po y pueblos de los insubrios. El cuerpo de tropas que le había quedado a salvo se reducía a doce mil infantes africanos, ocho mil españoles y seis mil caballos, como él mismo lo testifica en una columna hallada en Lacinio, describiendo el número de su gente.

Durante este tiempo Publio Escipión, que, como arriba hemos indicado, había dejado las legiones a su hermano Cnelio, le había recomendado los negocios da España y que hiciese la guerra con vigor a Asdrúbal, desembarcó en Pisa con poca gente. Pero atravesando la Etruria, y tomando allí de los pretores las legiones que estaban a su cargo para hacer la guerra a los boios, marchó a acamparse a las llanuras del Po, donde aguardó al enemigo, deseoso de venir con él a las manos.

POLIBIO III.15

Batalla de Cannas

Apenas llegó a Roma la noticia de que los dos ejércitos se hallaban al frente y que cada día se hacían escaramuzas, la ciudad se llenó de inquietud y sobresalto. Las frecuentes derrotas anteriores ponían en cuidado a todos del futuro, y la imaginación les presentaba y anticipaba las funestas consecuencias de la República, caso que fuesen vencidos. No se oía hablar sino de vaticinios. Todos los templos, todas las casas estaban llenas de presagios y prodigios, de que provenían votos, sacrificios, súplicas y ruegos a los dioses. Pues en las calamidades públicas los romanos se exceden en aplicar a los dioses y a los hombres, y en tales circunstancias nada reputan por indecente e indecoroso de cuanto conduzca a este objeto.

Lo mismo fue recibir Varrón el mando al día siguiente (217 años antes de J. C.), que mover sus tropas al rayar el día de los dos campos; y haciendo pasar el Aufido a los de su mayor campamento, al punto los formó en batalla. A éstos unió los del menor y los colocó sobre una línea recta, dándoles todo el frente hacia el Mediodía. La caballería romana cubría el ala derecha sobre el mismo

río, y a continuación se prolongaba la infantería sobre la misma línea. Los batallones de la retaguardia estaban más densos que los de la vanguardia; pero las cohortes del frente tenían mucha más profundidad. La caballería auxiliar se hallaba colocada sobre el ala izquierda. Delante de todo el ejército estaban apostados los armados a la ligera. El total con los aliados ascendía a ochenta mil infantes, y poco más de seis mil caballos. Entretanto Aníbal hizo pasar el Aufido a sus baleares y lanceros, y los puso al frente del ejército. Sacó del campamento el resto de sus tropas, las hizo pasar el río por dos partes y las opuso al enemigo. En la izquierda situó la caballería española y gala, apoyada sobre el mismo río en contraposición de la romana; y a continuación la mitad de la infantería africana pesadamente armada. Seguían después los españoles y galos, con los que estaba unida la otra mitad de africanos. La caballería númida cubría el ala derecha. Luego que hubo prolongado todo el ejército sobre una línea recta, tomó la mitad de las legiones españolas y galas y salió al frente, de suerte que las otras tropas de sus flancos se hallaban naturalmente sobre una línea recta, y él con las del centro formaba el convexo de una media luna, debilitado por sus extremos. Su propósito en esto era que los africanos sostuviesen a los españoles y galos, que habían de entrar primero en la acción.

Los africanos estaban armados a la romana. Aníbal los había adornado con los mejores despojos que había ganado en la batalla anterior. Los escudos de los españoles y galos eran de una misma forma; pero las espadas tenían una hechura diferente. Las de los españoles no eran menos aptas para herir de punta que de tajo; pero las de los galos servían únicamente para el tajo, y esto a cierta distancia. Estas tropas se hallaban alternativamente situadas por cohortes; los galos desnudos, y los españoles cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura a la costumbre de su país, espectáculo que causó novedad y espanto a los romanos. El total de la caballería cartaginesa ascendía a diez mil, y el dela infantería a poco más de cuarenta mil hombres con los galos.

Emilio mandaba el ala derecha de los romanos, Varrón la izquierda, y los cónsules del año anterior Servilio y Atilio, ocupaban el centro. A la izquierda de los cartagineses estaba Asdrúbal, a la derecha Hannón, yen el cuerpo de batalla Aníbal, acompañado de Magón, su hermano. Como la formación de los romanos miraba hacia el Mediodía, según hemos dicho anteriormente, y la de los cartagineses al Septentrión, cuando salió el sol ni a unos ni a otros ofendían sus rayos. La acción empezó por la infantería ligera, que estaba al frente, y de una y otra parte fueron iguales las ventajas. Pero desde que la caballería española y gala de la izquierda se hubo aproximado, los romanos se batieron con furor y como bárbaros. No peleaban según las leyes de su milicia, retrocediendo y volviendo a la carga, sino que una vez venidos a las manos, saltaban del caballo, y hombre a hombre medían sus fuerzas. Pero al fin vencieron los cartagineses. La mayor parte de romanos pereció en la refriega, no obstante haberse defendido con valor y esfuerzo; el resto, perseguido a lo largo del río, fue muerto y pasado a cuchillo sin piedad alguna. Entonces la infantería pesada ocupó el lugar de la ligera, y vino a las manos. Durante algún tiempo guardaron la formación los españoles y

galos, y resistieron con valor a los romanos, pero arrollados con el peso de las legiones, cedieron y volvieron pies atrás, abandonando la media luna. Las cohortes romanas, con el anhelo de seguir el alcance, se abrieron paso por las líneas de los contrarios, tanto a menos costa, cuanto la formación de los galos tenía muy poco fondo, y ellos recibían de las alas frecuentes refuerzos en el centro, donde era lo vivo del combate. Pues sólo en el cuerpo de batalla, a causa de que los galos, formados a manera de media luna, sobresalían mucho más que las alas, y representaban el convexo al enemigo. Efectivamente, los romanos siguen y persiguen a éstos hasta el centro y cuerpo de batalla, donde se introducen tan adentro, que por ambos flancos se vieron cercados de la infantería africana pesadamente armada. En ese instante los cartagineses, unos por un cuarto de conversión de derecha a izquierda, otros por el movimiento contrario, arremeten con sus escudos y picas, y atacan por los costados a los contrarios, advirtiéndoles lo que habían de hacer el mismo lance. Esto era cabalmente lo que Aníbal se había imaginado; que los romanos, persiguiendo a los galos, serían cogidos en medio por los africanos. De allí adelante los romanos ya no pelearon en forma de falange, sino de hombre a hombre y por bandas, teniendo que hacer frente a los que les atacaban por los flancos.

Emilio, aunque desde el principio había estado en el ala derecha, y había intervenido en el choque de la caballería, se hallaba aún sin lesión alguna. Pero queriendo que las obras correspondiesen a lo que había dicho en la arenga, y advirtiendo que en la infantería legionaria estribaba la decisión de la batalla, atraviesa a caballo las líneas, se incorpora a la acción, mata a cuantos se le ponen por delante, animando y estimulando a sus gentes. Aníbal, que desde el principio mandaba esta parte del ejército, hacía lo mismo con los suyos. Los númidas del ala derecha que peleaban con la caballería romana de la izquierda, aunque por su particular modo de combatir, ni hicieron ni sufrieron daño de consecuencia; sin embargo, atacando al enemigo por todos lados, le tuvieron siempre ocupado y entretenido. Pero cuando Asdrúbal, derrotada la caballería romana de la derecha a excepción de muy pocos, llegó desde la izquierda al socorro de sus númidas; la caballería auxiliar de los romanos, presintiendo el ataque, volvió la espalda y echó a huir. Cuentan que Asdrúbal en esta ocasión hizo una acción sagaz y prudente. Viendo el gran número de los númidas, y la habilidad y vigor con que persiguen a los que una vez vuelven la espalda, los encargó el alcance de los que huían; y él, mientras marchó con el resto adonde era la acción, para dar socorro a los africanos. Efectivamente, carga por la espalda sobre las legiones romanas y las ataca sucesivamente por compañías en diferentes partes, con lo que a un tiempo anima a los africanos, y abate y aterra el espíritu de los romanos. Entonces fue cuando L. Emilio, cubierto de mortales heridas, perdió la vida en la misma batalla; personaje que, tanto en el resto de su vida como en este último trance, cumplió tan bien como otro con lo que debía a la patria. Entretanto los romanos peleaban y resistían, haciendo frente por todos lados a los que los rodeaban; pero muertos los que se hallaban en la circunferencia, y por consiguiente encerrados en más corto espacio, fueron al fin pasados todos a cuchillo. Del número de éstos fueron los cónsules del año anterior, Atilio y Servilio, varones de probidad y que

durante la acción dieron pruebas del valor romano. En el transcurso de la batalla, los númidas siguieron el alcance de la caballería que huía. De ésta los más fueron muertos, otros despeñados por los caballos, y unos cuantos se refugiaron en Venusia, entre los que estaba Varrón, cónsul romano, hombre de un corazón depravado, cuyo mando fue a su patria tan ruinoso.

POLIBIO III.32

Asedio de Cartago Nova por Publio Cornelio Escipion

Animado por estos cálculos y sin haberle comunicado a nadie por dónde pensaba atacar, al ponerse el sol condujo al ejército durante toda la noche hasta Cartago Nova. Al amanecer, en medio del estupor de los africanos, empezó a cercar la ciudad con una empalizada y se preparó para el día siguiente, apostando escaleras y máquinas de guerra por todo alrededor de la misma, excepto por una sola parte en la que el muro era más bajo y estaba bañada por una laguna y el mar, por lo que la vigilancia era menos intensa. Habiendo cargado durante la noche todas las máquinas con dardos y piedras y tras apostar frente al puerto de la ciudad a sus naves a fin de que las de los enemigos no pudieran escapar a través de él pues confiaba absolutamente en apoderarse de la ciudad a causa de su elevada moral, antes del amanecer hizo subir al ejército sobre las máquinas, exhortando a una parte de sus tropas a entablar combate con los enemigos desde arriba y a otra parte a empujarlas contra el muro por su parte inferior. Magón, a su vez apostó a sus diez mil hombres en las puertas, con la intención de salir, cuando se les presentara la ocasión, con sólo las espadas pues no era posible usar las lanzas en un espacio estrecho y envió a los restantes a las almenas. También se tomó él el asunto con mucho celo colocando numerosas máquinas, piedras, dardos y catapultas. Hubo gritos y exhortaciones por ambas partes, ninguno quedó atrás en el ataque y el coraje, lanzando piedras, dardos y jabalinas, unos con las manos, otros con las máquinas y otros con hondas. Y se sirvieron con ardor de cualquier otro instrumento o recurso que tuvieran en sus manos. Las tropas de Escipión sufrieron mucho daño. Los diez mil soldados cartagineses que estaban junto a las puertas, saliendo a la carrera con las espadas desenvainadas, se precipitaron contra los que empujaban las máquinas y causaron muchas bajas pero no sufrieron menos. Finalmente, los romanos empezaron a imponerse por su laboriosidad y constancia. Entonces cambió la suerte, porque los que estaban sobre las murallas se encontraban ya cansados y los romanos consiguieron adosar las escalas a los muros. Sin embargo, los cartagineses que llevaban espadas penetraron a la carrera por las puertas y cerrándolas tras ellos se encaramaron a los muros. De nuevo la lucha se hizo penosa y difícil para los romanos hasta que Escipión, su general, que recorría todos los lugares dando gritos y exhortaciones de ánimos, se dio cuenta, hacia el mediodía, de que el mar se retiraba por aquella parte en la que el muro era bajo y lo bañaba la laguna. Se trataba del fenómeno diario de la bajada de la marea. El agua avanzaba hasta mitad del pecho y se retiraba hasta media rodilla. Escipión se percató entonces de esto y comprendió la naturaleza del fenómeno, a saber, que estaría baja durante

el resto del día y, antes de que el mar volviera a subir, se lanzó a la carrera por todas partes gritando: Ahora es el momento, soldados, ahora viene la divinidad como aliada mía. Avanzad contra esta parte de la muralla. El mar nos ha cedido el paso. Llevad las escaleras y yo os guiaré. Después de coger él, el primero, una de las escaleras, la apoyó contra el muro y empezó a subir cuando aún no lo había hecho ningún otro, hasta que, rodeándole sus escuderos y otros soldados del ejército, se lo impidieron y ellos mismos acercaron, a la vez, gran cantidad de escaleras y treparon. Ambos bandos atacaron con gritos y celo e intercambiaron golpes variados, pero, no obstante, vencieron los romanos. Consiguieron subir a unas torres en las que Escipión colocó trompeteros y hombres provistos con cuernos de caza, y les dio orden de animar y causar alboroto para dar la impresión de que ya había sido tomada la ciudad. Otros, corriendo de aquí para allá, provocaban el desconcierto de igual manera y algunos, descendiendo de un salto desde las almenas, le abrieron las puertas a Escipión. Éste penetró a la carrera con el ejército. De los que estaban dentro algunos se refugiaron en sus casas; Magón, por su parte, reunió a sus diez mil soldados en la plaza pública y cuando éstos sucumbieron se retiró de inmediato con unos pocos a la ciudadela. Pero al atacar, acto seguido, Escipión la ciudadela, como ya no podía hacer nada con unos hombres que estaban en inferioridad numérica y acobardados por el miedo, se entregó él mismo a Escipión (...) En la ciudad tomada se apoderó de almacenes con enseres útiles para tiempos de paz y de guerra, gran cantidad de armas, dardos, máquinas de guerra, arsenales para los navíos, treinta tres barcos de guerra, trigo y provisiones variadas, marfil, oro, plata, una parte consistente en objetos, otra acuñada y una tercera sin acuñar, rehenes iberos y prisioneros de guerra y todas aquellas cosas que antes habían quitado a los romanos. Al día siguiente, realizó un sacrificio y celebró el triunfo. Después hizo un elogio del ejército, pronunció una arenga a la ciudad y, tras recordarles a los Escipiones, dejó partir libres a los prisioneros de guerra hacia sus respetivos lugares de origen con objeto de congraciarse a las ciudades. Otorgó las mayores recompensas al que subió en primer lugar la muralla, al siguiente le dio la mitad de ésta, al tercero la tercera parte y a los demás proporcionalmente. El resto del botín lo que quedaba de oro, plata o marfil lo envió a Roma a bordo de las naves apresadas. La ciudad celebró un sacrificio durante tres días, pensando que de nuevo volvía a renacer el éxito ancestral y, de otro lado, Iberia y los cartagineses que habitaban en ella quedaron estupefactos por el temor ante la magnitud y rapidez de su golpe de mano.. Escipión estableció una guardia en Cartago Nova y ordenó que se elevara la muralla que daba al lugar de la marea. Él se puso en camino hacia el resto de Iberia y, enviando a sus amigos a cada región, las atraía bajo su mando de buen grado y, a las demás que se le opusieron, las sometió por la fuerza. Eran dos los generales cartagineses que quedaban y ambos se llamaban Asdrúbal; uno de ellos, el hijo de Amílcar, andaba reclutando mercenarios muy lejos entre los celtíberos , y el otro, Asdrúbal, el hijo de Giscón, enviaba emisarios a las ciudades que todavía eran fieles demandando que permanecieran en esta fidelidad a Cartago, pues estaba a punto de llegar un ejército inmenso, y envió a otro Magón a las zonas próximas a reclutar mercenarios de donde le fuese posible, mientras que él en persona se dirigió contra el territorio de Lersa, que se les había sublevado, y se

dispuso a sitiar alguna ciudad de allí. Sin embargo, cuando se dejó ver Escipión, Magón se retiró a Bética y acampó delante de la ciudad. En este lugar fue derrotado de inmediato, al día siguiente, y Escipión se apoderó de su campamento y de Bética.

APIANO, *Iberia*, 20-24

Condiciones de paz propuestas por Escipión tras la batalla de Zama

Ciertamente en los grandes infortunios todo lo que excede la regla común si se advierte que procede de sincero afecto, excita la compasión en los que lo ven y oyen, y apenas hay alguno a quien la novedad no le conmueva; pero si se nota que nace de la impostura y del fingimiento, en vez de la misericordia granjea la cólera y aborrecimiento. Esto es lo que aconteció entonces a los embajadores de Cartago. Escipión les dijo en pocas palabras: «No merecéis que los romanos usen con vosotros de alguna indulgencia, si so atiende a que vos mismos confesáis que desde el principio les habéis declarado la guerra tomándoles a Sagunto contra el tenor de los tratados; y que acabáis de faltarles a la fe pactada, quebrantando los artículos de la paz firmados con juramento; sin embargo, ellos, atendiendo a su honor, a la fortuna y a la condición de las cosas humanas, han decidido usar con vosotros de la conmiseración y generosidad acostumbrada. Esto mismo confesaréis vosotros, si consideráis atentamente el estado actual. Porque si ahora se os impusiese cualquiera pena que sufrir, cualquiera cosa que hacer, o cualquiera impuesto que pagar, no deberíais reputarlo como tratamiento riguroso, por el contrario, deberíais tener por una especie de milagro el que después de haberos cerrado la puerta la fortuna a toda conmiseración y condescendencia, y haberos puesto vuestra perfidia a discreción del enemigo, se os tratase con alguna benignidad». Manifestado esto, Escipión les entregó primero los artículos que contenían sus liberalidades, y después las condiciones que habían de sufrir. Se reducían en sustancia: A que retendrían en el África todas las ciudades, campos, ganados, esclavos y demás bienes que poseían antes de declarar la última guerra a los romanos; que desde aquel día no se les haría hostilidad alguna, vivirían según sus leyes y costumbres, y quedarían exentos de toda guarnición. Tales eran las condiciones benignas; las duras contenían: Que los cartagineses resarcirían a los romanos todos los menoscabos que habían sufrido durante las treguas; que les devolverían todos los prisioneros y siervos fugitivos sin prescripción de tiempo; que les entregarían todos los navíos largos, a excepción de diez trirremes; que lo mismo se observaría con los elefantes; que de ningún modo harían guerra fuera ni dentro del África sin licencia del pueblo romano; que todas las casas, tierras, ciudades y cualquiera otra cosa del rey Massinisa o de sus descendientes, serían restituidas a este príncipe, dentro de los términos que se les señalasen; que proveerían de víveres el ejército por tres meses, y le pagarían el sueldo hasta que volviese de Roma la noticia de la ratificación del tratado; que darían diez mil talentos de plata en cincuenta años, pagando doscientos talentos eubeos en cada uno; que para resguardo de su fidelidad entregarían cien personas en rehenes, que escogería Escipión entre su juventud, ni menores de catorce años, ni mayores de treinta.

Estos fueron los artículos que Escipión propuso a los embajadores cartagineses, los cuales, así que los oyeron, partieron sin dilación y los participaron al Senado. Refieren que en esta ocasión, queriendo oponerse cierto senador a las condiciones propuestas, y habiendo empezado a hablar, Aníbal se fue a él y le arrojó de la tribuna; y que irritados los demás de una acción tan contraria a la costumbre de una ciudad libre, Aníbal se había levantado y manifestado, que merecía perdón si por ignorancia había cometido alguna falta contra los usos, cuando les constaba que desde la edad de nueve años que había salido de su patria no había regresado a ella hasta pasados los cuarenta y cinco; que no debían atender a si había pecado contra la costumbre, sino a si había sabido sentir los males de la patria, puesto que por su causa había incurrido ahora en este desacato; que se admiraba y extrañaba en extremo que existiese un cartaginés que, sabiendo lo que la patria en general y cada miembro en particular había maquinado contra los romanos, no bendijese la fortuna de que, puesto a discreción de Roma, se le tratase con tal humanidad; que si pocos días antes de la batalla se hubiera preguntado a los cartagineses qué males pensáis sufrirá la patria caso que los romanos salgan vencedores, no los hubieran podido explicar con palabras: tan grandes y excesivos eran los que la imaginación les representaba. Por lo cual les rogaba no volviesen a deliberar ya más sobre el asunto, sino que recibiesen con conformidad los artículos propuestos, hiciesen sacrificios a los dioses, y todos les pidiesen que el pueblo romano tuviese a bien ratificarlos. El consejo de Aníbal pareció acertado y conveniente a las actuales circunstancias, en cuya atención decidió el Senado concertar la paz con las dichas condiciones, y despachó al instante sus embajadores para pasar por ellas.

POLIBIO, XIII.32

Capítulo IV. LA REPÚBLICA ROMANA EN EL SIGLO II A. C.

Declaración de libertad de los estados griegos por Flaminio en los Juegos Istmitos del 196 a. C.

Por aquel tiempo llegaron de Roma los diez comisarios que debían arreglar los asuntos de Grecia, llevando consigo el senatusconsulto relativo a la paz con Filipo, cuyos artículos decían así: «Todos los griegos, los de Asia y los de Europa, serán libres y se gobernarán conforme a sus leyes, Filipo entregará a los romanos, antes de la fiesta de los juegos ístmicos, todos los griegos que se hallan en su poder y todas las ciudades donde tiene guarnición; retirará las guarniciones de Euroma, Pedasa, Bargila, Jessé, Abidos, Thasos, Mirina y Perintha, permitiendo a estas ciudades que gocen de libertad. Tito escribirá al rey Prusias cuáles son las intenciones del Senado respecto a la libertad de los cianienses. Filipo entregará a los romanos, al mismo tiempo que los prisioneros, los tránsfugas, y además los barcos de un puente, a excepción de cinco jabeques y de la galera de dieciséis bancos de remeros. Dará además, como tributo, mil talentos, la mitad inmedia-

tamente y la otra mitad durante diez años, a razón de cincuenta cada año». No puede explicarse cuán grande fue la confianza y la alegría de los griegos al saber este senatus-consulto. Únicamente los etolios, descontentos por no lograr lo que habían esperado, procuraban desacreditarle, diciendo que no contenía más que palabras, y para prevenir los ánimos contra el decreto deducían maliciosamente algunas probabilidades de la forma de su redacción, diciendo que, respecto a las ciudades guarnecidas por Filipo, el senatus-consulto ordenaba dos cosas: una que retirase las guarniciones y entregara las ciudades a los romanos, y otra que, al sacar aquellas, dejara las ciudades en libertad; citando nominalmente las que habían de quedar así, que eran las de Asia; de modo que las de Europa, a saber, Orea, Eretria, Calcis, Demetriada y Corinto, deberían ser entregadas a los romanos. Fácil era comprender que en tal caso los romanos sustituían a Filipo, y Grecia no se veía libre de sus cadenas, cambiando sólo de dueño. Esto era lo que los etolios decían y repetían sin cesar.

Flaminio y los diez comisarios fueron de Elatea a Anticira, y desde allí a Corinto, donde tuvieron frecuentes consejos sobre el estado de los negocios públicos. Para impedir el mal efecto de las noticias que los etolios hacían circular por toda Grecia, y que alarmaban a algunos, creyose obligado el cónsul a someter a deliberación este asunto, y adujo toda suerte de razones para convencer a los comisarios de que si deseaban inmortalizar el nombre romano entre los griegos, persuadiéndoles de que habían ido a aquella tierra no por propio interés, sino por la libertad de Grecia, preciso era abandonar todos los puntos ocupados, y dejar en libertad las ciudades donde Filipo tenía guarnición. Presentaba esto algunas dificultades, pues en lo tocante a las otras ciudades habían tratado el asunto en Roma los diez comisarios, recibiendo en este punto órdenes expresas del Senado, pero respecto a Calcis, Corinto y Demetriada, por la necesidad de tomar precauciones contra Antíoco, dejáseles facultad de disponer de ellas según lo estimaran conveniente, con arreglo a las circunstancias, no dudándose de que Antíoco se preparaba de largo tiempo atrás a invadir Europa. Flaminio logró al fin del Consejo que Corinto quedara libre y en poder de los aqueos; pero no abandonaron los romanos Acrocorinto, Demetriada y Calcis.

Era entonces la época en que debían celebrarse los juegos ístmicos, y la curiosidad por lo que iba a suceder llevó a aquel punto, de casi todas las partes del universo, muchas personas de gran importancia. Objeto era de todas las conversaciones el futuro tratado de paz, y hablábase de él de diferente forma. Manifestaban unos que no existía dato alguno para creer se retirasen los romanos de todas las tierras y plazas que habían conquistado; otros, que abandonarían las ciudades más célebres y guardarían en su poder las de menos fama que les procurasen las mismas ventajas, creyendo saber cuáles eran, y nombrándolas en las conversaciones. Todo el mundo participaba de esta incertidumbre cuando, reunida en el estadio la multitud para presenciar la proclamación de la paz, se adelantó un heraldo, impuso silencio con un toque de trompeta y publicó en alta voz lo siguiente: «El Senado romano y Tito Quinto, cónsul, tras de vencer a Filipo y los macedonios, dejan en libertad, sin guarnición ni tributos, y para que vivan con arreglo a sus

leyes, a los corintios, a los focenses, a los locros, a los eubeos, a los aqueos de Pitia, a los magnesios, a los tesalios y a los perrebios».

POLIBIO, XVIII, 44-46

Consecuencias de la batalla de Pidna

Habían tenido siempre fama los Macedonios de ser amantes de sus reyes, pero entonces, abatidos todos como cuando de pronto falta el apoyo, se entregaron a Emilio, al que en dos días hicieron dueño de toda la Macedonia; este hecho parece conciliar mayor crédito a los que atribuyen todos estos sucesos a un especial favor de la Fortuna. Pero aún es más maravilloso lo que acaeció en el sacrificio: pues sacrificando Emilio en Anfípolis, en el acto mismo cayó un rayo en el ara, el que abrasó las víctimas y perfeccionó la ceremonia. Con todo, aun sube de punto sobre este prodigio y sobre la dicha de Emilio la rapidez de la fama, pues al día cuarto de haber alcanzado de Perseo esta victoria de Pidna, estando en Roma el pueblo viendo unas carreras de caballos, repentinamente corrió la voz en los primeros asientos del teatro de que Emilio, habiendo vencido a Perseo en una gran batalla, había subyugado toda la Macedonia, y de allí se difundió luego la misma voz por toda la concurrencia; con lo que en aquel día, fue grande el gozo que con algazara y regocijo se apoderó de la ciudad. Mas como luego se viese que aquel rumor vago no tenía apoyo u origen seguro, por entonces se desvaneció y disipó; pero tenida a pocos días la noticia positiva, se pasmaron todos de aquel anticipado anuncio, que pareciendo falso dijo la verdad.

PLUTARCO, *Paulo Emilio*, 23

Catón en Hispania (195 a. C.)

Designado cónsul con Valerio Flaco, su amigo y deudo, le tocó por suerte la provincia que llaman los Romanos España Citerior. Mientras allí vencía a unos pueblos con las armas y atraía a otros con la persuasión vino contra él un ejército de bárbaros tan numeroso: que corrió peligro de ser vergonzosamente atropellado; por lo cual imploró el auxilio de los Celtíberos, que estaban cercanos. Pidiéronle éstos por precio de su alianza doscientos talentos, y teniendo todos los demás por cosa intolerable que los Romanos se reconocieran obligados a pagar a los bárbaros aquel precio de su auxilio, les replicó Catón que nada había en ello de malo, pues si vencían, serían los enemigos quienes lo pagasen, y si eran vencidos, no existirían ni los que lo habían de pagar ni los que lo habían de pedir. Salió por fin vencedor en batalla campal, y todo le sucedió prósperamente: diciendo Polibio que a su orden todas las ciudades de la parte de acá del río Betis en un mismo día demolieron sus murallas, no obstante ser en gran número y estar pobladas de hombres guerreros. El mismo Catón dice haber sido más las ciudades que tomó que los días que estuvo en España; y no es una exageración suya si es cierto que llegaron a trescientas. Fue mucho lo que los soldados ganaron en aquella expedición, y, sin embargo, repartió además a cada uno una libra de plata, diciendo que era mejor

volviesen muchos con plata que pocos con oro; pero de tanto como se cogió dice no haber tomado para sí más que lo necesario para comer y beber. «No es esto que yo acuse- decía- a los que procuran aprovecharse de estas cosas, sino que quiero más contender en virtud con los buenos que en riqueza como los más ricos, o en codicia con los más acaudalados.» Ni solamente él mismo se conservó puro, sin haber tomado nada, sino que hizo se conservaran también puros los que tenla consigo en aquella expedición, que no eran más que cinco esclavos. Uno de éstos, llamado Paccio, compró de entre los cautivos tres mozuelos, y habiéndolo llegado a entender Catón, mandó que lo ahogasen antes que se pusiese delante, y vendiendo los tres mozuelos, hizo poner el precio en el erario.

Permanecía todavía en España cuando Escipión el mayor, que era su rival y quería poner término a sus glorias, se propuso pasar a encargarse de las cosas de España, e hizo que se le nombrara sucesor de Catón. Apresuróse a llegar pronto, para que tuviera cuanto antes fin el mando de éste; el cual, tomando para salir a recibirle a cinco cohortes de infantería y quinientos caballos, derrotó a los Lacetanos, y entregado de seiscientos tránsfugas que había entre ellos, los pasó a cuchillo. Llevólo Escipión a mal, y contestó Catón con ironía que así era como Roma sería mayor, si los hombres grandes e ilustres no daban lugar a que los oscuros entraran a la parte con ellos en lo sumo de la virtud, y si los plebeyos, como él, se empeñaban en competir en virtud con los que les aventajaban en gloria y en linaje. Con todo, habiendo decretado el Senado que nada se mudara o alterara de lo dispuesto por Catón, se le pasó en blanco a Escipión su mando en la inacción y el ocio, más bien con mengua de su gloria que de la de aquel. Después de haber triunfado, no hizo lo que suelen la mayor parte de los hombres que, no aspirando a la virtud, sino a la gloria, luego que han subido a los supremos honores y que han conseguido los consulados y los triunfos, se proponen pasar el resto de su vida en el placer y el descanso, dando de mano a los negocios públicos; ni como éstos relajó o aflojó en nada su virtud, sino que, al modo de los que empiezan a tomar parte en el gobierno, sedientos de honor y de fama, como si de nuevo comenzara estuvo pronto a que los amigos y los ciudadanos se valieran de él, sin excusarse de las defensas de las causas ni de la milicia.

Plutarco, *Marco Catón*, 10-11

Muerte y funerales de Viriato

Viriato envió a sus amigos más fieles, Audax, Ditalcón y Minuro, a Cepión para negociar los acuerdos de paz. Éstos, sobornados por Cepión con grandes regalos y muchas promesas, le dieron su palabra de matar a Viriato. Y lo llevaron a cabo de la manera siguiente. Viriato, debido a sus trabajos y preocupaciones, dormía muy poco y las más de las veces descansaba armado para estar dispuesto a todo de inmediato, en caso de ser despertado. Por este motivo, le estaba permitido a sus amigos visitarle durante la noche. Gracias a esta costumbre, también en esta ocasión los socios de Audax aguardándole, penetraron en su tienda en el primer sueño, so pretexto de un asunto urgente, y lo hirieron

de muerte en el cuello que era el único lugar no protegido por la armadura. Sin que nadie se percatara de lo ocurrido a causa de lo certero del golpe, escaparon al lado de Cepión y reclamaron la recompensa. Éste en ese mismo momento les permitió disfrutar sin miedo de lo que poseían, pero en lo tocante a sus demandas los envi6 a Roma. Los servidores de Viriato y el resto del ejército, al hacerse de día, creyendo que estaba descansando, se extrañaron a causa de su descanso desacostumbradamente largo y, finalmente, algunos descubrieron que estaba muerto con sus armas. Al punto los lamentos y el pesar se extendieron por todo el campamento, llenos todos de dolor por el y temerosos por su seguridad personal al considerar en que clase de riesgos estaban inmersos y de qué general habían sido privados. Y lo que mas les afligía era el hecho de no haber encontrado a los autores.

Tras haber engalanado espléndidamente el cadáver de Viriato, lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor. La infantería y la caballería corriendo a su alrededor por escuadrones con todo su armamento prorrumpía en alabanzas al modo bárbaro y todos permanecieron en torno al fuego hasta que se extinguió. Una vez concluido el funeral, celebraron combates individuales junto a su tumba. Tan grande fue la nostalgia que de el dejó tras si Viriato, un hombre que aun siendo bárbaro, estuvo provisto de las cualidades mas elevadas de un general; era el primero de todos en arrostrar el peligro y el mas justo a la hora de repartir el botín. Pues jamás aceptó tomar la porción mayor aunque se lo pidieran en todas las ocasiones, e incluso aquello que tomaba lo repartía entre los más valientes. Gracias a ello tuvo un ejercito con gente de diversa procedencia sin conocer en los ocho años de esta guerra ninguna sedición, obediente siempre y absolutamente dispuesto a arrostrar los peligros, tarea esta dificilísima y jamás conseguida fácilmente por ningún general.

APIANO. *Iberia*, 74-75

Situación de Roma en época de Tiberio Graco

En lo que para mí no cabe duda es en que Tiberio no se habría visto en las adversidades que le sobrevinieron, si a sus operaciones de gobierno hubiera estado presente Escipión el Africano; pero ahora, cuando este se hallaba ya en España, ocupado en la gue¬rra de Numancia, fue cuando se dedicó a promover el establecimiento de nuevas le¬yes con la ocasión siguiente.

Los romanos, de todas las tierras que por la guerra ocuparon a los enemigos comarcanos, vendieron una parte, y declarando pública la otra, la arrendaron a los ciudadanos pobres y menesterosos por una moderada pensión, que debían pagar al Erario. Empezaron los ricos a subir las pensiones; y como fuesen dejando sin tie¬rras a los pobres, se promulgó una ley que no permitía cultivar más de quinientas yugadas de tierra. Por algún tiempo contuvo esta ley la codicia, y sirvió de amparo a los pobres para permanecer en sus arrendamientos y mantenerse en la suerte que cada uno tuvo desde el principio; pero más adelante los vecinos ricos

empezaron a hacer que bajo nombres supuestos se les traspasaran los arriendos, y aun después lo ejecutaron abiertamente por sí mismos; con lo que, desposeídos los pobres, ni se prestaban de buena voluntad a servir en los ejércitos, ni cuidaban de la crianza de los hijos, y se estaba en riesgo de que- toda Italia se quedara desierta de población libre y se llenara de calabozos de esclavos, como los de los bárbaros, porque con ellos labraban las tierras los ricos, excluidos los ciudadanos. Intentó poner en esto algún remedio Cayo Lelio, el amigo de Escipión, pero encontró grande oposición en los poderosos; y porque, temiendo una sedición, desistió de su empresa, mereció el sobrenombre de sabio o prudente, que es lo que significa a un tiempo la voz sapiens. Mas nombrado Tiberio tribuno de la plebe, al punto tomó por su cuenta este negocio, incitado, según dicen los más, por el orador Diófanes y el filósofo Blosio. Era Diófanes un desterrado de Mitilene, y Blosio de allí mismo, natural de Cumas, en Italia ; al cual, habiendo sido en Roma discípulo de Antípatro Tarsense, dedicó a este sus tratados de filosofía. Algunos dan también algo de culpa a su madre Cornelia, que les echaba en cara muchas veces el que los romanos le decían siempre la suegra de Escipión, y nunca la madre de los Gracos. Mas otros dicen haber sido la causa un Espurio Postumio, de la misma edad de Tiberio y que competía con él en las defensas de las causas : porque como al volver del ejército lo encontrase muy adelantado en gloria y gozando de grande fama, quiso, a lo que parece, sobreponérsele, haciéndose autor de una providencia arriesgada y que ponía a todos en gran expectación; pero su hermano Cayo dijo en un escrito que, al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana, viendo la despoblación del país, y que los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, entonces concibió ya la primera idea de una providencia que fue para ellos el manantial de infinitos males. Tuvo también gran parte el pueblo mismo, acalorando y dando impulso a su ambición con excitarle por medio de carteles, que aparecían fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, a que restituyera a los pobres las tierras del público.

Mas no dictó por sí solo la ley, sino que tomó consejo de los ciudadanos más distinguidos en autoridad y en virtud, entre ellos de Craso el Pontífice máximo, de Mucio Escévola el Jurisconsulto, que era cónsul en aquel año, y de Apio Claudio, su suegro. Parece además que no pudo haberse escrito una ley más benigna y humana contra semejante iniquidad y codicia; pues cuando parecía justo que los culpados pagaran la pena de la desobediencia. y sobre ella sufrieran la de perder las tierras que disfrutaban contra las leyes, solo disponía que, percibiendo el precio de lo mismo que injustamente poseían, dieran entrada a los ciudadanos indigentes. Aunque el remedio era tan suave, el pueblo se daba por contento, y pasaba por lo sucedido como para en adelante no se le agraviara; pero los ricos y acumuladores de posesiones, mirando por codicia con encono a la ley, y por ira y temor a su autor, trataban de seducir al pueblo, haciéndole creer que Tiberio quería introducir el repartimiento de tierras con la mira de mudar el gobierno y de trastornarlo todo. Mas nada consiguieron ; porque Tiberio, empleando su elocuencia en una causa la más honesta y justa, siendo así que era capaz de exornar otras menos recomendables, se mostró terrible e invicto cuando, rodeando el pueblo la tribuna, puesto en pie, dijo, hablando de los pobres: «Las fieras que discurren por los bosques de Italia

tienen cada una sus guaridas y sus cuevas; los que pelean y mueren por Italia solo participan del aire y de la luz, y de ninguna otra cosa más, sino que, sin techo y sin casas, andan errantes con sus hijos y sus mujeres; no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra los enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque de un gran número de romanos ninguno tiene, ara, patria ni sepulcro de sus mayores; sino que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando se dice que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio».

Estas expresiones, nacidas de un ánimo elevado y de un sentimiento verdadero, corrieron por el pueblo, y lo entusiasmaron y movieron de manera que no se atrevió a chistar ninguno de los contrarios. Dejándose, pues, de contradecir, acudieron a Marco Octavio, uno de los tribunos de la plebe, joven grave y modesto en sus costumbres, y amigo íntimo de Tiberio; «así es que al principio, por respeto a él, había cedido; pero, por fin, siendo rogado e instado de muchos y de los más principales, como por fuerza se opuso a Tiberio y desechó la ley. Entre los tribunos prevalece el que se opone, porque nada hacen todos los demás con que uno solo repugne. Irritado con esto Tiberio, retiró aquella ley tan humana, y propuso otra más acepta a la muchedumbre y más dura contra los transgresores, mandándoles ya dejar las tierras que poseían contra las anteriores leyes. Eran, por tanto, continuas las contiendas que tenía con Octavio en la tribuna; en las que, sin embargo de que se contradecían con el mayor ardor y empeño, se refiere no haber dicho uno contra otro expresión ninguna ofensiva ni haber prorrumpido en el calor de la ira en ninguna palabra que pudiera parecer menos decorosa; y es que, según parece, no solo en los banquetes, sino también en las contiendas y en las rencillas, el estar dotados de buena índole y haber sido educados con esmero sirve siempre de freno y ornamento a la razón. Y aun habiendo advertido que Octavio era uno de los transgresores de la ley, por estar en posesión de muchas tierras del público, le rogaba Tiberio que desistiera del empeño, prometiendo pagarle el precio de ellas de su propio caudal, a pesar de que no era de los más floridos. No habiendo Octavio escuchado la proposición, mandó por un edicto que cesaran todas las demás magistraturas en sus funciones hasta que se votara la ley», y puso sellos en el templo de Saturno para que los cuestores ni introdujeran ni extrajeran nada, publicando penas contra los pretores que contraviniesen; de manera que todos concibieron miedo, y dieron de mano a sus respectivos negocios. Desde aquel punto los poseedores de tierras mudaron de vestiduras, y en actitud abatida y miserable se presentaron en la plaza; pero ocultamente armaban asechanzas a Tiberio, y aun habían llegado a tener pagados asesinos; tanto, que él, a ciencia de todos, llevaba siempre en la cinta un puñal de los usados por los piratas, al que llaman dolón.

PLUTARCO, *Tiberio Graco*, 7-10

Disturbios en Roma y muerte de Cayo Graco

Fulvio, luego que estuvieron todos juntos, persuadido por Cayo. envió a la plaza al más joven de sus hijos con un caduceo. Era este mancebo de gracioso y bello aspecto, y entonces, presentándose con modestia y rubor, los ojos baña-

dos en lágrimas, hizo proposiciones de paz al cónsul y al Senado. Los más de los que allí se hallaban oyeron con gusto hablar de conciertos; pero Opimio respondió que no pensaran mover al Senado por medio de mensajeros, sino que como ciudadanos sujetos a haber de dar descargos, bajaran ellos mismos a ser juzgados, entregando sus personas e implorando clemencia, y dio orden al joven de que bajo esta condición volviese, y no de otra manera. Por lo que hace a Cayo, quería, según dicen, ir a hablar al Senado, pero no conviniendo en ello ninguno de los demás, volvió Fulvio a enviar a su hijo con las mismas proposiciones que antes; mas Opimio, apresurándose a venir a las pianos, hizo al punto prender al mancebo, y poniéndolo en prisión, marchó contra Fulvio y los suyos con mucha infantería y ballesteros de Creta, los cuales, tirando contra ellos e hiriendo a muchos, los desordenaron. En este desorden Fulvio se refugió en un baño desierto y abandonado; pero hallado al cabo de poco, fue muerto con su hijo mayor. A Cayo nadie le vio tomar parte en la pelea, pues no sufriéndole el corazón ver lo que pasaba, se retiró al templo de Diana, donde, queriendo quitarse la vida, se lo estorbaron dos de sus más, fieles amigos. Pomponio y Licinio, quienes, hallándose presentes. le arrebataron de la mano el puñal y le exhortaron a que huyese.) cese que, puesto allí de rodillas y tendiendo las manos, la diosa, le hizo la súplica de que nunca el pueblo romano por aquella ingratitud y traición dejara de ser esclavo. Porque se vio que la muchedumbre le abandonó, a causa de habérseles ofrecido por un pregón la impunidad.

Entregóse Cayo a la fuga: y yendo en pos de él sus enemigos, le iban ya a los alcances junto al puente Sublicio. Entonces dos de sus amigos le excitaron a que apresurase el paso, y ellos, en tanto, hicieron frente a los que le perseguían, y pelearon delante del puente, sin dejar pasar a ninguno, hasta que perecieron. Acompañaba a Cayo en su fuga un esclavo llamado Filócrates, y aunque todos, como en una contienda, lo animaban, ninguno se movió en su socorro, ni quiso llevarle un caballo, que era lo que pedía, porque tenía ya muy cerca a los que iban contra él. Con todo, se les adelantó un poco, y pudo refugiarse en el bosque sangrado de las Furias, y allí dio fin a su vida, quitándosela Filócrates, que después se mató a sí mismo. Según dicen algunos, aun los alcanzaron los enemigos con vida; pero el esclavo se abrazó con su señor, y ninguno pudo ofenderle hasta que acabó, traspasado de muchas heridas. Refiérese también que no fue Septimuleyo, amigo de Opimio, el que le cortó a Cayo la cabeza, sino que. habiéndosela cortado otro, se la arrebató al que quiera que fue, y la llevó para presentarla, porque al principio del combate se haba echado un pregón ofreciendo a los que trajesen las cabezas, de Cayó y Fulvio lo que pesasen en oro. Fue, pues. presentada a Opimio por Septimuleyo la de Cayo, clavada en una pica. y traído un peso, se halló que pesaba diecisiete libras y dos tercios: habiendo sido hasta en esto Septimuleyo hombre abominable y malvado. porque habiéndole sa cado el cerebro. rellenó el hueco de plomo. Los que presentaron la cabeza de Fulvio. que eran de una clase oscura, no percibieron nada. Los cuerpos ele estos y de todos los demás muertos en aquella refriega, que llegaron a tres mil, fueron echados al río. y se vendieron sus haciendas para el Erario. Prohibieron a las mujeres que hicie-

sen duelos, y a Licinia, la de Cayo, hasta le privaron de su dote: pero aún fue más duro y cruel lo que hicieron con el hijo menor de Fulvlo, que no movió sus manos ni se halló entre los que combatieron, sino que habiendo venido antes de la pelea sobre la fe de la tregua, y echándole mano. después le quitaron la vida. Sin embargo, aún más que esto y que todo ofendió a la muchedumbre el templo que en seguida erigió Opimio a la Concordia: porque parecía que se vanagloriaba se ensoberbecía, y aun con cierta manera triunfaba por tanta muertes de ciudadanos: así es que por la noche escribieron algunos deb:i:o slc la inseripeión del templó estos versos:

La obre del furor desenfrenado
Es la que labra a la concordia templo

Este fue el primero que usó en el consulado de la autoridad de dictador, y que condenó sin precedente juicio, con tres mil ciudadanos más, a Cayo Graco y a Fulvio Flaco; de los cuales este era varón consular, y había obtenido el honor del triunfo, y aquel se aventajaba en virtud y en gloria a todos los de su edad. Opimio, además, no se abstuvo de latrocinios, sino que, enviado de embajador a Yugurta, rey de los númidas, se dejó sobornar con dinero. Condenado por el ignominioso delito de corrupción, envejeció en la infamia, aborrecido y despreciado del pueblo, que al momento de estos sucesos cayó por lo pronto en el abatimiento y la degradación; mas no tardó en manifestar cuánto echaba de menos y deseaba a los Gracos. Porque levantándoles estatuas, las colocaron en un paraje público, y consagrando los lugares en que fallecieron, les ofrecían las primicias de los frutos que llevaba cada estación, y muchos les adoraban y les hacían sacrificios cada día, concurriendo a aquellos sitios como a los templos de los dioses.

Dícese de Cornelia haber manifestado en muchas cosas que llevaba con entereza y magnanimidad sus infortunios; y que acerca de la consagración de los lugares en que perecieron sus hijos, solía expresar que los muertos habían tenido dignos sepulcros. Su vida la pasó después en los campos llamados Misenos, sin alterar en nada el tenor acostumbrado de ella. Gustaba, en efecto, del trato de gentes, y por su inclinación a la hospitalidad, tenía buena mesa, frecuentando siempre su casa griegos y literatos y recibiendo dones de ella todos los reyes, y enviándoselos recíprocamente. Escuchábasela con gusto cuando a los concurrentes les explicaba la conducta y tenor de vida de su padre Escipión Africano, y se hacía admirar cuando sin llanto y sin lágrimas hablaba de sus hijos, y refería sus desventuras y sus hazañas, como si tratara de personas de otros tiempos, a los que le preguntaban. Por lo cual algunos creyeron que había perdido el juicio por la vejez o por la grandeza de sus males, y héchose insensata con tantas desgracias; siendo ellos los verdaderamente insensatos, por no advertir cuánto conduce para no dejarse vencer del dolor, sobre el buen carácter, el haber nacido y educándose convenientemente, y que si la fortuna mientras dura hace muchas veces degenerar la virtud, en la caída no le quita el llevar los males con una resignación digna de elogio.

PLUTARCO, *Cayo Graco*, 16-19

Sobre el abastecimiento de los campamento militares

Después de haber tratado de las marchas conviene tratar de los campamentos, en que se ha de permanecer. En tiempo de guerra no se encuentra siempre una plaza donde el ejército pueda detenerse o permanecer; y hay peligro en acamparlo donde no esté fortificado, porque entonces sería fácil al enemigo sorprenderos cuando vuestras tropas estuvieran comiendo o divididas en los trabajos, mayormente si supiere aprovecharse de la oscuridad de la noche, del tiempo en que las tropas están durmiendo o los caballos pastando. En la elección del campo no os basta buscar un paraje bueno: debéis siempre elegir el mejor, porque si lo ocupa el enemigo puede incomodaros mucho. Debe ser tal que en el verano no esté cerca de aguas corrompidas ni lejos de las buenas, que en el invierno no os falte forraje ni leña, que si tuviereis que permanecer en él no esté expuesto a inundarse, que sus inmediaciones no sean tan escabrosas que si el enemigo le sitiare os sea dificultosa la salida, y últimamente, que no esté dominado. Después de todas estas prevenciones formaréis el campamento según la naturaleza del sitio, en cuadro, en óvalo, triángulo o en cuadrilongo, porque el que sea bueno no depende de su figura, aunque son reputados por mejores aquellos que son una tercera parte más largos que anchos, y así deben los ingenieros medir el terreno, ajustándose al número de tropas que hay en el ejército, porque si no tuviera bastante se estorbarán los soldados unos a otros, y si sobrare, estarán demasiado esparcidos. Los campamentos se pueden fortificar de tres modos distintos. Primeramente, cuando el ejército, que está en marcha, no se ha de detener más de una noche en el campo, bastará fortificarlo con un ligero atrincheramiento de céspedes sobre el cual se planta una estacada. Los céspedes son muy a propósito, porque las raíces abrazan la tierra, y cada uno debe tener la figura de un ladrillo de medio pie de grueso, un pie de ancho, y pie y medio de largo, por lo que se cortan con un instrumento de hierro. Si la tierra fuere tan suelta que no se pudieren cortar céspedes en forma de ladrillos entonces haréis prontamente un foso de cinco pies de ancho y tres de profundidad, echando la tierra, que de él se saca, por la parte interior, de modo que el ejército pueda descansar sin recelo. Los campamentos, donde se ha de permanecer en invierno o en verano cuando el enemigo está cerca, se han de fortificar con mayor cuidado y trabajo. Se señala y se mide por pasos el terreno que corresponde fortificar a cada centuria, y poniendo los soldados alrededor de las banderas sus escudos y mochilas sin quitarse la espada abren un foso de nueve o 13 pies, porque en ello siempre se sigue el número impar, y alguna vez de 17 o de 19, cuando hay motivo para recelar que el enemigo intente algún ataque con muchas tropas; y después, por medio de estacas o ramazón, que contengan la tierra, se forma el parapeto en el cual se dejan troneras y se hacen algunas fortificaciones, como si fuera una muralla. Concluido el trabajo miden los centuriones el foso para ver si todos lo han hecho con cuidado. Los tribunos visitan también los trabajos, y los que se arreglan al perfecto cumplimiento de su cargo no se retiran hasta que la obra esté del todo perfeccionada. Para la defensa de los trabajadores se forma alrededor del campo, por la parte de afuera, toda la caballería y la parte de la infantería que está exenta de estas fatigas para rechazar al enemigo si los quisiere estorvar. Cerrado ya el campo se colocan en sus puestos las banderas, que son las cosas

de ma¬yor respeto para los soldados. Después arman la tienda del general, las de sus compañeros y las de los tribunos, a quienes soldados destinados para esto les llevan agua, leña y forraje; y últimamente se señalan por grados a las legiones, a los auxiliares, a la caballería y a la infantería los parajes donde han de poner las tiendas. En cada centuria hay cuatro soldados de caballería y otros tantos de infantería, que están de guardia por la noche; y porque era imposible que todos éstos velasen en sus puestos toda la noche se repartió de tal manera el servicio por medio de la clepsidra, o reloj de agua, que sólo estaban de centinela tres horas; cuando ponían los centinelas 11, tocaban la trompeta, y cuando era hora de mudarlas tocaban el cuerno. Los tribunos encargaban las rondas a soldados de toda confianza que les daban noticia de los descuidos de los centinelas; y los llamaban circuitores, y hoy en día circitores, desde que se ha creado un grado para los que hacen aquel servicio. La caballería hace la ronda de noche alrededor del campo por la parte de afuera, y de día se reparte el servicio entre sus soldados, de modo que los unos hacen la guardia por la mañana; los otros, al mediodía, y los otros, por la tarde, para no fatigar demasiado a los hombres ni a los caballos. El mayor cuidado de un general, ya sea que esté acampado o en una plaza, debe ser el asegurar contra las empresas del enemigo los pastos, los convoyes, el forraje y los que van por agua y leña; esto lo consigue poniendo tropas en las ciudades o plazas por donde los comboyes deben pasar, y si en el camino que deben llevar no se halla alguna plaza será menester construir prontamente algunos fuertes en los parajes convenientes, llamados castillos, diminutivo de la voz castra, que significa campo. En estos castillos se pone infantería y caballería que aseguren los convoyes, porque el enemigo no se atreve a atacarlos viendo que están defendidos por el frente y por la espalda.

FLAVIO VEGENCIO RENATO, *Epitoma rei Militaris,* III,8

Capítulo V. LA REPÚBLICA ROMANA EN EL SIGLO I A. C., HASTA LA MUERTE DE CÉSAR

Captura de Yugurta por Sila

Designado cuestor de Mario en su primer consulado, se embarca con él hacia Libia para hacer la guerra a Yugurta. Una vez en campaña, se distingue en todo, aprovechando bien la ocasión que se le ofreció para hacerse amigo de Boco, rey de los Númidas. Porque habiendo recogido y tratado amablemente a unos embajadores del rey, que habían escapado de unos bandoleros Númidas, él los había vuelto a enviar, cargados de presente y bajo una escolta segura. Ahora bien, Boco hacía tiempo que odiaba y temía a su suegro Yugurta; y como entonces hubiese sido vencido y se hubiese acogido a él, armándole asechanzas, envió a llamar a Sila, queriendo que la prisión y entrega de Yugurta, se hiciera por medio de este, que no directamente por su mano. Sila hace comunicación de esto a Mario, y tomando unos cuantos soldados, se arrojo a un grave peligro, por cuento, confiado en un bárbaro infiel a los suyos, para apoderarse de otro hizo entrega de si mismo. Hecho

Boco dueño de ambos y teniendo la necesidad de traicionar a uno o a otro, medita largamente su resolución, pero por último ratifica su trato original y entrega a Yugurta a Sila. El que triunfó por este hecho fue Mario; pero la gloria del vencimiento, que la envidia contra Mario le atribuía a Sila, tácitamente ofendía sobremanera el ánimo de aquel, porque el mismo Sila, vanaglorioso por carácter, y que entonces por la primera vez, saliendo de la oscuridad y siendo tenido en algo, empezaba a tomar el gusto a los honores, llegó a tal punto de ambición, que hizo grabar esta hazaña en un anillo, del que usó ya siempre en adelante. En él estaba Boco retratado en actitud de entregar, y Sila en la de recibir, a Yugurta.

PLUTARCO, *Sulla* III, 1-7

Muerte de de Apuleyo y sus seguidores

De este modo, precisamente, Metelo, hombre de máximo prestigio, marchó al destierro, y Apuleyo, después de este suceso, fue elegido tribuno por tercera vez. Tenía como colega a uno que era tenido por esclavo fugitivo, pero que reclamaba como padre a Graco el viejo, y la plebe lo apoyó en la votación por su añoranza de Graco. Sin embargo, cuando llegó la elección de los cónsules, Marco Antonio fue elegido sin discusión para una de las plazas, en tanto que por la otra contendían el conocido Glaucia y Memmio. Como éste era con mucho un hombre bastante más ilustre, Glaucia y Apuleyo, temerosos, enviaron contra él a algunos rufianes provistos de estacas en el acto mismo de la elección, los cuales golpearon a Memmio hasta darle muerte públicamente a la vista de todos.

La asamblea se disolvió presa del miedo, pues no existían ya ni leyes, ni tribunales, ni el menor sentido del pudor. El pueblo, al día siguiente, corrió a reunirse, lleno de cólera, con la intención de matar a Apuleyo. Pero éste, tras reunir a una masa de gente procedente del campo, se apoderó del Capitolio junto con Glaucia y el cuestor Gayo Saufeyo. El senado decretó la muerte de ambos y Mario, a pesar suyo, armó, no obstante, a algunos hombres con cierta vacilación. Mientras él se demoraba, otros cortaron el suministro de agua al templo, y Saufeyo, a punto de morir de sed, propuso incendiarlo, pero Glaucia y Apuleyo, en la creencia de que Mario los socorrería, se entregaron los primeros y, tras de ellos, lo hizo Saufeyo. Mario, cuando todos le exigían de inmediato que les diera muerte, los encerró en el edificio del senado con la idea de tratar con ellos de una forma más legal. Los demás, sin embargo, juzgando que se trataba de un pretexto, levantaron las tejas del techo del edificio del senado y asaetearon a los secuaces de Apuleyo hasta que los mataron incluyendo a un cuestor, a un tribuno de la plebe y a un pretor, que conservaban todavía los atributos de su cargo.

APIANO, *Guerras Civiles*, 32

Batalla de Queronea

Cuando habían tomado posiciones opuestas unos a otros, Arquelao sacó a su ejército en orden de combate, incitando en todo momento a la lucha, pero Sila

tardeaba inspeccionando la naturaleza del lugar y el número de los enemigos. Sin embargo, al retirarse Arquetao hacia Calcis, lo siguió muy de cerca buscando la oportunidad y el lugar. Y, tan pronto como vio que él acampaba cerca de Queronea en un lugar rocoso en el que no había posibilidad de escapatoria para los vencidos, tomó posesión, al punto, de una ancha llanura cercana y llevó sus tropas a ella con la idea de forzar a Arquelao a luchar, aun en contra de su voluntad. Allí la inclinación de la llanura les resultaba favorable para la persecución y la retirada, en tanto que Arquelao estaba rodeado de escarpaduras que imposibilitaban, de todo punto, la entrada en acción conjunta de todo el ejército, porque no podía reunirlo, a causa de la desigualdad del terreno, y la huida era imposible, a causa de las escarpas, en el caso de que fuera puesto en fuga. Así pues, Sila, confiando, gracias a estos cálculos, en la mala posición del enemigo, avanzó convencido de que de nada serviría a Arquelao la superioridad numérica de sus fuerzas. Pero este último no estaba resuelto en aquella ocasión a trabar combate con él y, por esta razón, tampoco se había tomado mucho cuidado en elegir el sitio para acampar, así que, cuando Sila estaba ya atacándolo, se dio cuenta demasiado tarde de su mala posición y envió un destacamento de caballería para impedírselo. Una vez que aquéllos fueron puestos en fuga y arrojados a los precipicios, envió de nuevo sesenta carros por si podía hender y despedazar la falange enemiga con el ímpetu de éstos. Sin embargo, los romanos abrieron filas y los carros, arrastrados hacia la última línea de combate por su propio movimiento y teniendo dificultad en dar la vuelta, fueron destruidos por los de retaguardia que los rodearon y descargaron sus dardos contra ellos.

Arquelao, aunque hubiera podido, incluso en su situación, defenderse con firmeza desde su campamento fortificado, puesto que tal vez las rocas hubieran coadyuvado a este menester, sacó fuera con precipitación y desplegó con ahínco en orden de batalla a un gran número de tropas que no se habían hecho a la idea de luchar en este lugar, y se encontró, sobre todo, en un paraje muy estrecho a causa de que Sila estaba ya próximo. Cargando en primer lugar con la caballería a galope tendido, escindió en dos a la formación romana y rodeó a ambas partes con facilidad a causa de su escaso número. Pero éstos se defendieron con denuedo haciendo frente al enemigo en todas partes; los que más tuvieron que esforzarse fueron las tropas de Galba y Hortensio, contra las que dirigía personalmente el combate Arquelao, pues los bárbaros, en presencia de su general, se esforzaban en mostrar su valor. Finalmente, Sila se dirigió hacia ellos con muchos jinetes, y Arquelao, conjeturando que era Sila el que atacaba, pues vio las insignias del general y una gran nube de polvo, empezó a levantar el cerco y a replegarse a su línea de combate. Pero Sila, con la flor y nata de su caballería, a la que incorporó en el camino dos nuevas cohortes que habían quedado colocadas en reserva, atacó a los enemigos, cuando no habían terminado de ejecutar su maniobra ni de reintegrarse sólidamente a la línea frontal, y, tras sembrar la confusión entre ellos, rompió su formación y los persiguió cuando se daban a la fuga. Mientras que la victoria comenzaba por esta parte, tampoco permaneció inactivo Murena, que estaba colocado en el ala izquierda, sino que censurando a sus soldados por su pereza, cargó con valentía sobre el enemigo y lo puso en fuga.

Una vez que las alas del ejército de Arquelao estuvieron en fuga, el centro no mantuvo ya por más tiempo su posición, sino que huyeron todos en masa. Y, entonces precisamente, le sucedió a los enemigos todo cuanto había previsto Sila; pues, al no tener un espacio amplio para maniobrar ni campo abierto para la huida, fueron rechazados por sus perseguidores hacia los precipicios. Algunos de ellos cayeron en manos del enemigo al intentar escapar y otros, con una decisión más prudente, huyeron hacia el campamento. Pero Arquelao se situó ante ellos, cerró las puertas del campamento y les ordenó que se dieran la vuelta e hicieran frente a los enemigos, revelando con ello en esta ocasión la más grande inexperiencia en los avatares de la guerra. Ellos se revolvieron con ardor, pero, como no estaban presentes ya ni sus generales ni sus oficiales, ni reconocían cada uno sus propias enseñas al estar diseminadas a causa de la fuga desordenada, ni tenían espacio para huir o luchar, pues ahora, sobre todo, se encontraban más constreñidos a causa de la persecución, eran muertos sin ofrecer resistencia; unos, por los enemigos sin tiempo para devolver los golpes y, otros, por ellos mismos dada la confusión reinante por causa del número y de la estrechez del lugar. De nuevo huyeron hacia las puertas del campamento y se apelotonaron en torno a ellas, haciendo objeto de sus reproches a los que les cerraban el paso, Les recordaban, a manera de censura, a los dioses patrios y los demás lazos de familiaridad que existían entre ellos, diciéndoles que perecían no tanto a manos de los enemigos, como por culpa de la indiferencia de sus amigos. Finalmente, Arquelao, a duras penas y más tarde de lo necesario, abrió las puertas y los acogió en el interior cuando corrían en pleno desorden. Los romanos, al ver esto y tras darse ánimos unos a otros, en esta ocasión sobre todo, se precipitaron a la carrera con los fugitivos en el interior del campamento y completaron hasta el final su victoria.

Apiano, *Sobre Mitridates*, 42-44

Primera marcha de Sila sobre Roma

57. Cuando Sila se enteró, decidió que el asunto debía resolverse por medio de la guerra y convocó al ejército a una asamblea. Este último se hallaba deseoso de la guerra contra Mitrídates por estimarla lucrativa, y pensaba que Mario enrolaría para ella a otros soldados en vez de a ellos. Sila denunció el ultraje que Sulpicio y Mario le habían hecho, sin aludir abiertamente a ninguna otra cosa –pues no se atrevía aún a hablar de una guerra tal–, y les animó a que estuvieran dispuestos a cumplir lo que se les ordenase. Pero los soldados, comprendiendo cuáles eran sus proyectos y temiendo ser excluidos de la expedición, desvelaron el deseo de Sila y le incitaron a que tuviera el coraje de llevarlos contra Roma. Sila se llenó de alegría y se puso en marcha de inmediato al frente de seis legiones; mas la totalidad de la oficialidad de su ejército, a excepción de un cuestor, le abandonó y huyó hacia Roma porque no soportó conducir el ejército contra su patria. Unos mensajeros que se encontraron con él en el camino le preguntaron por qué marchaba en armas contra su patria, y él les respondió que para librarla de los tiranos.

Después de haber dado la misma respuesta, por segunda y tercera vez, a otros emisarios que vinieron sucesivamente a su encuentro, les anunció, sin embargo, que el senado, Mario y Sulpicio se reunieran con él, si querían, en el campo de Marte y que haría aquello que se acordara en la consulta. Cuando Sila estaba cerca, le salió al encuentro su colega Pompeyo que le cubrió de elogios y se alegró por la decisión tomada, dispuesto a cooperar con él en todo. Mario y Sulpicio, necesitados de un pequeño intervalo de tiempo para su preparación, le enviaron otros emisarios fingiendo que también éstos habían sido enviados por el senado, con la petición de que no acampara a menos de cuarenta estadios de Roma hasta que examinaran la situación presente. Sila y Pompeyo, sin embargo, comprendiendo con claridad el deseo de aquéllos prometieron que así lo harían, pero siguieron al punto a los emisarios cuando éstos emprendieron el regreso.

58. Sila, con una legión de soldados, se apoderó de la puerta Esquilina y de la muralla adyacente, y Pompeyo ocupó la puerta Colina, con otra legión. Una tercera avanzó hacia el puente de madera y una cuarta permaneció como reserva delante de las murallas. Sila avanzó con el resto de las tropas hacia el interior de la ciudad, con el aspecto y actitud de un enemigo; por este motivo los habitantes de los alrededores intentaron rechazarle disparándole desde los tejados de las casas, hasta que él les amenazó con incendiarlas. Entonces desistieron ellos, pero Mario y Sulpicio le salieron al encuentro cerca del foro Esquilino con cuantas tropas tuvieron tiempo de armar. Y por primera vez en Roma, tuvo lugar un combate entre enemigos, no bajo el aspecto de una sedición sino al son de las trompas y con enseñas, según la costumbre de la guerra. A tal extremo de peligro arrojó a los romanos la falta de solución de sus luchas intestinas. Puestos en fuga los soldados de Sila, este último arrebató un estandarte y arrostró el peligro en primera línea para hacerles cambiar de actitud por vergüenza hacia su general y por temor a la deshonra de perder la enseña, si la abandonaban. Sila hizo venir desde el campamento a las tropas de refresco y envió a otras dando un rodeo por la vía llamada Suburra, de manera que se dispusieran a atacar al enemigo por la espalda. Los del partido de Mario, como luchaban sin fuerzas con las tropas que les atacaban de refresco y temían verse envueltos por las que estaban rodeándolos, llamaron en su ayuda a los otros ciudadanos que todavía luchaban desde las casas, y proclamaron la libertad para los esclavos que participaran en la lucha. Sin embargo, al no acudir nadie, perdieron las esperanzas en todo y huyeron al punto de la ciudad y con ellos cuantos nobles habían cooperado.

59. Entonces, Sila avanzó por la vía llamada Sacra y, de inmediato, castigó, a la vista de todos, a los que habían saqueado lo que encontraban a su paso. Después estableció, a intervalos, puestos de vigilancia por la ciudad, y pasó la noche en compañía de Pompeyo inspeccionando cada uno de ellos, a fin de que no se produjera ningún acto de violencia por parte de la población amedrentada o de los vencedores. Al día siguiente convocaron ambos al pueblo a una asamblea y se lamentaron de que el Estado hubiera sido entregado desde hacía mucho tiempo a los demagogos, al tiempo que afirmaron que ellos habían actuado así por necesidad. Propusieron que no se llevara nada ante el pueblo que no hubiera

sido antes considerado por el senado, una costumbre antigua pero abandonada desde mucho tiempo atrás, y que las votaciones se hicieran no por tribus sino por centurias, como había ordenado el rey Tulio, considerando que con estas dos medidas ninguna ley sería propuesta al pueblo antes que al senado y que las votaciones, al no estar en manos de los pobres y desenfrenados en lugar de en las de los ricos y prudentes, no serían ya más foco de sediciones. Recortaron muchas otras atribuciones del poder de los tribunos de la plebe, que se había convertido en exceso tiránico, e inscribieron en el censo senatorial, que había llegado a ser entonces muy escaso en número y, por ello, objeto fácil de desprecio, a trescientos de los mejores ciudadanos, todos de una vez. Y anularon por ilegales todas aquellas medidas que habían sido puestas en vigor por Sulpicio a raíz del iustitium que habían proclamado los cónsules.

60. De esta forma las sediciones, nacidas de la discordia y rivalidad, vinieron a parar en asesinatos, y de asesinatos, en guerras cabales, y ahora, por primera vez, un ejército de ciudadanos invadió la patria como si fuera tierra enemiga. A partir de entonces, las sediciones no dejaron de ser decididas ya por medio de ejércitos y se produjeron continuas invasiones de Roma y batallas bajo sus muros, y cuantas otras circunstancias acompañan a las guerras; pues para aquellos que utilizaban la violencia no existía ya freno alguno por un sentimiento de respeto hacia las leyes, las instituciones o, al menos, la patria. Se decretó ahora que Sulpicio, que aún era tribuno, junto con Mario, cónsul seis veces, el hijo de Mario, Publio Cetego, Junio Bruto, Cneo y Quinto Granio, Publio Albinovano, Marco Letorio y cuantos otros, hasta un número de doce, habían sido desterrados de Roma, fueran enemigos del pueblo romano por haber provocado una sedición y haber combatido contra los cónsules, y porque habían proclamado la libertad para los esclavos, a fin de incitarlos a la sublevación; y se autorizó a quien los encontrase para que los matara impunemente o los condujera ante los cónsules, y sus propiedades fueron confiscadas. Unos perseguidores, que iban también tras de ellos, cogieron a Sulpicio y lo mataron.

Apiano, *Guerras Civiles*, I, 57-60

Reforma constitucional de Sila

98. Sila, detentando de hecho un poder real o tiránico, no objeto de una elección sino de la fuerza y la violencia, pero necesitando, por otro lado, parecer que había sido elegido, siquiera externamente, alcanzó incluso este objetivo del siguiente modo. Otrora, los reyes romanos eran elegidos por su valor y, cuando alguno de ellos moría, un senador tras otro ejercían el poder real por cinco días, hasta que el pueblo decidía quién debía ser el nuevo rey. Aquel que ejercía el poder durante cinco días era llamado *interrex*, pues era rey en ese tiempo. Los magistrados salientes presidían siempre las elecciones de los cónsules y, si en alguna ocasión no había por casualidad un cónsul, también se elegía entonces un *interrex* para los comicios consulares. Sila, aprovechándose precisamente de esta costumbre, como no había cónsules puesto que Carbo había muerto en Sicilia y

Mario en Preneste, se alejó un poco de la ciudad y ordenó al senado que eligiera un *interrex*. El senado eligió a Valerio Flaco en la esperanza de que iba a presidir la elección de los cónsules. Sin embargo, Sila ordenó a Flaco, por medio de una carta, que hiciera llegar al pueblo su opinión de que Sila estimaba que sería útil para la ciudad, en la situación presente, la magistratura que llamaban dictadura, cuya práctica había ya decaído hacía cuatrocientos años. Y aconsejó, además, que el que eligiesen detentara el cargo no por un tiempo fijado, sino hasta que hubiesen quedado consolidados en su totalidad la ciudad, Italia y el gobierno, zarandeados, a la sazón, por luchas intestinas y por guerras. El espíritu de la propuesta aludía al propio Sila y no cabía lugar a dudas, pues Sila, sin recato hacia su persona, había revelado al final de la carta que le parecía que él sería, en especial, útil a la ciudad en esta coyuntura.

99. Éstas eran las propuestas de la carta de Sila. Y los romanos, contra su voluntad, pero no pudiendo celebrar ya una elección conforme a la ley y al juzgar que el asunto en su conjunto no dependía de ellos, recibieron con alegría, en medio de su total penuria, el simulacro de elección a modo de una imagen externa de libertad, y eligieron a Sila dictador por el tiempo que quería.

Ya antes, el poder de los dictadores era un poder absoluto, pero limitado a un corto espacio de tiempo; en cambio entonces, por primera vez, al llegar a ser ilimitado en su duración devino en auténtica tiranía. Tan sólo añadieron, para dar prestancia al título, que lo elegían dictador para la promulgación de las leyes que estimara convenientes y para la organización del Estado 324. De este modo los romanos, después de haberse gobernado por reyes durante más de sesenta olimpíadas y por una democracia con cónsules elegidos anualmente durante otras cien olimpíadas, ensayaron de nuevo el sistema monárquico. Entonces corría entre tos griegos la ciento setenta y cinco olimpíada, pero ya no se celebraba en Olimpia ninguna competición atlética a excepción de la carrera en el estadio, porque Sila se había llevado a Roma a los atletas y todos los demás espectáculos para celebrar sus triunfos sobre Mitrídates o en las guerras de Italia, aunque el pretexto había sido conceder un respiro y procurar diversión al pueblo de sus fatigas.

100. Sila, no obstante, para mantener la apariencia de loo la constitución patria encargó que fueran designados cónsules, y resultaron elegidos Marco Tulio y Cornelio Dolabella. Y el propio Sila, como si se tratase de un rey, era dictador sobre los cónsules. Se hacía preceder, como dictador, de veinticuatro fasces, número igual al que precedía a los antiguos reyes, y se hacía rodear de una numerosa guardia personal; abolía unas leyes y promulgaba otras; prohibió que se ejerciera la pretura antes de la cuestura y que se fuera cónsul antes que pretor, y también vetó que se desempeñara la misma magistratura antes de haber transcurrido diez años. De igual modo, casi destruyó también el poder de los tribunos de la plebe, debilitándolo en grado máximo al impedir por ley que un tribuno pudiera ejercer ya ninguna otra magistratura. Por lo cual todos aquellos que por razón de fama o linaje competían por esta magistratura la rechazaron en el futuro. Yo no puedo decir con exactitud si Sila, como ocurre ahora, transfirió este cargo del pueblo al senado. Incrementó el número de senadores, que había quedado bastante

menguado a causa de las luchas civiles y las guerras, con trescientos nuevos miembros reclutados entre los caballeros más destacados, concediendo a las tribus el voto sobre cada uno de ellos. A su vez, inscribió en el partido popular a los esclavos más jóvenes y robustos, más de diez mil, de aquellos ciudadanos muertos, después de haberles concedido la libertad y les otorgó el derecho de ciudadanía romana y les dio el nombre de Cornelios por su propio nombre, a fin de tener dispuestos a todo a diez mil personas entre el partido del pueblo. Persiguiendo el mismo objetivo con respecto a Italia distribuyó a las veintitrés legiones que habían servido bajo su mando, según he dicho, una gran cantidad de tierra en numerosas ciudades, de la que una parte era propiedad pública que estaba aún sin repartir y la otra se la había quitado a las ciudades en pago de una multa.

APIANO, *Guerras Civiles*, I, 98-100

Conjuración de Catalina

I. 1. ¿Hasta cuando, Catilina, abusaras de nuestra paciencia? ¿Durante cuánto tiempo aún, tu temeraria conducta logrará esquivarnos? ¿A qué extremos osará empujarnos tu desenfrenada audacia? ¿Ni la guarnición nocturna en el Palatino, ni los vigilantes urbanos, ni el temor del pueblo, ni la oposición unánime de todos los ciudadanos honestos, ni el hecho de que la sesión se lleve a cabo en este edificio, el más seguro para el senado, te han turbado y ni siquiera los rostros o el comportamiento de los presentes? ¿No te das cuenta de que sus maquinaciones han sido descubiertas? ¿No ves que tu complot es conocido por todos y ya ha sido controlado? Lo qué hiciste la noche pasada y la anterior, dónde estuviste, a qué cómplices convocaste, que decisiones tomasteis, ¿crees tú que exista alguno de entre nosotros que no esté informado?

2. ¡Oh tiempos, oh costumbres! El Senado está al corriente de estos proyectos, el cónsul lo sabe: y, sin embargo, él aún está vivo. No sólo vivo, sino que, además, viene hacía aquí, se le permite tomar parte en una decisión de interés común, observa a cada uno de nosotros y, de una ojeada, decide quien ha de morir. En cuanto a nosotros, hombres de coraje, creemos que hacemos bastante por el Estado, si logramos esquivar los puñales de aquellos. Catilina, ya se debería haberte condenado a muerte con anterioridad, por orden del cónsul, sobre ti debería haber caído la misma ruina que desde hace tiempo tramas contra todos nosotros. 3. Si un hombre de grandísimo prestigio, como fue el pontífice máximo Publio Escipión, a pesar de que no desempeñaba cargos públicos, mandó matar a Tiberio Graco, que por otra parte atentaba sólo de modo marginal contra la estabilidad de la República, nosotros cónsules ¿debemos tolerar que Catilina acaricie el proyecto de devastar a sangre y fuego el mundo entero? Recordaré aquí el notorio ejemplo, ahora ya lejano en el tiempo, de Cayo Servilio Ahala, quien mató con su propia mano a Espurio Melio, porque intentaba reformas extremistas. Pero os aseguro que existió, existió también en esta República en un tiempo el coraje, cuando hombres enérgicos infligieron al ciudadano sedicioso un suplicio más cruel que el que se reservaba al peor enemigo. Contra ti, Catilina, poseemos un

decreto del Senado, severo y enérgico: la República no está privada de la sabiduría y de la capacidad de decisión del colegio senatorial; somos nosotros cónsules, lo reconozco delante de todos, somos nosotros los que faltamos a nuestro deber.

II. 4. En un tiempo, el Senado otorgó al cónsul Lucio Optimio plenos poderes con el encargo de que vigilara que la República no sufriera ningún daño; no había transcurrido ni siquiera una noche: por una simple sospecha de conjura se dio muerte a Cayo Graco (a pesar de que su padre era muy famoso, al igual que su abuelo materno y varios antepasados más); incluso el ex cónsul Marco Fulvio fue muerto, junto a su hijo. Un análogo decreto del Senado confió la salvación de la República a los cónsules Cayo Mario y Lucio Valerio. Y bien, ¿la condena a muerte decretada por el Senado, esperó ni siquiera un día para golpear al tribuno de la plebe Lucio Saturnino y al pretor Cayo Servilio? Nosotros, sin embargo, desde hace veinte días toleramos que la decisión de los senadores permanezca sin consecuencias. Efectivamente, tenemos a nuestra disposición un *senatusconsultum*, pero cerrado en un archivo, al igual que una espada en su funda. Basándonos en ese decreto, Catilina, sin duda deberíamos haberte dado muerte. Sin embargo, vives y, estás todavía con vida no para moderarte en tu arrogancia, sino para reafirmarte en ella. Deseo ser clemente, senadores; pero en un momento de tanta gravedad para la integridad la República, también deseo no parecer indolente: yo mismo me acuso de indolencia y de debilidad.

5. En Italia, en la desembocadura de los valles etruscos, hay un ejército desplegado contra el pueblo romano; el número de enemigos crece de día en día. Su comandante, el jefe de ese ejército, lo podéis ver en la ciudad, es más, en el Senado, urdiendo día tras día su trama contra la República. Si ahora diese la orden de capturarte, Catilina, o de matarte, estoy convencido de que todos los ciudadanos honestos dirían que he tardado demasiado, y no que he obrado con excesiva crueldad. Pero yo, por una razón bien precisa, me inclino a creer es que bueno no hacer todavía aquello que ya debería haberse hecho con anterioridad. Morirás sólo cuando no exista un hombre tan corrupto, tan perdido, tan semejante a ti, que no reconozca abiertamente que yo he obrado de acuerdo con la ley. 6. Mientras que exista alguien que se atreva a defenderte, vivirás, pero vivirás tal y como estás viviendo ahora, custodiado por mi abundante y poderosa guardia, de tal modo que no puedas tramar nada en contra de la República. Muchos ojos te observan, muchos oídos te escuchan, todo ello sin que tu te des cuenta, como han hecho hasta el momento.

III. Entonces, Catilina, ¿qué motivo hay para esperar todavía, si ni siquiera la noche logra esconder con sus tinieblas tus impías reuniones, ni siquiera las paredes de una casa privada pueden contener las voces de la conjura, si todo está claro, si todo sale a la luz? Escúchame, abandona tus intenciones, olvida masacres e incendios. Estás rodeado, todos tus planes son para nosotros más claros que la luz; si quieres podemos repasarlos juntos. 7. ¿No recuerdas que doce días antes de las *calendas* de noviembre, declaré en el senado que un día determinado, que sería seis días antes de las *calendas* de noviembre, Cayo Manlio, tu cómplice y colaborador en esta locura, debía dar comienzo a la revuelta armada?

¿Quizá se me ha escapado, Catilina, lo monstruoso de tu tentativa, tan cruel e increíble y, lo que es peor, todavía más impresionante, la fecha? Una vez más fui yo quien denunció en el Senado que pretendías masacrar a los aristócratas, cinco días antes de las *calendas* de noviembre, día en el que muchos notables de la ciudad dejaron Roma, no tanto para ponerse a salvo, como para desbaratar sus planes. ¿Puedes acaso negar que aquel mismo día, rodeado por mi guardia y mi atenta vigilancia, no has podido llevar a cabo tus planes contra el Estado y, dado que todos los demás habían escapado, ibas diciendo que te contentabas con eliminarme a mí, que no me había alejado? 8. ¿Qué pretendes aún? Cuando estabas convencido de que serías capaz de ocupar Praeneste por la noche, con un audaz golpe de mano el mismo día de las *calendas* de noviembre, ¿no te has dado cuenta de que, por orden mía, aquella colonia estaba custodiada por mis soldados, mi guardia y mis centinelas? No se puede hacer nada, ni tramar nada, ni pensar nada, sin que llegue a mis oídos, escape a mi control o ignore su desarrollo.

IV. Pasa conmigo, por tanto, la penúltima noche, te darás cuenta de que yo vigilo por la seguridad de la República mucho más atentamente de lo que tu te afanas por su daño. La penúltima noche te has acercado a la calle de los fabricantes de hoces, hablemos claro, a casa de Marco Leca. Allí se habían reunido numerosos cómplices de tu loco y desmedido plan ¿Te atreves a negarlo? ¿Porqué te callas? Si lo niegas, aportaré las pruebas de tu culpabilidad, veo que en el Senado están presentes algunos de los que estaban contigo. 9. ¡Oh dioses inmortales! ¿Entre qué gente estamos? ¿En qué ciudad vivimos? ¿Qué República tenemos? Justamente aquí, entre nosotros, entre nosotros ¡oh senadores! En esta asamblea, la más sagrada y notable de la tierra, están sentados quienes han tramado la muerte de todos nosotros, la destrucción de esta ciudad e incluso la del Imperio. A mí, cónsul, corresponde soportar su presencia y debo pedirles su parecer a cerca de la salvación de la República, sin ni siquiera lograr herir con la voz a aquellos que habría sido necesario pasar por las armas. Por tanto Catilina, aquella noche fuiste a a reunirte con Leca, distribuiste las misiones entre los conjurados de las diferentes zonas de Italia y decidiste donde te parecía oportuno que cada uno fuese. Resolviste incluso quien debía permanecer en Roma y quién debía ir contigo. Designaste qué barrios de la ciudad debían ser incendiados, confirmaste que tu partida estaba ya próxima, pero que debías esperar algo más por el hecho de que yo estaba todavía vivo. Se encontraron dos *equites* romanos dispuestos a liberarte también de esta preocupación; ellos se empeñaron a matarme en mi cama aquella misma noche, poco antes del alba. 10. De todas estas cosas me he enterado apenas había concluido vuestra reunión. Reforcé la vigilancia entorno a mi casa, prohibí la entrada a los que por la mañana tu enviaste a saludarme, pues habían venido aquellos cuya visita en aquel momento esperaba, como ya había predicho a muchos ilustres ciudadanos.

V. Esta es la situación, Catilina, lleva a término lo que has comenzado; sal de una vez por todas de la ciudad; vamos, las puertas están abiertas. Desde hace demasiado tiempo, las conocidas tropas de tu amigo Manlio te esperan a ti, su comandante. Llévate contigo a todos tus seguidores, o al menos el máximo núme-

ro posible, despeja la ciudad. Sólo podré reposar cuando un muro se levante entre nosotros dos. Ya no puedes permanecer entre nosotros más tiempo, no lo quiero, no puedo, no tengo ninguna intención de soportarlo. 11. Debemos un gran reconocimiento a los dioses inmortales y en particular a Júpiter Estator, desde siempre guardián de esta ciudad, por el hecho de que en numerosas ocasiones nos ha librado de esta ruina horrible y comprometida para la República, cuya supervivencia no debe permitir que nunca más sea puesta en peligro por la acción de un solo hombre. Siempre que tú, Catilina, has tramado algo contra mí, cuando era cónsul designado, me he defendido, no con una escolta pública, sino con una guardia privada. Cuando después, en los últimos comicios consulares, has intentado matarme, entonces era cónsul en el desempeño del cargo, en el Campo de Marte, junto a los otros candidatos que se oponían a ti, he logrado reprimir tus intenciones asesinas, gracias a la protección de mis amigos y de sus guardias, sin recurrir a una leva extraordinaria. En resumen, cada vez que me has puesto en tu punto de mira, me he opuesto solo a tus dardos, a pesar de que me daba cuenta de que mi muerte habría supuesto un extraordinario peligro para La República. 12. Ahora, sin embargo, tu atentas abiertamente contra toda la República, quieres arrastrar a la destrucción y a la catástrofe los templos de los dioses inmortales, los edificios de la ciudad, la vida de todos los ciudadanos, en suma, Italia entera. Por ello, dado que no me atrevo a poner en práctica la decisión que sería la más indicada y conveniente, a mi modo de ver y a la tradición, haré algo menos grave desde el punto de vista del rigor, pero más útil a la salvación común. Si diese la orden de matarte, permanecerían en la República un grupo de conjurados. Si por el contrario tu te vas, cosa a la que te exhorto desde hace tiempo, la hez de la ciudad, la numerosa y maligna trama de tus compañeros, desaparecerá contigo. 13. ¿Qué hay, Catilina? ¿Dudas en hacer por orden mía, lo que deberías haber hecho por tu propia voluntad? El cónsul ordena al enemigo que se aleje de la ciudad ¿Acaso me preguntas si debes exiliarte? No te lo puedo ordenar, pero si quieres mi consejo, te lo recomiendo.

CICERÓN, *Catilinarias* I,I-V

Descripción de la Galia por César

I. La Galia está dividida en tres partes: una que habitan los belgas, otra los aquitanos, la tercera los que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos. Todos estos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes. A los galos separa de los aquitanos el río Carona, de los belgas el Marne y Sena. Los más valientes de todos son los belgas, porque viven muy remotos del fausto y delicadeza de nuestra provincia; y rarísima vez llegan allá los mercaderes con cosas a propósito para enflaquecer los bríos; y por estar vecinos a los germanos, que moran a la otra parte del Rin, con quienes traen continua guerra. Ésta es también la causa porque los helvecios se aventajan en valor a los otros galos, pues casi todos los días vienen a las manos con los germanos, ya cubriendo sus propias fronteras, ya invadiendo las ajenas. La parte que hemos dicho ocupan los galos comienza del río Ródano, confina con el Carona, el Océano y el país de los bel-

gas; por el de los secuanos y helvecios toca en el Rin, inclinándose al Norte. Los belgas toman su principio de los últimos límites de la Galia, dilatándose hasta el Bajo Rin, mirando al Septentrión y al Oriente. La Aquitania entre Poniente y Norte por el río Carona se extiende hasta los montes Pirineos, y aquella parte del Océano que baña a Hispania.

CESAR, *Guerra de las Galias* I,1

Obra política de Cesar

40. Entonces César se dedicó a la organización de la República; reformó el calendario, tan desordenado por culpa de los pontífices y por el abuso, antiguo ya, de las intercalaciones, que las fiestas de la recolección no coincidían ya en verano, ni la de las vendimias en otoño; distribuyó el año según curso del sol, y lo compuso de trescientos sesenta y cinco días, suprimió el mes intercalario y aumentó un día a cada año cuarto. Para que este nuevo orden de cosas pudiese dar principio en las calendas de enero del año siguiente, agregó dos meses, entre noviembre y diciembre, teniendo, por lo tanto, este año, quince meses, contando el antiguo intercalario que sucedía en él.

41. Completó el Senado; designó patricios, aumentó el número de pretores, de ediles, de cuestores y de magistrados subalternos; rehabilitó a los que habían despojado de su dignidad los censores o condenado los tribunales por cohecho. Compartió con el pueblo el derecho de elección en los comicios; de modo que, a excepción de sus competidores al consulado, los demás candidatos los designaban a medias el pueblo y él. Los suyos los designaba en tablillas que enviaban a todas las tribus, conteniendo esta breve inscripción: César, dictador, a la tribu tal: os recomiendo a éste o aquél para que obtengan su dignidad por vuestro sufragio. Admitió a los honores a los hijos de los proscritos. Restringió el poder judicial a dos clases de jueces, a los senadores y a los caballeros, y suprimió los tribunos del Tesoro, que formaban la tercera jurisdicción. Formó el censo del pueblo, no de la manera acostumbrada ni en el lugar ordinario, sino por barrios y según padrones de los propietarios de las casas; redujo el número de los ciudadanos a quienes suministraba trigo el Estado, de trescientos veinte a ciento cincuenta mil, y para que la formación de estas listas no pudiese ser causa en el futuro de nuevos disturbios, decretó que el pretor pudiese reemplazar, por medio de sorteo, con los que no quedaban inscritos a los que fallecieran.

42. Se distribuyeron ochenta mil ciudadanos en las colonias de Ultramar, y para que no quedase exhausta la población de Roma, decretó que ningún ciudadano menor de veinte años y mayor de cuarenta, a quien no obligase cargo público, permaneciese más de tres años seguidos fuera de Italia; que ningún hijo de senador emprendiese lejanos viajes, si no era en unión o bajo el patronato de algún magistrado; y, en fin, que los que criaban ganados tuviesen entre sus pastores menos de la tercera parte de hombres libres en la pubertad. Concedió el derecho de ciudadanos a cuantos practicaban la medicina en Roma o cultivaban las artes liberales, con la intención de fijarlos de este modo en la ciudad y atraer

a los que estaban fuera. En cuanto a las deudas, en vez de conceder la abolición, esperada y reclamada con constante afán, decretó que los deudores pagarían según la estimación de sus propietarios y conforme a su importe antes de la guerra civil, y que se deduciría del capital todo lo que se hubiese pagado en dinero o en promesas escritas a título de usura, con cuya disposición se anulaban cerca de la cuarta parte de las deudas. Disolvió todos los gremios, a excepción de aquellos que tenían origen en los primeros tiempos de Roma. Aumentó los castigos en cuanto a los crímenes, y como los ricos los cometían frecuentemente, porque pagaban con el destierro sin que se les mermara su caudal, decretó contra los parricidas, como refiere Cicerón, la absoluta confiscación, y contra los demás criminales, la de la mitad de sus bienes.

43. En la administración de justicia César fue celoso y severo. Privó del orden senatorial a los convictos de concusión; declaró nulo el matrimonio de un antiguo pretor que se había casado con una mujer al segundo día de separada de su marido, aunque no se la sospechaba de adulterio. Estableció impuestos sobre las mercancías extranjeras; prohibió el uso de literas, de la púrpura y de las perlas, exceptuando a ciertas personas y edades; y en determinados días. Cuidó principalmente de la observación de las leyes suntuarias; mandaba a los mercados guardias que confiscaban los artículos prohibidos y los trasladaban a su casa, y algunas veces, lictores y soldados iban a recoger en los comedores lo que había escapado a la vigilancia de los guardias.

44. Para la policía y ornato de Roma y para el engrandecimiento y seguridad del Imperio, había concebido de día en día cada vez más numerosos y vastos proyectos. Ante todo deseaba erigir un templo de Marte que fuese el mayor del mundo, rellenando hasta el nivel del suelo el lago en que había dado el espectáculo del combate naval, y un teatro grandísimo al pie del monte Tarpeyo; quería reducir a justa proporción todo el derecho civil y compendiar en poquísimos libros lo mejor y más indispensable del inmenso y difuso número de leyes existentes; se proponía formar bibliotecas públicas griegas y latinas, lo más nutridas posible, y encargar a M. Varrón el cuidado de adquirir y clasificar los libros; se proponía secar las lagunas Pontinas, abrir salidas a las aguas del lago Fucino, construir un camino desde el mar al Tíber a través de los Apeninos, abrir el Istmo (de Corinto), reprimir a los dacios, que se habían desparramado por el Ponto y Tracia; llevar después la guerra a los partos, pasando por la Armenia Menor, no combatiéndolos en batalla campal sino después de haberlos experimentado. En medio de estos proyectos y trabajos sorprendióle la muerte; pero antes de hablar de ella no será inútil decir con brevedad algo de su figura, aspecto, trajes y costumbres, como también de sus trabajos civiles y militares.

SUETONIO, *César*, 40-44

Asesinato de César

73. A lo que parece, no fue tan inesperado como poco precavido el hado de César, porque se dice haber precedido maravillosas señales y prodigios. Por lo

que hace a los resplandores y fuegos del cielo, a las imágenes nocturnas que por muchas partes discurrían y a las aves solitarias que volaban por la plaza, quizá no merecen mentarse como indicios de tan gran suceso. Estrabón el filósofo refiere haberse visto correr por el aire muchos hombres de fuego, y que el esclavo de un soldado arrojó de la mano mucha llama, de modo que los que le veían juzgaban se estaba abrasando, y cuando cesó la llama se halló que no tenía ni la menor lesión. Habiendo César hecho un sacrificio, se desapareció el corazón de la víctima, cosa que se tuvo a terrible agüero, porque por naturaleza ningún animal puede existir sin corazón. Todavía hay muchos de quienes se puede oír que un agorero le anunció aguardarle un gran peligro en el día del mes de marzo que los romanos llamaban los idus. Llegó el día, y yendo César al Senado saludó al agorero, y como por burla le dijo: «Ya han llegado los idus de marzo», a lo que contestó con gran reposo: «Han llegado, sí; pero no han pasado.» El día antes lo tuvo a cenar Marco Lépido, y estando escribiendo unas cartas, como lo tenía de costumbre, recayó la conversación sobre cuál era la mejor muerte, y César, anticipándose a todos, dijo: «La no esperada.» Acostado después, con su mujer, según solía, repentinamente se abrieron todas las puertas y ventanas de su cuarto, y turbado con el ruido y la luz, porque hacía luna clara, observó que Calpurnia dormía profundamente, pero que entre sueños prorrumpía en voces mal pronunciadas y en sollozos no articulados, y era que le lloraba teniéndolo muerto en su regazo. Otros dicen quo no era esta la visión que tuvo la mujer de César, sino que estando incorporado con su casa un pináculo, que, según refiere Livio, se le había decretado por el Senado para su mayor decoro y majestad, lo vio entre sueños destruido, sobre lo que se acongojó y lloró. Cuando fue de día rogó a César que si había arbitrio no fuera al Senado, sino que lo dilatara para otro día; y si tenía en poco sus sueños, por sacrificios y otros medios de adivinación examinara qué podría ser lo que conviniese. Entró también César, a lo que parece, en alguna sospecha y recelo, por cuanto, no habiendo visto antes en Calpurnia señal ninguna de superstición mujeril, la advertía entonces tan afligida; y cuando los agoreros, después de haber hecho varios sacrificios le anunciaron que las señales no eran faustas, resolvió enviar a Antonio con la orden de que se disolviera el Senado.

74. En esto, Decio Bruto, por sobrenombre Albino, en quien César tenía gran confianza, como que fue por él nombrado heredero en segundo lugar, pero que con el otro Bruto y con Casio tenía parte en la conjuración, recelando no fuera que si César pasaba de aquel día la conjuración se descubriese, comenzó a desacreditar los pronósticos de los adivinos y a hacer temer a César que podría dar motivo de quejas al Senado contra sí, pareciendo que le miraba con escarnio; pues que si venía era por su orden y todos estaban dispuestos a decretar que se intitulara rey de todas las provincias fuera de Italia, y fuera de ella llevara la diadema por tierra y por mar: «Y si estando ya sentados –añadió– ahora se les diera orden de retirarse, para volver cuando Calpurnia tuviese sueños más placenteros, ¿qué serían lo que dijesen los que no le miraban bien? ¿De quién de sus amigos oirían con paciencia, si quería persuadirles, que aquello no era esclavitud y tiranía? Y si absolutamente era su ánimo mirar como abomi-

nable aquel día, siempre sería lo mejor que fuera, saludara al Senado y mandara sobreseer por entonces en el negocio.» Al terminar este discurso tomó Bruto a César de la mano y se lo llevó consigo. Estaban aún a corta distancia de la puerta, cuando un esclavo ajeno porfiaba por llevarse a César; mas dándose por vencido de poder penetrar por entre la turba de gentes que rodeaba a César, por fuerza se entró en la casa y se puso en manos de Calpurnia, diciéndole que le guardase hasta que aquel volviera, porque tenía que revelarle secretos de grande importancia.

75. Artemidoro, natural de Cnido, maestro de lengua griega, y que por lo mismo había contraído amistad con algunos de los compañeros de Bruto, hasta estar impuesto de lo que se tenía tramado, se le presentó trayendo escrito en un memorial lo que quería descubrir; y viendo que César al recibir los memoriales los entregaba al punto a los ministros que tenía a su lado, llegándose muy cerca le dijo a César: «Léelo tú solo y pronto, porque en él están escritas grandes cosas que te interesan.» Tomólo, pues, César, y no le fue posible leerlo, estorbándoselo el tropel de los que continuamente llegaban, por más que lo intentó muchas veces; pero llevando y guardando siempre en la mano aquel solo memorial, entró en el Senado. Algunos dicen que fue otro el que se lo entregó, y que a Artemidoro no le fue posible acercarse, sino que por todo el tránsito fue estorbado de la muchedumbre. Todos estos incidentes pueden mirarse como naturales, sin causa extraordinaria que los produjese ; pero el sitio destinado a tal muerte y a tal contienda, en que se reunió el Senado, si se observa que en él había una estatua de Pompeyo y que por este había sido dedicado entre los ornamentos accesorios de su teatro, parece que precisamente fue obra de algún numen superior el haber traído allí para su ejecución semejante designio. Así, se dice que Casio, mirando a la estatua de Pompeyo al tiempo del acometimiento, le invocó secretamente, sin embargo de que no dejaba de estar imbuido en los dogmas de Epicuro, y es que la ocasión, según parece, del presente peligro engendró un entusiasmo y un afecto contrarios a la doctrina que había abrazado. A Antonio, amigo fiel de César y hombre de pujanza, lo entretuvo afuera Bruto Albino, moviéndole de intento una conversación que no podía menos de ser larga. Al entrar César, el Senado se levantó, haciéndole acatamiento; pero de los socios de Bruto, unos se habían colocado detrás de su silla y otros le habían salido al encuentro como para tomar parte con Tulio Cimbro en las súplicas que le hacía por un hermano que estaba desterrado, y, efectivamente, le rogaban también, acompañándole hasta la silla. Sentado que se hubo, se negó ya a escuchar ruegos, y como instasen con más vehemencia se les mostró indignado, y entonces Tulio, cogiéndole la toga con ambas manos, la retiró del cuello, que era la señal de acometerle. Casca fue el primero que le hirió con un puñal junto al cuello; pero la herida que le hizo no fue mortal ni profunda, turbado, como era natural, en el principio de un empeño como. era aquel; de manexa que, volviéndose César, le cogió y le detuvo el puñal, y a un mismo tiempo exclamaron ambos, el ofendido, en latín: «Malvado Casca, ¿qué haces?», y el ofensor, en griego, a su hermano «Hermano, auxilio.» Como este fuese el principio, a los que ningún antecedente tenían les causó gran sorpresa y pasmo lo que estaba pasando, sin atreverse ni a huir ni a defenderlo, ni

siquiera a articular palabra. Los que se hallaban aparejados para aquella muerte, todos tenían las espadas desnudas, y hallándose César rodeado de todos ellos, ofendido por todos y llamada su atención a todas partes, porque por todas solo se le ofrecía hierro ante el rostro y los ojos, no sabía adónde dirigirlos, como fiera en manos de muchos cazadores, porque entraba en el convenio que todos habían de participar y como gustar de aquella muerte, por lo que Bruto le causó también una herida en la ingle. Algunos dicen que antes había luchado, agitándose acá y allá, y gritando; pero al ver a Bruto con la espada desenvainada, se echó la ropa a la cabeza y se prestó a los golpes, viniendo a caer, fuese por casualidad o porque le impeliesen los matadores, junto a la base sobre que descansaba la estatua de Pompeyo, que toda quedó manchada de sangre; de manera que parecía haber presidido el mismo Pompeyo al suplicio de su enemigo, que tendido expiraba a sus pies, traspasado de heridas, pues se dice que recibió veintitrés; muchos de los autores se hirieron también unos a otros, mientras todos dirigían a un solo cuerpo tantos golpes. (Trad. A. Sanz).

PLUTARCO, *César*. 73-76

Capítulo VI. EL MUNDO ROMANO A LA MUERTE DE JULIO CESAR. EL SEGUNDO TRIUNVIATO Y LAS GUERRAS CIVILES

Conducta de Augusto

«Lograda la alianza con Antonio y Lépido, terminó también en dos batallas la guerra Filipense, a pesar de estar débil y enfermo. En la primera le tomaron su campamento, consiguiendo escapar con gran esfuerzo, ganando el ala que mandaba Antonio. No mostró moderación en la victoria, enviando a Roma la cabeza de Bruto, para que la arrojaran a los pies de la estatua de César, aumentado así con sangrientos ultrajes los castigos que impuso a los prisioneros más ilustres. Se refiere que a uno de éstos, que le suplica le concediese sepultura, le contestó: "Que aquel favor pertenecía a los buitres". A otros, padre e hijo, que le pedían la vida, les mandó la jugasen a la suerte o combatiesen entre sí, prometiendo otorgar gracia al vencedor; el padre se arrojó entonces contra la espada del hijo, y éste, al verle muerto, se quitó la vida, mientras Octavio los veía morir complacido. Por esta causa, cuando llevaron a los otros cautivos, con la cadena al cuello, delante de los vencedores, todos, y especialmente M. Favonio, el émulo de Catón, convinieron, después de saludarle con el nombre de Imperator, en dirigirle crueles injurias. En la distribución que siguió a la victoria, quedó encargado Antonio de constituir el Oriente, y Octavio de llevar los veteranos a Italia para establecerlos en los territorios de las ciudades municipales; pero sólo consiguió disgustar a la vez a los antiguos poseedores y a los veteranos, quejándose unos que se los despojaba y los otros de que no se los recompensaba como tenían derecho a esperar por sus servicios».

Suetonio, *Los doce césares*, Aug. XIII

Capítulo VII. LA ÉPOCA DE AUGUSTO (31 A. C. - 14 D. C.)

Política interior de Augusto

Administración

«Con el fin de hacer participar al mayor número de ciudadanos en la administración de la República, creó nuevos oficios; la vigilancia de obras públicas, de caminos, de acueductos, del lecho del Tíber, de la distribución de trigo al pueblo; organizó una prefectura en Roma, un triunvirato para la elección de senadores y otro para revistar a los caballeros que desde hacía tiempo se había dejado de elegir, y aumentó el número de pretores. Pidió también que cuando fuese cónsul, se le diesen dos colegas en vez de uno, cosa que no consiguió, observando todos que ya se disminuía demasiado su majestad compartiendo con otro un honor de que podía gozar él solo».

SUETONIO, *Los doce césares*, Aug. XXXVII

Relación con la clase Senatorial y Ecuestre

«Recompensó generosamente el mérito militar; hizo conceder los honores del triunfo a más de treinta generales, y las insignias triunfales a un mayor número todavía. Para acostumbrar más pronto a los hijos de los senadores en el manejo de los negocios públicos, permitíales tomar la lacticlavia al mismo tiempo que la toga viril, y asistir desde aquel momento al Senado. Tras algún tiempo de servicio militar los nombraba tribunos de legión y hasta comandantes de cuerpos de caballería; para que nadie fuese ajeno a la vida de los campamentos, distribuía frecuentemente entre dos senadores el mando de un ala del ejército. Hizo frecuentes revistas de caballeros, restableciendo el uso, ya desde mucho abolido, de su solemne cabalgata. Prohibió también que ningún acusador obligase a bajar a cualquiera de su caballo, como sucedía antiguamente en medio de esta ceremonia. A los ancianos mutilados autorizó a enviar su caballo en lugar suyo y a presentarse a contestar a pie si se los citaba, incluso permitió a los caballeros de más de treinta y cinco años, devolver el caballo si no quería conservarlo».

SUETONIO, *Los doce cesares*, Aug. XXXVIII

Capítulo VIII. los sucesores de augusto: DINASTÍA JULIO CLAUDIA (14-68 d. C.)

Tiberio

Personalidad y semblanza

«Tenía tanto menos celo por los dioses y la religión, cuanto que se había entregado a la astrología y había llegado a la persuasión de que todo lo dirigía el Destino. Sin embargo, temía extraordinariamente a los truenos, y cuando había tempestad, llevaba en la cabeza una corona de laurel, por tener tales hojas la virtud de alejar el rayo».

Suetonio, *Los doce cesares*, Tib. LXIX

«Cultivó con ardor las letras griegas y latinas, y eligió por modelo, entre los oradores de Roma, a Mesala Corvino, cuya laboriosa ancianidad había despertado desde muy joven su admiración; pero obscurecía su estilo a fuerza de afectación y por el empleo de formas extrañas; por esta causa, lo que improvisaba valía algunas veces más que lo que había meditado Compuso un poema lírico titulado Lamentos sobre la muerte de L. César. Escribió, asimismo, poesías griegas, en las que imitó a Euforión, Riano y Partenio, que eran sus autores preferidos, y cuyas obras y retratos hizo colocar en las bibliotecas públicas entre los de los escritores antiguos más ilustres; a causa de esto, más eruditos le dirigieron comentarios sobre estos poemas. Mostró también por la historia de la fábula un gusto que llegaba hasta el ridículo y lo absurdo. Así, para experimentar el saber de los gramáticos, de los que, como ya hemos dicho, formaba su sociedad habitual, les proponía cuestiones como está: ¿Quién era la madre de Hécuba? ¿Cuál era el nombre de Aquiles?».

SUETONIO, *Los doce césares,* Tib. LXX

Cayo Calígula

Economía y política fiscal

«... Estableció un impuesto fijo sobre todos los comestibles que se vendían en Roma; exigió de los litigantes, donde quiera que se juzgase un pleito, la cuadragésima parte de la cantidad en litigio y estableció penas contra aquellos a quienes se comprobara que habían transigido o desistido de sus pretensiones; a los mozos de carga se los gravó con el octavo de su ganancia diaria, a las prostitutas con el precio de uno de sus actos, añadiendo a este artículo de la ley, que igual cantidad se exigiría de todos aquellos hombres y mujeres que vivían de la prostitución; hasta al matrimonio le señaló impuesto».

SUETONIO, *Los doce césares*, Cal. XL

«Habíanse proclamado estos impuestos, pero no publicado, y como por ignorancia se cometían muchas contravenciones, se decidió al fin, por instancias del pueblo, a fijar en público su ley, pero la hizo escribir en letra tan menuda y la expuso en sitio tan estrecho, que no pudieron sacarse copias para obtener dinero de todo, estableció un lupanar en su propio palacio; construyéronse gabinetes y los amueblaron según la dignidad del sitio; y los ocupaban constantemente mujeres casadas e hijas de familia, y los nomenclatores iban a las plazas públicas y a los alrededores de los templos, invitando al placer a los jóvenes y a los ancianos. A su entrada les prestaban a un exorbitante interés cierta cantidad, y se tomaban ostensiblemente sus nombres como para honrarlos por contribuir al aumento de las rentas del César. No desdeñaba tampoco los provechos del juego, pero sus beneficios más cuantiosos procedían del fraude y del perjurio. Un día encargó al que tenía a su lado que jugase por él, y yendo a colocarse en la puerta de su palacio, hizo apoderarse inmediatamente de dos ricos caballeros romanos que pasaban, les confiscó los bienes y entró alegremente, vanagloriándose de no haber sido nunca tan afortunado».

SUETONIO, Los doce césares, Cal. XLI

Nerón

Relación con el Senado. Los tribunales de justicia

«La elección de los pretores, por costumbre dejada al arbitrio del senado, provocó una lucha particularmente violenta, por lo que intervino el príncipe para apaciguada, poniendo al frente de una legión a cada uno de los tres candidatos fuera de cupo. También aumentó el prestigio de los senadores, estableciendo que quienes de los tribunales ordinarios apelaran al senado, depositaran la misma suma que si apelaran al emperador, pues hasta entonces tales recursos eran libres y no precisaban de fianza. Al final del año fue condenado el caballero romano Vibio Secundo, a quien los moros acusaban de concusión, siendo castigado con el exilio de Italia; las influencias de su hermano Vibio Crispo le valieron no sufrir una pena más grave».

TÁCITO, *Annales,* Libro XIV, 28

Capítulo IX. EL AÑO DE LOS CUATRO EMPERADORES

«No obstante y a pesar del ardor y de las instancias de sus partidarios, se necesitó para decidirle que el azar hiciera que se declarasen por él tropas lejanas y que ni siquiera le conocían. Dos hombres extraídos de las legiones del ejército de Misia y enviados en socorro de Otón, se enteraron por el camino de la derrota y muerte de este príncipe; sin embargo, no dejaron de avanzar hasta Aquileya, como si no hubiesen creído la noticia. Allí se entregaron por holganza a toda clase de excesos y rapiñas, y temiendo que al regreso se los obligase a dar cuenta de su conducta y se los castigase, adoptaron el partido de elegir un nuevo emperador; pues ¿Eran ellos menos que las legiones de Hispania que habían elegido a Galba? ¿Que los pretorianos que habían proclamado a Otón? ¿Qué el ejército de Germania que había coronado a Vitelio? Pasaron, por lo tanto, revista a los nombres de todos los legados consulares, a cualquier ejército que perteneciese entonces, cuado los soldados de la Tercera legión que pasaron de Siria a Mesia tras la muerte de Nerón, aclamaron a Vespasiano con grandes elogios».

SUETONIO, Los doce césares, Vesp. VI

«Uno de los prisioneros judíos más distinguidos, no cesó de afirmar mientras le cargaban de cadenas que no tardaría en devolverle la libertad el mismo Vespasiano. Vespasiano emperador.

También de Roma le anunciaban presagios favorables le decían, por ejemplo, que Nerón, en sus últimos días, había sido advertido en sueños para que sacase del santuario la estatua de Júpiter Optimo Máximo, que la trasladase a casa de Vespasiano y desde allí al Circo; fue poco tiempo después, cuando Galba reunía los comicios. Para su segundo consulado la estatua de Julio César había dado la vuelta por sí misma hacia Oriente y, por último, que antes de la batalla de Betriacum, dos águilas habían peleado en presencia de los dos ejércitos y que

después de haber vencido una de ellas, otra llegada de la parte de Oriente ahuyentó a la vencedora».

FLAVIO JOSEFO, *De bel.l Iud.* 175

Capítulo X. LA DINASTÍA FLAVIA

Vespasiano

Política interior

«Había crecido por todas partes y en manera espantosa el número de procesos; los pleitos antiguos estaban suspendidos por motivo de la interrupción de la justicia y la perturbación de los tiempos había producido sin cesar otros nuevos. Vespasiano estableció, en vista de ello, una comisión de jueces, elegidos por sorteo, con encargo de hacer restituir lo que se había arrancado por fuerza durante las guerras civiles, de tramitar rápidamente y reducir todo lo posible el número de los pleitos llevados ante los centunviros, que eran, en efecto, tan numerosos que parecía que había apenas de bastar para ellos la vida de los litigantes».

SUETONIO, *Los doce césares,* Vesp., X

Personalidad de Vespasiano

«Mostró en todo lo demás gran moderación y bondad desde el principio hasta el fin de su reinado. Jamás ocultó lo humilde de su origen; y aun a veces se vanaglorió de ello. Ridiculizó a algunos adulador es que querían hacer remontar el origen de la casa Flavia a los fundadores de Reata, y hasta a un compañero de Hércules del que se ve todavía un monumento en la vía Salaria. Era tan poco inclinado a cuanto se refiere a la pompa exterior, que el día de su triunfo, fatigado por la lentitud de la marcha y cansado de la ceremonia, no pudo menos de decir que era un justo castigo por haber deseado neciamente, a su edad, el triunfo, como si aquel honor correspondiese a su nacimiento o como si hubiese podido esperarlo alguna vez. Sólo mucho más tarde aceptó el título de Pater Patriae».

SUETONIO, *Los doce césares,* Vesp. XII

Domiciano

Política interior y espectáculos públicos

«Introdujo muchos cambios en las costumbres establecidas; suprimió la de las sportulas públicas y restableció la de las comidas regulares. Añadió dos partidos a los cuatro del Circo, y los distinguió con trajes de púrpura y oro. Prohibió la escena a los histriones y sólo les permitió representar en casas particulares. Prohibió castrar a los hombres y disminuyó el precio de los eunucos que estaban aún en venta en las casas de los mercaderes. Habiendo observado en el mismo

año gran abundancia de vino y mucha escasez de trigo, dedujo de ello que la preferencia otorgada a las viñas hacía olvidar los trigales; prohibió entonces plantar nuevas viñas en Italia y dejar subsistir en las provincias más de la mitad de las antiguas; pero abandonó la ejecución de este edicto hizo comunes a los hijos de los libertos y a los caballeros romanos algunos de las cargos más importantes del Estado.

Prohibió la reunión en un mismo campamento de muchas legiones y recibir en la caja de depósitos militares más de mil sestercios por soldado, por creer que L. Antonio, que había aprovechado para sublevarse contra él la reunión de dos legiones en los mismo cuarteles de invierno, tuvo también en cuenta la importancia de este depósito. Concedió, finalmente a los soldados un cuarto término de paga de tres áureos».

SUETONIO, *Los doce césares,* Domic. VII

Administración provincial

«Desplegó en la administración de la justicia gran celo y diligencia, y algunas veces hasta concedió en su tribunal del Foro audiencias extraordinarias. Dejó sin efecto las sentencias de los centuviros dictadas por favor. Exhortó a menudo a los jueces recuperadores a no acceder a liberaciones reclamadas sin graves motivos. Tachó de infamia a los jueces corrompidos así como a sus consejeros. Supo contener a magistrados y gobernadores provinciales que nunca fueron más eficaces ni más justos».

SUETONIO, *Los doce césares,* Domic. VIII

Capítulo XI. EL IMPERIO HUMANÍSTICO. DINASTÍA ANTONINIANA. PRIMEROS ANTONINOS

Trajano

Sobre el culto imperial y divinización del emperador

«En efecto, inmediatamente después de acceder al poder, el césar antonino, y a pesar de su «republicanismo», procedió a la inclusión de Nerva en la lista de los divi; en esta decisión, parece haber hecho gala de su pietas respecto a su antecesor, pero sobre todo de un enorme coraje, al afrontar la opinión no muy favorable del Senado y círculos oficiales, pues Nerva era visto como un príncipe honesto, pero impopular y no merecedor del título de divus. De ahí que Plinio (Paneg; 11, 1-5) alabase a Trajano, porque había divinizado a su padre adoptivo no para proclamarse divi filius, sino porque creía sinceramente en la divinidad de su predecesor. Parece que Plinio no ofreció una imagen fiel de este acontecimiento, pues precisamente Trajano no tomó el gentilicio de Nerva, sino que prefirió asumir el de divi filius; de esta forma resaltaba su filiación divina, lo que, en la práctica, parecía indicar que él mismo estaba poseído de ciertos rasgos asi-

mismo divinos. Además, el segundo antonino rindió honores divinos a su padre natural y a su hermana Marciana, convirtiéndolos en divus y diva respectivamente. Al incluir a miembros de su familia, llevaba a cabo una práctica poco habitual en Roma, pues, hasta este momento, sólo Livia había alcanzado tal honor entre los romanos que no habían sido emperadores. De nuevo, Trajano mostró un cierto interés por reforzar sus antecedentes divinos.

Respecto a la consagración de su padre natural —cuya muerte debió ocurrir antes del año 100—, se realizó en el 112. Según algunos autores, este personaje fue divus cognominatus, apareciendo como divus en las monedas; no obstante, en las listas de divi datadas en los años 183 y 224, no figura su nombre, aunque sí están incluidas todas las divae consagradas por Trajano y Adriano; me refiero a Marciana, Matidia y Plotina, hermana, sobrina y esposa respectivamente de Trajano, además de Sabina, esposa de Adriano. Por ello, el padre natural de Trajano se ha llegado a considerar un divus de segunda clase.

En el caso de su hermana Marciana, asimismo diva, cabe destacar el papel otorgado a las mujeres de su familia en la política de Trajano, como se deduce de su divinización. A pesar de que hay algunas opiniones discrepantes, la consagración de Marciana se fija en el año 112, siendo nombrada diva, antes incluso de sus funerales, lo que representaba un mecanismo bastante inusual. Ha de tenerse en cuenta que la ceremonia de la apoteosis se desarrollaba en el funus publicum, tras la celebración de las exequiae, de carácter más familiar, al igual que ocurrió con el anterior, Marciana fue una diva de segunda clase, ascendiendo a la primera en el reinado de Adriano».

ROSA M.ª CID LÓPEZ *El culto Imperial en la época de Trajano*, en *Imp. Caes. Nerva Traianus Aug.* SEVILLA; 1993 ed. Julián González, p. 58

Hadriano

Elección de Hadriano

«Se valió también del favor de Plotina por cuya influencia fue nombrado legado cuando se realizó la campaña contra los partos. Por cierto, por aquel tiempo, Hadriano mantenía amistad con los senadores Sosio Papio y Platorio Nepote y con los caballeros Atiano, que había sido antaño tutor suyo.

Liviano y Turbón. Recibió la promesa de su adopción cuando Palma y Celso, que habían sido siempre enemigos suyos y a quienes él mismo persiguió después, se hicieron sospechosos de aspirar al trono. Después de que fue nombrado cónsul por segunda vez con el apoyo de Plotina, adquirió la certeza absoluta de su adopción. Numerosos rumores aseguraron que había seducido a los libertos del emperador, que se había mostrado solícito con sus favoritos y que les había hecho frecuentes visitas por aquella época en la que gozaba de mayor intimidad en Palacio. Recibió la carta de su adopción el día quinto de los idus de agosto (el 9 de agosto), cuando se encontraba como legado en Siria y ordenó que se celebrara siempre en dicho día el aniversario de aquel acontecimiento. Le anunciaron la

muerte de Trajano el día tercero de los idus del mismo mes (el 11 de agosto), fecha en la que decretó que debía celebrarse el aniversario de su acceso al poder».

ELIO ESPARCIANO, *Historia Augusta,* 4,1

Política exterior y fortalecimiento de las fronteras del Imperio

«A fin de establecer las fronteras con los bárbaros no sólo por los ríos o con simples mojones, como hasta entonces, separó a los bárbaros clavando profundamente troncos enormes y entrelazándolos a modo de empalizada que sirviera de muro. Impuso un rey a los germanos, reprimió las revueltas de los mauritanos y consiguió suplicaciones del senado. Por aquel tiempo la guerra con los partos no fue más que una intentona que Adriano reprimió mediante una entrevista.

Después de esto, se dirigió por mar a Acaya a través de Asia y de las islas y, siguiendo el ejemplo de Hércules y Filipo, se inició en los misterios Eleusinos, otorgó muchos favores a los atenienses y ocupó un sitial actuando como presidente de los juegos. y aseguran que en Acaya también se observó la costumbre de que ninguno de sus acompañantes entrara en los templos con armas, a pesar de que durante las celebraciones religiosas muchos de los asistentes solían llevar cuchillos. Después navegó hasta Sicilia, donde subió al monte Etna, para contemplar la salida del sol que, según dicen allí, aparece con varios colores a modo de arco iris. Desde allí vino a Roma y desde Roma se trasladó a África, asignando muchos privilegios a las provincias africanas. Difícilmente emperador alguno recorrió tantas tierras con tanta rapidez. Finalmente, después de volver a Roma tras haber permanecido en África, dirigiéndose inmediatamente a Oriente, hizo el viaje pasando por Atenas, donde inauguró las obras que había iniciado en esta ciudad, como el templo de Júpiter Olímpico y un altar erigido en su propio honor, y, de la misma manera, a lo largo del itinerario que hizo por Asia, consagró los templos que habían recibido su nombre».

ELIO ESPARCIANO, *Historia Augusta,* 4, 12, 7-8

Antonino Pío

Política

«Organizó unos juegos en los que exhibió elefantes, hienas, tigres y rinocerontes, Cocodrilos e hipopótamos, y toda clase de fieras de todas las partes del mundo. Hizo correr también a cien leones acompañados de tigres en una sola carrera.»

ELIO ESPARCIANO, *Historia Augusta,* 10, 8

Semblanza de Antonino Pío: personalidad

«Trató a sus amigos cuando gobernaba de la misma manera que cuando era un ciudadano privado puesto que jamás pudieron vender en complicidad con los libertos ninguno de sus actos de gobierno, suscitando falsas esperanzas, porque fue muy riguroso en el trato con sus libertos. Gustaba de la habilidad de los comediantes. Le causaba gran placer la pesca, la caza, así como pasear y char-

lar con los amigos. Pasó con ellos las vendimias como un simple particular. Ofreció honores y sueldos a los retóricos y filósofos en todas las provincias. Muchos afirmaron que los discursos que se presentan firmados con su nombre son de otros autores, pero Mario Máximo asegura que fueron suyos. Compartió con sus amigos banquetes privados y públicos, y no realizó ningún sacrifico mediante sustitutos, salvo cuando se encontró enfermo. Cuando pedía distinciones honoríficas para sí o para sus hijos, hizo todos los trámites como si fuera un ciudadano particular. Asistió ordinariamente también él a los banquetes que daban sus amigos».

JULIO CAPITOLINO, *Historia Augusta*, 11

Capítulo XII. LA METAMORFOSIS DEL IMPERIO (161-192 D. C.). MARCO AURELIO Y COMMODO (161-192 D. C.)

Marco Aurelio

Muerte y divinización de Lucio Vero

«Fue de una bondad tal que oculto y excusó los vicios de Lucio Vero, a pesar de que le causaban profundo malestar. Le otorgó el título de divino después de su muerte y le honró con muchos sacrificios, ayudó a sus hermanas y familia con honores y asignaciones, y honró su memoria multiplicando las ceremonia religiosas. Le dedicó un flamen y cofrades Antoninianos, y le rindió todos los honores que se tributan a los emperadores divinizados. No hay ningún príncipe que no se vea salpicado por la mala fama, de manera que también sobre él se difundió el rumor de que había dado muerte a Vero, bien mediante la aplicación de un veneno cortando una tetina de cerdo con un cuchillo por el lado que previamente había sido envenenado y dándole a comer la parte envenenada mientras que se reservaba para sí la parte inofensiva, bien mediante la utilización de los servicios del médico Posidipo que, según cuentan, le hizo una sangría antes de tiempo. Después de la muerte de Vero, Casio se reveló contra Marco.

Luego éste fue tan bondadoso con los suyos que ofreció a todos sus parientes todo tipo de distinciones y cargos y confirió enseguida el nombre de César a su hijo Cómodo —hombre criminal y depravado—, a continuación el sacerdocio, e inmediatamente después el título de emperador, la participación en su triunfo el consulado. Precisamente entonces el emperador corrió a pie en el circo junto al carro triunfal de su hijo.

Después de la muerte de Vero, Marco Aurelio Antonino gobernó sólo la nación mucho mejor que lo había hecho antes y mostrándose más virtuoso, puesto que ya no se veía embarazado por ninguno de los extravíos que Vero solía disimular y que se debían a su fingida gravedad, por la que sufría como por un vicio congénito, ni por aquellos otros vicios que disgustaban de un modo especial a Marco Antonino».

FLAVIO VOPISCO SIRACUSANO, *Historia Augusta*, 15, 4-6

Cómmodo

Prefectos del pretorio

«Después de la muerte de Perene y de su hijo, Cómmodo revocó realmente muchas de sus disposiciones, como si él no las hubiera dictaminado, simulando que las restablecía a su antiguo estado. Por cierto, no fue capaz de mantener el arrepentimiento de sus crímenes durante más de treinta días, ya que recurría a Cleandro para cometer crímenes más atroces que los que había cometido por medio del susodicho Perene. Cleandro sucedió a Perene en el poder, pero en la prefectura le siguió Nigro, que, según cuentan, fue prefecto del Pretorio solamente durante dos horas; en efecto, se cambiaba a los prefectos del Pretorio de una hora a otra y de un día a otro y la actuación general de Cómmodo era peor que había sido antes. S. Marcio Cuarto fue prefecto del Pretorio durante cinco días. Los sucesores de éstos fueron retenidos en sus cargos o asesinados a voluntad de Cleandro; a un gesto suyo también fueron elegidos libertos para formar parte del senado y engrosar las filas de los patricios, y entonces por primera vez se nombraron cinco cónsules para un solo año y se pusieron en venta todas las provincias. Cleandro vendía todo por dinero: llamaba a los desterrados a Roma y los honraba con cargos públicos y anulaba las causas que ya habían recibido sentencia. Fue tan grande su poder, a causa de la necedad de Cómmodo, que al esposo de la hermana de éste llamado Burro, que reprendía a Cómmodo y le tenía al corriente de lo que ocurría, le prendió bajo la sospecha de que aspiraba al trono y le mató, tras haber acabado también con otros muchos que le defendían».

HELIO LAMPRIDIO, *Historia Augusta,* 6

Capítulo XIII. DINASTÍA SEVERA (193-235 D. C.)

La obra y la personalidad militar de Severo

«Y, puesto que es largo exponer los pormenores de su actuación, he aquí sus acciones más salientes: licenció a las cohortes pretorianas, después de haber vencido y dado muerte a Juliano, divinizó a Pértinax oponiéndose a la voluntad de los soldados y ordenó abolir las decisiones de Salvio Juliano, aunque no consiguió su propósito. En fin, parece que recibió el sobrenombre de "Agarrado" (Pertinax) no tanto por propia elección como por su carácter ahorrativo. Por otra parte, se le consideró excesivamente cruel por sus múltiples asesinatos; así, en una ocasión en que se presentó en actitud suplicante uno de sus enemigos y le preguntó cuál habría sido su actuación si se hubiera encontrado en una situación como la suya, Severo ordenó que le asesinaran sin inmutarse ante tan prudente pregunta. Anhelaba acabar con todo tipo de conspiraciones y no se retiró casi de ningún combate sin salir vencedor.

Subyugó al rey de los persas Abgaro. Sometió a su autoridad a los árabes. Hizo tributarios a los adiabenos. Fortificó la Bretaña, lo que constituyó la mayor

gloria de su reinado, por medio de un muro construido atravesando la isla hasta tocar el Océano por ambos lados. Por ello, recibió el nombre de Británico. Hizo segurísima a la ciudad de Trípoli, de donde era originario, aniquilando a los pueblos cercanos más belicosos, y aseguró para siempre al pueblo romano una ración de aceite diaria gratuita y muy abundante».

ELIO ESPARCIANO, *Historia Augusta,* 15

Caracalla

Constitutio Antoniniana

«Yo concedo a todos los peregrinos por todo el Imperio el derecho de ciudadanía romana, manteniendo todas las formas de organización política, exceptuados los dediticii».

Edic. P. M. MEYER, Griechische Papyri im Museum des ober:hessischen Geschichtsvereins zu Giessen Leipzig, 1912, II, p. 29

Influencia de Papiniano en el gobierno de Caracalla

«Sé que muchos han escrito sobre la muerte de Papiniano de tal forma, que su relato prueba que no conocían la causa de su asesinato, ya que cada uno de ellos da una versión diferente; pero yo he preferido dar a conocer la variedad de opiniones que existen antes que guardar silencio sobre la muerte de un hombre tan importante. Se ha difundido tradicionalmente la idea de que Papiniano fue muy amigo del emperador Severo y pariente suyo por parte de su segunda esposa, según dicen algunos, y que Severo le encomendó a él de manera especial sus dos hijos y que por esto Papiniano contribuyó a la buena armonía entre los dos hermanos Antoninos; más aún, que impidió que se diera la muerte a Geta, cuando ya Basiano comenzaba a quejarse de sus maquinaciones, y que por eso fue asesinado por unos soldados juntamente con aquéllos que favorecían a Geta, no solamente con permiso de Basiano, sino incluso por orden suya».

ELIO ESPARCIANO, *Historia Augusta,* 8

Influencia de las princesas sirias en la política de los emperadores de la Dinastía Severa

«Hubo una mujer llamada Mesa o Varia, natural de la ciudad de Emesa, hermana de Julia, la esposa de Severo Pértinax el Áfricano, que después de la muerte de Antonino Basiano había sido expulsada de la mansión imperial por la insolencia de Macrino, a la que éste permitió conservar todos los bienes que había reunido después de muchos años. Esta mujer tenía dos hijas, Simiamira y Mamea, la mayor de las cuales era madre de Heliogábalo, nombre que dan los fenicios al sol. Pero Heliogábalo era célebre por su belleza, por su estatura y por el sacerdocio que ejercía, y era conocido por todos los fieles que acudían al templo, y sobre todo, por los soldados. A éstos Mesa, o Varia, les dijo que Basiano era hijo de Antonino, lo que se divulgó poco a poco entre todo el ejército. La propia

Mesa era además inmensamente rica (gracias a lo cual también Heliogábalo vivía con gran lujo) y consiguió mediante sus promesas a los soldados que las legiones abandonaran el partido de Macrino. Pues bien, después de haberle acogido por la noche con los suyos en la ciudad, su nieto fue aclamado con el nombre de Antonino, tras haberle ofrecido las insignias del Imperio».

JULIO CAPITOLINO, *Historia Augusta,* Macrino, 9

Alejandro Severo

Política interior de Alejandro Severo. Relaciones con el Senado

«Nombró al prefecto del Pretorio ateniéndose a la voluntad del Senado y aceptó al prefecto de la Ciudad elegido por esta asamblea. Nombró como segundo prefecto del pretorio a un individuo que incluso había intentado escaparse, para no recibir el nombramiento, pues decía que había que colocar en los cargos públicos, no a los que los citaban sino a los que los rehusaban. Nunca nombró a ningún senador sin tener en cuenta el consejo de todos los senadores que se hallaban presentes, de tal manera que su nombramiento se efectuaba en consonancia con la opinión general y presenta su testimonio ilustres personalidades; pero si los testigos o aquellos que habían expresado su opinión habían cometido algún engaño, eran relegados enseguida hasta la última clase de ciudadanos, aplicándoles la pena como falsificadores de un hecho probado, sin intención de ofrecerles indulto alguno. Tampoco nombró a senadores en desacuerdo con la opinión de los más ilustres ciudadanos que residían en Palacio pues decía que era preciso ser hombre ilustre para nombrar a un senador. Tampoco hizo pasar a los libertos al estamento ecuestre porque decía que este estamento era semillero del Senado».

ELIO LAMPRIDIO, *Historia Augusta,* 19

Capítulo XIV. LA CRISIS DEL SIGLO III D. C. (230-285)

Invasiones de bárbaros en el Imperio. Acciones defensivas de Claudio II el Gótico

«Los godos que escaparon de la persecución de Marciano y a los que Claudio no había permitido salir de la frontera, para que no ocurriera lo que de hecho pasó, inflamaron el ánimo de todos sus connacionales bajo la esperanza del posible botín de las ciudades romanas. Luego, varias tribus de los escitas, los pencinos, greutungos, austragados, tervingios, visios, gépidos y también celtas irrumpieron en suelo romano impulsados por la esperanza de botín, devastando amplias zonas. Todo esto lo pudieron hacer mientras se preparaba para la guerra como conviene a un emperador. Puede parecer que el destino de Roma se veía retardado por la diligencia de tan buen emperador. Pero creo que esto ocurría para que la gloria de Claudio fuera mayor y para que su victoria fuera aún más renombrada en casi todo el orbe. El número de gentes en armas entre los bárbaros era de 320.000. ¡Que diga ahora el que nos acusa de adulación que

Claudio es menos digno de ser elogiado! ¡320.000 hombres! ¿Qué rey tuvo otrora tantos soldados? ¿Qué mente fabuladora ha inventado semejante número? ¡Había 320.000 hombres armados! ¡Añade a éstos los siervos, los familiares, añade los carruajes, los ríos que bebieron, los bosques que consumieron. Penaba hasta la misma tierra que había recibido ese hinchado peso de bárbaros!».

TREBELIO POLIÓN, *Historia Augusta, 6*

Aureliano

Conflicto de la reina Zenobia de Palmira

«Habiendo recuperado, pues, el gobierno de Oriente, entró en Emesa como vencedor e inmediatamente se dirigió al templo de Heliogábalo, para cumplir los votos como si se tratara de un deber público. Pero allí descubrió la misma imagen divina que vio que le ayudaba en el combate. Por esta razón erigió también en aquella ciudad diversos templos proveyéndoles de grandes tesoros y construyó en Roma un templo dedicado al Sol que consagró con mayor boato, como dijimos en su lugar.

Después de esto se volvió a Palmira con el fin de asaltar la ciudad y dar término así a sus empresas. Pero durante la marcha sufrió numerosos ataques de los ladrones de Siria, siendo acogido a menudo hostilmente su ejército y, en el transcurso del asedio de la ciudad, se arriesgó hasta el punto de que casi le alcanzó una flecha.

Se conserva aún una carta que dirigió a Mucapor, en la que, sobrepasando el decoro debido a un emperador, reconoce la dificultad que suponía esta guerra: "Los romanos dicen que yo combato sólo contra una mujer, como si Zenobia luchara sola conmigo y con sus propias fuerzas, pero realmente el número de enemigos es equiparable a los que tendría si tuviera que atacar a un hombre, dado que ella es más peligrosa a causa de su complejo de culpabilidad y de su temor. No puede decirse cuántas flechas hay aquí, qué clases de máquinas de guerra, cuántos dardos o cuántas piedras. No hay ninguna parte de la muralla que no esté protegida por dos o tres ballestas; también sus catapultas lanzan fuegos. ¿Para qué añadir más detalles? Tiene miedo como mujer que es, pero lucha como los que temen un castigo. Pero creo que los dioses ayudaran al Estado romano, ya que nunca dejaron de secundar nuestros proyectos».

FLAVIO VOPISCO SIRACUSANO, *Historia Augusta*, 26

Capítulo XVII. EL BAJO IMPERIO O DOMINADO

Diocleciano

Creación de la Tetrarquía

«Diocleciano se enteró de que, tras la muerte de Carino, Eliano y Amando habían formado un verdadero ejército de campesinos y bandidos (a los que los

habitantes llaman bagaudas y que se dedicaban al pillaje de amplias zonas ya atacar numerosas ciudades. Al momento ordenó dar el título de imperator a Maximiano, fiel amigo suyo, quien, aunque semibárbaro, era experto militar y de buen carácter. En razón de su veneración por la divinidad del mismo nombre le añadió el sobrenombre de Herculius, así como a Valerio le había dado el de Jovius. De aquí viene la costumbre de imponer un nombre a las tropas auxiliares que se han distinguido en el ejército. Herculio marchó a la Galia y derrotó o aceptó la sumisión de los enemigos, logrando en poco tiempo pacificar toda la región. Durante esta guerra, Carausio, natural de Menapia, brilló por sus valientes acciones. Por este motivo y porque sabía navegar bien (había ejercido este oficio como mercenario en su juventud) le encargó preparar una escuadra nombramiento, aniquiló a un gran número de bárbaros, pero no entregó el erario público todo el botín. Por temor a Herculio, de quien sabía que había dado orden de matarle, tomó el título de emperador y se apoderó de Bretaña. Por aquella época, los persas conmocionaban gravemente al Imperio en Oriente, y en África hacían lo mismo Juliano y los pentapolitanos. Además, en Alejandría de Egipto, un cierto Aquilea se habían revestido con las insignias del poder absoluto: Por estos motivos Diocleciano, después de haber anulado ambos sus anteriores matrimonios, como habían hecho Augusto con Tiberio Nerón y su hija Julia. Todos ellos eran naturales de Iliria. Aunque hombres poco cultivados, se habían curtido en las miserias de la vida rústica y fueron de hecho excelentes emperadores».

AURELIO VÍCTOR, 39, 17-26

Capítulo XVIII. CONSTANTINO I

Modificaciones introducidas por Constantino en la estrategia defensiva del Imperio

«Constantino tomó otra iniciativa que permitió a los bárbaros una penetración fácil en las tierras sometidas a la dominación romana. El Imperio romano a todo lo largo de sus fronteras, y gracias a la previsión de Diocleciano, está dividido en ciudades, guarniciones y torres de defensa, lugares donde todo el ejército se encuentra acuartelado. La penetración era así difícil para los bárbaros, ya que por todas partes les salía al encuentro un ejército con potencia suficiente para rechazarlos. Constantino eliminó este sistema de seguridad apartando de las fronteras a la mayor parte de los soldados, asentándolos en las ciudades que no necesitaban protección. Privó así de ayuda a los que estaban presionados por los bárbaros e impuso a las tranquilas ciudades las molestias que se derivan de la estancia de los soldados, por culpa de los cual la mayoría han quedado desiertas. Dejó que los soldados se ablandasen entregados a espectáculos y a una vida de placer y, por decirlo llanamente, fue el mismo Constantino el que creó y distribuyó la semilla de la perdición del Estado que dura hasta el día de hoy».

ZÓSIMO, H. N., II, 34

Reforma de Constantino: las prefecturas

«Constantino, modificando lo que estaba perfectamente establecido, dividió en cuatro prefecturas un poder que era único. A uno de los prefectos le confió todo Egipto más la Pentápolis de Libia y el Oriente hasta Mesopotamia. Añadió a ello Cilicia, Capadocia, Annenia y toda la costa de Panfilia hasta Trapezunte y las guarniciones situadas junto al Fase. Al mismo confió también la Tracia, delimitada por la Misia hasta el Asemo y por el Ródopo hasta la ciudad de Topero. Le entregó también Chipre y las Cícladas, salvo Lemnos, Imbros y Samotracia. Al segundo prefecto confió Macedonia, Tesalia y Grecia, junto con las islas que la rodean, ambos Epiros y además Iliria, Dacia, el país de los tríabalos y Panonia hasta Valeria, más la Mesia Superior. Al tercero entregó toda Italia, Sicilia y las islas que la rodean, Cerdeña, Córcega y África, desde las Sirtes hasta la Cesariense. Al cuarto, la Galia transalpina, Iberia y la isla de Bretaña. Dividió de este modo el poderío de los prefectos y se ocupó, a la vez, de disminuirlo por otros medios. En efecto, por todas partes los soldados tenían como superiores no sólo a los centuriones y tribunas, sino también los llamados «efes» (duces), que en cada lugar tenían el rango de general. Pero Constantino creó, además, el cargo de «conductores» del ejército, uno de la caballería y otro de la infantería, y confirió a éstos el poder de disponer a los soldados en orden de batalla y castigar a los culpables. Con ello privó de esta prerrogativa a los prefectos, cosa que en la paz y en la guerra causa grandes perjuicios al Estado».

ZÓSIMO, H. N., 33, 1-4

Capítulo XIX. SUCESORES DE CONSTANTINO I: DINASTÍAS CONSTANTINIANA Y VALENTINIANA

La seguridad de las fronteras

«Entre las medidas tomadas por el Estado romano en su propio beneficio hay también un cuidado eficaz de los trabajos fronterizos que cercan todos los límites del Imperio .Su seguridad sería la mejor salvaguarda, con una línea continua de fortificaciones construidas a intervalos de una milla con firmes murallas y torres muy sólidas... con cuerpos de guardia y piquetes que guarden de esta forma las provincias pacificadas, que podrían rodearse de un cinturón de defensas y permanecer así intactas y en paz».

De rebus Bellicis. XX Trad. Thomson, 1952

Juliano

Campañas del emperador Juliano en Siria

«Además, a los éxitos obtenidos anteriormente, se añadía el que, durante el período en el que dirigió él solo el Imperio, éste no se vio agitado por ninguna revuelta interna, y ningún pueblo bárbaro invadió sus fronteras, ya que todos

estos pueblos, que siempre se habían rebelado en busca de riquezas y mostrarse peligrosos y dañinos, se unieron con extraordinario afán al coro de alabanzas en honor a Juliano.

Así pues, después de largas deliberaciones, una vez dispuestas las soluciones que reclamaban diversos asuntos y circunstancias, con el ejército animado gracias a numerosas arengas y a recompensas adecuadas para afrontar lo que sucediera, Juliano, enardecido por el apoyo general con el que contaba y dispuesto a marchar hacia Antioquía, abandonó Constantinopla después de prestar una gran ayuda. No en vano, como había nacido allí, la honraba y la amaba como a su hogar natal.

En su marcha, cruzó el mar y, dejando ya atrás Calcedonia y Libisa, donde está sepultado el cartaginés Aníbal, llegó a Nicomedia, ciudad famosa en el pasado y tan enriquecida con las cuantiosas inversiones de los emperadores de la antigüedad que, teniendo en cuenta su gran abundancia de edificios privados y públicos, una persona formada podría considerar que era un barrio de la Ciudad Eterna. Cuando vio las murallas de esta ciudad convertidas en miserables cenizas, expresando su angustia con un llanto silencioso, se apresuró al Senado con pasos lentos. Pero, lo que más le dolió de esta destrucción fue ver ante él en estado lamentable tanto a los senadores como al pueblo, cuando poco antes habían destacado tanto».

AMIANO MARCELINO, 22, 9, 1-4

Graciano y Valentiniano

Aclamación de Valentiniano como Augusto

«Cuando aún no había terminado este discurso, escuchado entre grandes muestras de aprobación, todos y cada uno, según su rango y posición, se apresuraron para adelantarse a los demás y, como si compartieran sus intereses y sus motivos de gozo, declararon Augusto a Graciano en medio del ruido enorme provocado por las armas y por los gritos de apoyo.

Al ver esta reacción Valentiniano, muy animado ya, besó a su hijo, que resplandecía y estaba adornado con la corona y con los signos de la dignidad imperial, y le habló así mientras éste escuchaba lo que se le decía:

"Ahí estás, querido Graciano, con la vestidura imperial, tal como todos esperábamos, pues esa vestidura te ha sido entregada con presagios favorables por mi voluntad y la de nuestros soldados. Prepárate, pues, para ser colega de tu padre y de tu tío, afrontando todos tus deberes, y acostúmbrate a penetrar sin temor con tus tropas de infantería por el Íster y el Rin, allí donde el hielo permita atravesarlos. Acostúmbrate a permanecer junto a tus soldados, a derrochar tu sangre y tu ánimo sin mesura en favor de tus súbditos, y a no considerar ajeno nada que pueda aumentar la gloria del Imperio Romano».

AMIANO MARCELINO, 27, 6, 10-12

Descripción de la batalla de Adrianópolis

«Los godos, después de su victoria, asedian Adrianópolis, donde Valente había dejado sus tesoros y las insignias imperiales confiados al prefecto y a los miembros del consistorio. Pero se retiran, después de fracasar en todas sus tentativas.

Después de la funesta batalla, cuando la oscuridad de la noche cubrió la tierra, los que sobrevivieron intentaron llegar junto a los suyos, ya por la derecha, por la izquierda, o por donde les llevara el temor, ya que, como no veían a nadie excepto a ellos mismos, pensaban que las espadas de los enemigos se cernían sobre sus cabezas. Sin embargo, a gran distancia, podían escuchar los quejidos lastimosos de los que habían quedado atrás, los sollozos de los moribundos y los llantos desgarradores de los heridos.

Por su parte, los vencedores, al amanecer, como bestias excitadas por el olor de la sangre, llevados por la tentación de una vana ganancia, se dirigieron hacia Adrianópolis en formación compacta, dispuestos a destruida a cualquier precio.

Gracias a las palabras de traidores y desertores, sabían que los oficiales de mayor rango y las insignias del poder imperial, así como los tesoros de Valente, habían quedado allí por ser considerada una fortaleza inexpugnable.

Y para que esta rabia no se apagara con largas demoras, a la hora cuarta del día, rodearon las murallas y, con su furia innata, comenzaron un ataque durísimo hasta las últimas consecuencias, mientras que los defensores se empleaban con todas sus fuerzas.

Y como había un gran número de soldados y de mozos a los que se les había prohibido entrar en la ciudad con sus animales, asentados junto a las murallas y a las construcciones anejas, luchaban con gran valor teniendo en cuenta la humildad de su posición.

Cuando el furioso ataque de los asaltante había superado ya la hora novena, súbitamente, trescientos de nuestros infantes, que estaban en las trincheras, se lanzaron sobre los godos en forma de cuña, pero fueron muertos todos».

AMIANO MARCELINO, 31, 15

Muerte de Graciano y la decadencia del ejército

«Los soldados de a pie usaban petos y yelmos. Pero cuando, debido a la negligencia y a la ociosidad, se abandonaron los ejércitos y los desfiles, las corazas habituales comenzaron a parecer duras y los soldados raramente las llevaban. Por tanto, primero pidieron al emperador dejar de lado los petos y las mallas y después los yelmos. Así, nuestros soldados luchaban con los godos sin protección para el pecho y la cabeza y eran a menudo abatidos por los arqueros. Aunque hubo muchos desastres, que llevaron a la pérdida de grandes ciudades, nadie intentó restablecer el uso de petos y yelmos en la infantería. Así sucede que las tropas en batallas, expuestas a las heridas por no llevar armadura, piensan en correr y no en luchar.»

De re militari, 1, 6

Capítulo XX. EL IMPERIO ROMANO CRISTIANO. TEODOSIO

Reflexiones sobre la obra de Teodosio

«Después de la terrible Ilíada de los nuestros en el Danubio (la encrucijada de los visigodos), fuego y espadas invadieron Tracia y la Iliria; nuestras armas desaparecieron como sombras: ningún emperador presidía el Estado y no había montañas que pareciesen bastante altas, y no había ríos bastante profundos para prevenir que los bárbaros llegaran en multitud sobre ellos para destruirnos. Entonces, Teodosio, primero se atrevió a reparar estos hechos, que la fuerza de los romanos ahora no se apoya en el metal, ni en petos y escudos, ni en incontables masas de hombre, sino en la Razón... ¿Te lamentas de que su raza no haya sido exterminada? Me pregunto: ¿qué es mejor de las dos cosas, que Tracia se llenase de cadáveres o de cultivadores y de campos; que caminásemos a través de una espectral desolación o a través de tierras bien cultivadas?».

TEMISTIO, Orat, XVI

Los Hunos. Su táctica en la lucha, su arrojo y su escasa cultura

«La nación de los hunos... supera a todos los otros bárbaros en el estado salvaje de vida... Y aunque (los hunos) tienen apariencia de hombres (de un patrón nada grato), están tan poco avanzados en civilización que no hacen uso del fuego, ni de ninguna clase de condimento en la preparación de su comida, sino que se alimentan de las raíces que encuentran en los campos y la carne medio cruda de cualquier clase de animal, porque le dan una especie de cocción al situarla entre sus propios muslos y los lomos de sus caballos... Cuando atacan, algunas veces son capaces de entablar una batalla convencional. Después entrando en combate en orden de columnas, llenan el aire de gritos variados y discordantes. No obstante, luchan más a menudo en irregular orden de batalla, pero siendo extremadamente rápidos e imprevisibles en sus movimientos, se dispersan, y después vuelven rápidamente a aparecer de nuevo en formación desconexa, esparcen la destrucción sobre las vastas llanuras y, precipitándose sobre las defensas, saquean el campamento de su enemigo antes casi de que se de cuenta de su aproximación. Se debe reconocer que son los más terribles guerreros porque luchan a distancia con armas arrojadizas que tienen huesos afilados sujetos admirablemente al astil Cuando hay combate cuerpo a cuerpo con espadas; luchan sin considerar su propia seguridad, mientras su enemigo está atento a esquivar el golpe de las espadas, ellos le lanzan una red y enredan de tal forma sus miembros que pierde toda posibilidad de andar o cabalgar».

AMIANO MARCELINO, 11, 324

El problema religioso. Las herejías

Fragmento de la carta de Cipriano a Cornelio de Roma sobre los aspectos cismáticos de Felicísimo y Fortunato, obispos de África. Siglo III d. C.

«Ya te indique, amadísimo Cornelio que era clérigo de mi confianza el acólito Feliciano, al que me enviaste con nuestro colega Perseo, te escribí también

sobre este Fortunato junto con las otras noticias que te tenía que dar de aquí. Pero, mientras aquí nuestro hermano Feliciano se retrasaba por el viento contrario o porque lo deteníamos para que se llevara otras cartas, se le adelantó Felicísimo, que iba a toda prisa hacia ahí. Así pues, siempre la maldad se da más prisa, como si apresurándose pudiera prevalecer sobre la inocencia.

Por medio de Feliciano te hice saber, hermano, que había venido a Cartago Privato , antiguo hereje de la colonia de Lambesa, condenado por noventa obispos hace muchos años por numerosos y graves delitos, y también, como vosotros no ignoráis, severísimamente censurado en unas cartas de nuestros antecesores Fabián y Donato. Éste, habiendo dicho que quería defenderse ante nosotros en el concilio que celebramos en los últimos idus de mayo y no habiendo sido admitido, hizo pseudo-obispo a este Fortunato, digno colega suyo. Había venido también con él un tal Félix, a quien él mismo había hecho pseudo-obispo tiempo atrás fuera de la Iglesia, en la herejía. Y también estuvieron con el hereje Privato sus compañeros Jovino y Máximo, condenados por la sentencia de nueve colegas nuestros por los abominables sacrificios y crímenes que les fueron probados, y después excomulgados de nuevo por nosotros en mayor número, en el concilio del año pasado. A estos cuatro se unió también Reposto de Sutunurca, que no se contentó con apostatar él solo en la persecución, sino que hizo caer con su persuasión sacrílega a la mayor parte de su pueblo».

Cartas de Cipriano de Cártago

La historia de la llamada civilización occidental no se podría entender de ninguna de las maneras sin conocer a fondo la historia de Roma. La huella que Roma dejó en toda la cuenca del Mediterráneo fue, en conjunto, mucho más profunda que la dejada por ninguna otra civilización hasta ese momento.

A finales del siglo IV e inicios del III, a. c. puede decirse que Roma es la primera potencia peninsular. Los dos primeros conflictos con Cartago que tienen lugar en el siglo III a. C. harán que pase de ser una potencia peninsular a una potencia internacional; a partir de ese momento la expansión por el mediterráneo va a ser ya imparable, el control de las zonas costeras mediterráneas de Europa, África y Asia convertirán al Mediterráneo en ese *Mare Nostrum* de los romanos, por el que se trasladarán ejércitos, mercancías y cultura.

La historia de Roma que aquí presentamos ha sido diseñada y elaborada por tres profesores de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, teniendo en cuenta los planes de estudios actualmente en vigor. La profesora **Fe Bajo Álvarez** se ha encargado de la redacción correspondiente al periodo de la Monarquía Romana; el profesor **Javier Cabrero Piquero** de la parte de la República Romana, y la profesora **Pilar Fernández Uriel** del Imperio Romano.

Fe Bajo Álvarez. Profesora titular de Historia Antigua de la UNED. Su línea de investigación trata sobre las instituciones sociales y políticas romanas. Sus estancias en centros de investigación extranjeros han transcurrido en Roma, Perugia, Munich y Berlín. Entre sus obras: *La formación del poder social y económico de la Iglesia (siglos IV-V)*, y *Los últimos hispano-romanos* y *Los orígenes de Roma*, esta última en colaboración con Julio Mangas.

Javier Cabrero Piquero. Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid en 1982. Investigador en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Cursó estudios de posgrado en la UCM, donde obtuvo el título de doctor. En 1988-1990, llevó a cabo su especialización definitiva en el Deutsches Archäologisches institut de Roma. Bibliografía a destacar: *Aportaciones a la figura de Lucio Cornelio Sila*, Madrid, 1983; *Análisis de textos documentales para el estudio de la Historia Antigua de Cástulo*, Madrid, 1992; *Escipión el Africano*, Madrid, 2000; *Julio César, El hombre y su época*, Madrid. 2004; *La vida y costumbres de los romanos*, Madrid, 2006. Es autor de numerosos artículos en revistas especializadas.

Pilar Fernández Uriel. Doctora en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid, es profesora titular de Historia Antigua en la UNED. Académica de la Real Academia de la Historia por Melilla. Sus principales líneas de investigación actual son el periodo romano Alto imperio y de productos de gran significado en el Mundo Antiguo como la púrpura. Es autora de numerosos artículos publicados en revistas especializadas y de ponencias en congresos nacionales e internacionales. Colabora con Luis Palop en la obra: *Nerón. La imagen deformada*, y realiza las Unidades Didácticas de la UNED: *Historia Antigua Universal II, El mundo griego* e *Historia de Roma II, El Imperio Romano*.





44102UD03A01